

Daisy Johnson

BAJO LA SUPERFICIE

PERIFÉRICA



BAJO LA SUPERFICIE

DAISY JOHNSON

TRADUCCIÓN DE CARMEN TORRES GARCÍA
Y LAURA NARANJO GUTIÉRREZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2021
TÍTULO ORIGINAL: *Everything Under*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte.



© Daisy Johnson, 2018
© de la traducción, Carmen Torres García y Laura Naranjo Gutiérrez, 2021
© de esta edición, Editorial Periférica, 2021. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18264-85-6

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales

A mis abuelas, Christine y Cedar

UNO

EN MITAD DE LA NADA

Los lugares en los que nacemos siempre regresan a nosotros. Se disfrazan de migrañas, de dolores de estómago, de insomnio. Son ese despertar repentino en que nos asalta la sensación de estar cayendo, en que buscamos a manotazos la lámpara de la mesita de noche, convencidos de que todo lo que hemos construido ha desaparecido mientras dormíamos. Para los lugares en los que nacemos nos convertimos en extraños. Ellos no nos reconocen, pero nosotros a ellos, siempre. Los llevamos en la sangre; los hemos mamado. Si nos volvieran del revés, veríamos que portamos mapas grabados en la cara interna de la piel para poder encontrar el camino de vuelta a casa. Sin embargo, en la cara interna de mi piel, no llevo grabados ni canales, ni vías de tren ni barcos, sólo te llevo grabada a ti.

LA CASITA

Resulta difícil, incluso a estas alturas, saber por dónde empezar, pues tu memoria no es una línea recta, sino una serie de círculos deflectores que se trazan para luego desdibujarse. A veces me tienta la violencia. Si fueras la mujer de hace dieciséis años, creo que sería capaz de sacarte la verdad a guantazo limpio. Ahora ya no es posible. Eres demasiado vieja para sacarte nada a guantazos. Los recuerdos destellan como copas de vino rotas en la oscuridad y luego desaparecen.

Se está produciendo una degeneración. Olvidas dónde has dejado los zapatos cuando los llevas puestos. Me miras cinco o seis veces al día y me preguntas quién soy o me dices que me vaya, que me vaya. Quieres saber cómo has llegado hasta aquí, hasta mi casa. Te lo cuento una y otra vez. Olvidas tu nombre o dónde está el cuarto de baño. Empiezo a guardar ropa interior limpia en el cajón de la cocina junto con los cubiertos. Cuando abro la nevera, me encuentro el portátil, el móvil, el mando de la televisión. Me llamas a gritos en plena madrugada y, cuando acudo corriendo, me preguntas qué hago allí. Tú no eres Gretel, me dices. Mi hija Gretel era guapa y salvaje. Tú no eres mi hija.

Hay mañanas en que sabes exactamente quiénes somos. Sacas tantos cacharros de cocina como caben en la encimera y preparas grandes festines para desayunar, le echas cuatro dientes de ajo a todo, una montaña de queso. Me das órdenes en mi propia casa, me mandas a fregar los platos o a limpiar las ventanas, por el amor de Dios. Esos días el deterioro llega poco a poco. Se te olvida una sartén en el fuego y quemas las tortitas, el fregadero se desborda, se te atasca una palabra en la boca y tú la troceas, en un intento vano por escupirla. Te preparo un baño y subimos las escaleras de la mano. Son ratitos de paz casi insoportables.

Si de verdad me preocupara por ti, velaría por tu bien y te metería en una residencia. Cortinas floreadas, comidas a la misma hora todos los días, otros como tú. La gente mayor es una especie en sí misma. Si aún te quisiera de verdad, te habría dejado donde estabas en lugar de traerte a rastras aquí, donde los días son tan cortos que casi no merece la pena hablar de ellos, y donde excavamos y exhumamos sin descanso lo que debería permanecer enterrado.

De vez en cuando se nos cuelan viejas palabras que nos desarman. Es como si nada hubiera cambiado, como si el tiempo importara un bledo. Volvemos atrás y yo tengo trece años y tú eres mi horrible, maravillosa y aterradora madre. Vivimos en un barco en el río y usamos palabras que nadie más conoce. Poseemos todo un idioma propio. Me aseguras que oyes cómo el agua palabrotea al pasar; yo contesto que estamos lejos de cualquier río, pero que a veces también lo oigo. Me dices que me vaya, que necesitas un ratito de shhh. Yo te digo que eres una garraparpía y tú te pones hecha un basilisco o te ríes tanto que se te saltan las lágrimas.

Una noche me despierto con tus gritos. Derrapo en el pasillo, abro tu puerta de par en par, enciendo la luz. Estás sentada en la estrecha cama de invitados con las sábanas hasta la barbilla y la boca abierta, llorando.

¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

Me miras. El Bonak está aquí, me dices, y, por un instante —porque es de noche y me acabo de despertar—, siento una oleada de pánico. Me la sacudo de encima. Abro el armario y te enseño que está vacío; te ayudo a bajar de la cama para que ambas podamos agacharnos y mirar debajo; nos dirigimos a la ventana y escudriñamos la oscuridad.

No hay nada. Venga, ahora a dormir.

Está aquí, dices. El Bonak está aquí.

Pasas la mayor parte del tiempo sentada impasible en el sillón con la vista clavada en mí. Padece un caso agudo de eccema en las manos que nunca habías tenido y te las rascas con los dientes. Trato de que te sientas cómoda, pero —acabo de recordarlo— a ti la comodidad te incomoda. Rechazas el té que te traigo, no quieres comer, apenas bebes. Me apartas de un manotazo cuando me acerco con unos cojines. Quitas, no me atosigues, déjame en paz. Y eso hago. Me siento a la mesita de madera que queda frente a tu sillón y te escucho hablar. Tienes una resistencia agresiva que nos tiene en vela noches enteras sin apenas tregua. De vez en cuando dices: voy al cuarto de baño, te levantas del sillón como un doliente agachado al lado de una tumba y te limpias un polvo invisible de la parte delantera de los pantalones que te he dejado. Me voy, dices, y te diriges muy digna a las escaleras, donde te giras para dedicarme una mirada que viene a significar que, sin ti, no puedo continuar, que ésta no es mi historia, que debo esperar a que hayas regresado. A medio camino escaleras arriba me sueltas que una persona debe ser dueña de sus errores y aprender a vivir con ellos. Abro uno de los cuadernos que he comprado y escribo todo lo que alcanzo a recordar. Tus palabras resultan casi apacibles en la página, en cierto modo desarmadas.

He estado pensando en el rastro que dejan nuestros recuerdos, en si éste permanece inmutable o cambia a medida que los reescribimos. En si los recuerdos son sólidos como casas y peñascos o se deterioran rápido y los reemplazamos, los recubrimos. Todo lo que recordamos se degrada y se digiere, nunca es lo que era en realidad. Esto me angustia, me inquieta. Nunca llegaré a saber lo que pasó exactamente.

Cuando estás medio bien, te llevo al campo. Antes aquí había ovejas, pero ahora sólo hay una hierba tan fina que se entrevé la piedra caliza de debajo; las colinas, aterronadas, se alzan desde las costillas de la tierra; un hilillo de agua borbotea en medio del suelo y se derrama furtivo por la pendiente. Cada dos días o así propongo una cura de ejercicio y damos una caminata hasta la cima de la colina, donde nos paramos jadeantes y sudorosas, para luego bajar por la otra ladera hacia el arroyo. Sólo entonces dejas de quejarte. Te acuclillas junto al agua y dejas caer las manos en la fría corriente hasta que tocas el fondo pedregoso. La gente que crece cerca del agua, me dices un día, es diferente al resto.

¿Qué quieres decir con eso?, te pregunto. Pero tú no contestas o has olvidado que has dicho algo. Sin embargo, esa idea no deja de rondarme en la quietud de la noche. La idea de que el paisaje nos condiciona, de que son las colinas, los árboles y los ríos los que deciden nuestras

vidas.

Te levantas de mal humor. Te tiras todo el día enfurruñada y, cuando anochece, pones la casa patas arriba intentando encontrar algo más fuerte que el agua para beber. ¿Dónde está?, gritas. ¿Dónde está? Yo no te digo que vacié los armarios en cuanto te encontré en el río y te traje, y que tendrás que apañártelas sin la bebida. Te desplomas en el sillón y me fulminas con la mirada. Te preparo una tostada que tú tiras al suelo volcando el plato. Encuentro una baraja de cartas en uno de los cajones y tú me miras como si estuviera loca.

No sé, digo. ¿Qué quieres?

Te levantas del sillón y me lo señalas. Veo que los brazos te tiemblan de agotamiento o de rabia. No siempre me va a tocar a mí, joder, dices. Ya te he contado bastante. Todo eso. Toda esa mierda sobre mí. Señalas el sillón con la mano abierta. Ahora, tú.

Me siento en el sillón. Está recalentado. Muy bien. ¿Qué quieres saber? Tú te haces la remolona junto a la pared y te tiras de las mangas de la chaqueta impermeable que te ha dado por llevar dentro de casa.

Cuéntame cómo me encontraste, me dices.

Echo la cabeza hacia atrás, entrelazo las manos tan fuerte que siento cómo me bombea la sangre. Es casi un alivio oír que me lo preguntas.

Ésta es tu historia —con algunas mentiras, con algunas invenciones— y la historia del hombre que no era mi padre, y la de Marcus, que empezó siendo Margot —de nuevo, chismes, conjeturas—, y, por último —y para colmo de males—, la mía. He aquí el principio. Ésta es la historia de cómo, hace un mes, te encontré.

LA BÚSQUEDA

Habían pasado dieciséis años desde la última vez que te vi, cuando me subí a aquel autobús. A comienzos de verano, los baches del camino que lleva hasta la casita se llenaban de huevas de rana, pero estábamos casi a mediados de agosto y por allí ya no crecía gran cosa. Este lugar fue un barco en otra vida. Aquel mes había manchas de humedad por todas las paredes; con las rachas repentinas de viento procedentes de la colina, la chimenea escupía nidos de pájaro, trozos de cascarones y bolas de comida regurgitada por los búhos. El suelo de la cocinita tenía una ligera inclinación que hacía que una pelota rodara de un lado al otro. Ninguna de las puertas cerraba bien del todo. Yo tenía treinta y dos años y llevaba siete viviendo allí. En algunos sitios hablaban de vivir en mitad de la nada. Y en otros lo llamaban vivir en el quinto pino. Lo que venían a decir es: no quiero que nadie me encuentre. Sabía que esto era algo que había heredado de ti. Sabía que siempre habías estado intentando enterrarte tan profundo que ni siquiera yo pudiera sacarte a la superficie. De tal palo tal astilla. Vivía a hora y media en autobús de Oxford, donde trabajaba. Aparte del cartero, nadie sabía que estaba allí. Defendía mi soledad con uñas y dientes. La anteponía a todo lo demás del mismo modo en que otros anteponen la religión o la política; yo no le debía nada a ninguna de estas dos cosas.

Me ganaba la vida actualizando entradas de diccionarios. Llevaba toda la semana trabajando en *romper*. Tenía fichas desplegadas por la mesa y algunas por el suelo. La palabra tenía su intrínquilis y escapaba a la definición sencilla. Ésas eran mis preferidas. Eran como una melodía pegadiza, como una de esas canciones que no te puedes quitar de la cabeza. Muchas veces las colaba sin darme cuenta en frases en las que no encajaban. *Romperse las vestiduras. Romper la pana. Que te rompa un rayo*. Avanzaba por las letras del alfabeto y, cuando llegaba al final, éste había cambiado, incluso se había desplazado un poco. A los recuerdos que albergaba de ti les pasaba lo mismo. Cuando era más joven, los rumiaba una y otra vez en un intento por identificar detalles, colores o sonidos específicos. Sin embargo, cada vez que repasaba uno, éste había cambiado ligeramente y me daba cuenta de que era incapaz de distinguir lo que había inventado de lo que había ocurrido en realidad. Después de eso, dejé de intentar recordar y decidí que era mejor olvidar. Eso siempre se me ha dado mejor.

Cada pocos meses llamaba a los hospitales, a las morgues y a las comisarías de policía para preguntar si alguien te había visto. En los últimos dieciséis años hubo dos ocasiones en las que se atisbó una posibilidad: una redada en una comunidad de barcos donde había una mujer que encajaba con la descripción que había proporcionado; un par de críos que decían que habían visto un cadáver en el bosque, aunque resultó ser mentira. Dejé de verte en las caras de las mujeres que me cruzaba por la calle, pero llamar a las morgues se convirtió en una costumbre. A

veces creía que seguía haciéndolo para asegurarme de que no ibas a volver.

Aquella mañana había estado en la oficina. El aire acondicionado estaba tan fuerte que todo el mundo llevaba puestos jerséis y bufandas, mitones. Los lexicógrafos somos una especie aparte. De sangre fría, pensamiento lento y frases cuidadas. Sentada a mi mesa, mientras reorganizaba las fichas, me di cuenta de que hacía casi cinco meses desde la última vez que te había buscado: el período más largo hasta la fecha. Me llevé el móvil al cuarto de baño y llamé a los sitios de siempre. Había adaptado tu descripción física al paso del tiempo. Mujer blanca, sesenta y tantos, pelo moreno entrecano, uno cincuenta y cinco, setenta y cinco kilos, marca de nacimiento en el hombro izquierdo, tatuaje en un tobillo.

Me preguntaba si recibiríamos esta llamada, me dijeron en la última morgue a la que llamé.

Tú siempre parecías llena de energía, incombustible, inmortal. Salí temprano del trabajo. Estaban de obras en las rotondas y el autobús tardó una eternidad en salir de la ciudad. Nunca me había parecido mucho a ti, pero, en el reflejo de la ventana sucia, te reconocí en los ángulos de mi cara. Me agarré fuerte a la barra del asiento de delante. Esa noche prepararía una maleta, alquilaría un coche y cerraría la llave del agua. Por la mañana iría a identificar tu cadáver.

Era de noche cuando llegué a casa. Fui a encender la luz de la cocina y descubrí que tenía miedo —como no lo había tenido en años— de encontrarte allí plantada. Dejé correr el agua en mis manos hasta que salió hirviendo. Eras más bajita que yo, ancha de caderas, y tenías unos pies tan pequeños que a veces bromeabas y decías que te los habían vendado de niña. No te cortabas el pelo, de modo que lo tenías largo y oscuro, áspero por la coronilla. De tarde en tarde me dejabas que te lo trenzara. «Gretel, Gretel, tienes dedos ágiles.» Te reías. Hacía tiempo que no me venía eso a la cabeza, lo que se sentía al tocar tu pelo. «¿Puedes hacerme una cola de sirena? No, así no, vuelve a empezar. Una vez más.»

Intenté trabajar. «*Romper*. Separar con más o menos violencia las partes de un todo deshaciendo su unión. Interrumpir la continuidad de algo no material.» Al fin volvería a verte en la morgue por la mañana. *Pánico* era una palabra que también podía utilizarse para describir el terror colectivo que sufrían las manadas y los rebaños ante los rayos y los truenos de la naturaleza salvaje representada por el dios Pan. A mí el dios Pan me tenía bien agarrada por la garganta y estaba desatando en ella toda su ira. Rompí mi propia regla. Había una botella de ginebra encajada entre la nevera y la pared. La saqué de un tirón. Me serví un triple en un vaso. Lo alcé a tu salud. Tu voz no dejaba de sonar en mi cabeza y, aunque era incapaz de distinguir las palabras, sabía que eras tú la que hablabas; las frases tenían tu entonación, las palabras eran simples y duras. Apreté el borde del vaso con los dientes. Cerré los ojos. Se oyó una fuerte palmada y sentí la rafaga que provocó en mi cara. Cuando miré, estabas en la portezuela del patio. Llevabas el viejo vestido naranja, reapretado por la cintura, y tus piernas asomaban por abajo como dos postes. Tenías las manos tendidas hacia mí y estaban llenas de barro. El río estaba conectado a tu hombro izquierdo y se ensanchaba a tu espalda. Era igual que cuando vivíamos allí: espeso, casi opaco. Salvo que, en los azulejos de la cocina, veía las sombras de unas criaturas que saltaban y se zambullían, que nadaban. Volví a abrir el grifo del agua caliente y puse ambas manos bajo el chorro. Cuando alcé la vista, habías avanzado furtivamente, tenías algas enredadas en las redes de tu pelo negro a ambos lados de la cara, y tu persistente olor a tabaco colmaba la cocina. Sentía cómo examinabas mi vida. Hasta en mi imaginación eras tendenciosa, crítica. Pelabas un huevo retirando la cáscara del suave orbe blanco. Me perseguías con la manguera hasta que la tierra se encharcaba tanto que nos caíamos y nos rebozábamos en

barro como bulbos recién germinados. Me observabas desde la entrada de mi cocina mientras el río colisionaba a tu espalda. «¿Qué haces? —me preguntaste—. ¿Para esto es para lo que has quedado? ¿Para palabrotear todo el rato?»

Me puse las botas, un abrigo y un sombrero, y salí tan deprisa que no me detuve siquiera a cerrar bien la puerta. Había una costra de polución lumínica y una tajada de luna. Eché a andar con tanto ímpetu que tuve que pararme al momento, jadeante. Cuando volví la vista atrás, había un único cuadrado de luz procedente de la ventana de la cocina. Una cavidad amarilla en la colina. No recordaba si había sido yo quien la había dejado encendida.

Siempre había sido consciente de que el pasado no moría sólo por desearlo. El pasado nos hacía señas: crujidos y chasquidos por la noche, palabras mal escritas, la jerga de la publicidad, los cuerpos que nos atraían y los que no, los sonidos que nos recordaban a esto o a lo otro. El pasado no era un hilo que dejábamos suelto a la zaga, sino un ancla. Ése era el motivo por el que te había buscado durante todos esos años, Sarah: no para obtener respuestas, pésames; no para cargarte con la culpa o urdir tu caída, sino porque, hace mucho tiempo, fuiste mi madre y te marchaste.

LA BÚSQUEDA

El coche de alquiler era rojo y el hospital parecía en su mayor parte un largo pasillo. Pasé por delante de las entradas de ginecología, salud respiratoria, privado. Olía a sopa calentada en el microondas del personal, a tostadas quemadas, a lejía. La morgue se encontraba tres pisos más abajo. Me quedé un rato fuera, no quería entrar. Había un tablón de anuncios en el que se ofertaban varios paseadores de perros, un hámster gratis y una bici nueva por sólo cien libras. El aire acondicionado estaba estropeado y, cuando la gente se levantaba de las sillas, dejaba marcas de sudor. Los celadores iban y venían con camillas, enchufados a sus auriculares o hablando por el móvil. No se me daba muy bien recordar caras o cuerpos. Me acordé de algunas palabras que solías utilizar: *garrafón, radiante, fango*. ¿A qué olías? Me acerqué la muñeca a la nariz. Eras celosa y egoísta con tu tiempo y con tu espacio. Incluso después de haber vivido sin ti durante dieciséis años, incluso ahora que iba a identificar tu cadáver, intentaba no buscarte las cosquillas. Un celador pasó con una camilla por entre las puertas batientes y éstas se abrieron el tiempo suficiente para que viera un triángulo de la sala que había al otro lado, el resplandor de los fluorescentes.

En el transcurso de estos años, había hablado unas cuantas veces con el encargado de la morgue. Sus frases estaban teñidas de vacilación y rematadas por un tono interrogante. Estaba calvo, la coronilla le brillaba. Dijo que me parecía al sonido de mi voz. No estaba segura de cómo tomarme aquello. No me parecía mucho a ti. Tú tenías un atractivo pétreo que asustaba a todo aquel con quien te cruzabas. Había unos recortes de cactus pinchados en el tablero. Se encogió de hombros cuando me vio mirándolos.

Tienen algo, ¿no te parece? No necesitan a nadie. Almacenan el agua en su interior.

No estoy segura de cómo entré en la sala. Había puertas metálicas empotradas en las paredes y la radio estaba puesta de fondo en voz baja con una canción que no reconocí. El tipo abrió una de las puertas y tiró de una camilla. Tenías una sábana azul echada por encima. El aire desapareció. Distinguí unas formas debajo de la sábana: una nariz, el hueso de una cadera. Los pies que sobresalían por una punta parecían de cera. Había una etiqueta enganchada a uno de los dedos y, en otro, una campanilla.

¿Para qué es eso?, pregunté.

Se tocó la calva. Tenía las manos muy limpias, pero restos de comida en la comisura de sus finos labios. Para nada, dijo, en realidad es una manía. Antes de que existieran los monitores cardíacos, servía para asegurarse de que el muerto estaba bien muerto. Conservo cierto sentido de la tradición.

De ahí debe de venir lo de salvado por la campana, comenté, y él me lanzó esa mirada que a

veces me dedicaba la gente cuando hablaba como un diccionario. Me entraron ganas de enumerarle las preciosas palabras en las que había pensado mientras conducía para nombrar aquellos lugares en los que conservamos a nuestros muertos: calavernario, osario, sepulcro.

¿Necesitas una cuenta atrás? ¿Tres, dos, uno?, me preguntó. Hay gente que lo prefiere.

No.

Retiró la sábana azul hasta justo por debajo de los hombros. Sentí un dolor en el estómago, en la raíz del pelo, un escalofrío. Eras tú. Un segundo después, me di cuenta de mi error. Cierto que su pelo era del mismo color que el tuyo y que algo en las arrugas de los ojos y de la boca me recordaba a ti, la forma de la frente. Pero no tenía tu nariz ancha —con el puente torcido de cuando te la rompiste antes de que yo naciera— y la marca de nacimiento del hombro no era del mismo color que la tuya: aquella era de un púrpura claro.

¿Estás segura? Pareció decepcionado. Debían de tener tantos cadáveres anónimos en la morgue como los que solían aparecer ahogados en el canal en temporada baja. Levantó la sábana por abajo para mostrarme el tatuaje, pero éste era reciente y aún estaba un poco irritado por donde la aguja se había clavado: una estrella descentrada, un mapa de un país inidentificable. Nunca había llegado a estar segura de lo que el tuyo representaba, y tú te negabas a decírmelo. «Hasta las madres necesitan tener secretos.»

Sí, estoy segura, respondí.

A la vuelta de la morgue, paré a echar gasolina y me senté en el banco de un merendero junto a las pilas de periódicos y los sacos de carbón para barbacoas. Todo parecía mal alineado: las puertas metálicas de los coches destellaban al reflejar el flujo ardiente de la autovía. Tenía en la boca un regusto rancio, sucio. Me daba la sensación de que me habían restregado la piel de las manos y las mejillas hasta desollármelas. Estaba exhausta, como si hubiera vivido aquel momento diez veces, como si aquél fuera el lugar en el que siempre iba a terminar: una gasolinera en plena canícula después de ver un cadáver que no era el tuyo. Era un error llamar a todas partes en tu busca. Había manivelas y diales en la cabeza de una persona que era mejor no tocar. Saqué el mapa de la guantera. Me parecía haber reconocido algunos de los letreros (sentía apego por la palabra escrita) y, al examinarlo, reparé en que era porque me encontraba cerca de los establos. Pensaba que estaban a horas de distancia, que tendría que viajar toda la noche, pero en realidad no quedaban lejos, a una hora o menos. Me desconcertó el hecho de haberme encontrado tan cerca todo el tiempo. Me compré una chocolatina y me senté en el coche para intentar decidir qué hacer. El chocolate se derritió antes incluso de que abriera el envoltorio. Volver a casa —la sábana azul cubría de nuevo aquella cara— era una opción que no me planteaba.

Al tomar una curva cerrada, estuve a punto de llevarme por delante algo pequeño, un destello de color, que cruzó la carretera a toda prisa. Pisé el freno hasta el fondo. Me mordí la lengua, grité, convencida de que lo había arrollado. Fuera lo que fuera. Salí del coche. Hacía calor. Demasiado. Me acuclillé para mirar debajo. Cuando me incorporé, una mujer con un chubasquero morado venía corriendo hacia mí.

¿Has atropellado a mi perro? Tenía la parte derecha de la cara descolgada —tal vez por una apoplejía— y no se le entendía muy bien. Me dispuse a seguir mi camino, pero ella me agarró del brazo. ¿Has atropellado a mi perro?

No lo sé, contesté.

Llevaba la cremallera del chubasquero subida hasta la barbilla a pesar del calor. Buscamos juntas al perro bajo el coche y luego entre los arbustos que había a ambos lados de la carretera. La mujer no lo llamaba por su nombre; se limitaba a silbar mal y sin efecto alguno.

No puede comer nada, dijo, está siguiendo una dieta muy estricta. Debemos encontrarlo antes de que se coma algo. Siempre anda escapándose. Hablaba como si fuéramos viejas amigas. Se escapaba incluso cuando era un cachorro.

Un coche tomó la curva y estuvo a punto de chocar con el mío, parado en medio de la carretera.

No lo veo. ¿La llevo a algún sitio?

Pero la mujer ya se había ido, abriéndose paso por entre los recios arbustos hasta la cuneta que había más adelante. Sentía que se me agolpaban en la boca las palabras para los lugares en los que se concentran los muertos. Seguía esperando encontrarte en algún sitio, hecha un ovillo, fría al tacto, apuntando con los pies en diferentes direcciones.

Había una carretera empinada y llena de baches que bajaba a los establos, una valla cruzada que dos chicas vestidas con pantalones ajustados estaban saltando y, más allá, un aparcamiento. Los establos habían sido nuestra última morada, la última vivienda que había compartido contigo. ¿Te acuerdas de que las chicas que trabajaban los fines de semana dejaban sus botellas de Coca-Cola a medio beber alineadas contra la pared y se ponían con las caras muy pegadas; de que había un par de ellas a las que no éramos capaces de distinguir? Muchas tenían un extraño y farragoso acento de Essex que no entendía del todo, plagado de palabras alargadas y llenas de oes y ues de más.

Al principio me limité a dar una vuelta sin anunciarme. Estaban dando una clase en el picadero; cuatro niños en ponis rechonchos. La monitora que había en nuestra época era alta y tenía el pelo castaño alisado y largas uñas pintadas. Tenía la voz de una sirena de niebla, pero era frágil, solía llevar escayolas, cabestrillos atados al cuello. Ya no estaba allí.

Me colé por el lateral del picadero. Algunos de los peldaños de las escaleras que conducían a la habitación en la que habíamos vivido estaban rotos. Recordé aquel estrecho pasaje entre el picadero y las cuadras porque solía sentarme en lo alto de los escalones y verte llegar, tropezando por el suelo irregular, maldiciendo y echando mano de la pared. En realidad, debía de saber que ibas a marcharte, siempre temía que no volvieras a casa. «¿Me estás esperando? Qué mona», me decías, aunque tu cara reflejaba lo contrario y soportaba las palabras como si fuera un andamiaje.

Volví al aparcamiento. La clase había terminado y la monitora se me acercó a preguntarme si tenía hijos o si era yo la que quería aprender. Catorce libras por clase. Más si era para mí. Le conté que había vivido allí de adolescente, pero ella puso cara de indiferencia y apartó la mirada en busca de una escapatoria.

Teníamos alquilada la habitación de arriba.

Ella se encogió de hombros. Ya no la alquilan.

Además, me interesan las clases para mi sobrina, añadí. ¿Puedo echar un vistazo al resto del recinto?

Fui a la parte trasera y subí a las parcelas. Un poco más arriba había una persona encorvada

trabajando la tierra. Pasé por debajo de la valla eléctrica y me dirigí hacia ella. Estaba cogiendo piedras afiladas y lanzándolas fuera del terreno.

¿La ayudó? Ella se limpió la mano en la parte trasera de los pantalones. Llevaba una crucecita de plata en el cuello que le colgaba cada vez que se echaba hacia delante. Era mayor que la monitora y en la raya del pelo se veía que el tinte estaba perdiendo su tono anaranjado. Le mostré una foto tuya.

Estoy buscando a esta mujer, vivió aquí un par de años. En la habitación de encima del picadero.

Se limpió las manos por segunda vez. Cogió la foto. La miró. Tal vez. Me la tendió haciendo un mohín con los labios. No estoy segura.

¿Puede mirarla otra vez?

¿Encima del picadero?

Sí, en la habitación. Limpiaba las caballerizas. Había una niña con ella: su hija. Tenía unos trece años o así cuando llegaron. No iba a la escuela. Andaba siempre por ahí.

Sí.

¿Qué?

Sí. Estaba mirando al fondo de la cuesta, a los feos edificios, el picadero rectangular y la mole de los establos. La recuerdo. A las dos. ¿Qué quieres saber?

Soy su sobrina. Lleva mucho tiempo sin ponerse en contacto con la familia. Ha heredado un dinero. Necesito encontrarla.

Hizo un gesto con la barbilla, cuadrada y llena de tierra, bajamos la cuesta y entramos en la cocina de una casita prefabricada. Se apoyó en la encimera mientras el agua del hervidor se calentaba. Dejé que me contara lo que recordaba de ti y de aquella niña que no sabía que era yo. En el fregadero había tazas llenas de moho verde. En el sofá, una adolescente leía una revista y se bebía una Lucozade. Mencionó algunas cosas que yo no recordaba, aunque creía que, de aquella época, lo tenía todo grabado en la memoria. La música que sonaba a todo volumen en la habitación de encima del picadero, el hecho de que a veces dabas clases o llevabas los remolques de los caballos a las exhibiciones. Me inquietó. Hasta la historia que creía haber conservado era inexacta. Di un puñetazo en la encimera.

La mujer vertió agua hirviendo en los gránulos de café instantáneo. No tenemos azúcar, pero hay pastitas Pop-Tart.

No pasa nada. ¿Volvió a verla?, le pregunté, y choqué los dientes con la taza cuando fui a beber. ¿Después de que se fuera? ¿Volvió? Las sienes me palpitaban.

No lo sé.

¿Tal vez?

Por la forma en que me miraba noté que estaba hablando demasiado fuerte. La chica del sofá había dejado la revista y me estaba observando.

La gente viene y va. Deja que vea la foto otra vez. La cogió con el índice y el pulgar, con cuidado de no doblarle las esquinas. Melanie, le dijo a la chica, ¿no hay que limpiar los establos?

Están limpios, le contestó.

No digas cosas que no son verdad.

Esperó hasta que Melanie se hubo marchado y entonces me devolvió la foto. Hubo una mujer hace unos años. No estoy segura. Negó con la cabeza.

Continúe, le dije.

No sé. Puede que fuera ella. Estuvo deambulando por aquí durante un par de horas y pasó bastante desapercibida. La vi en mi descanso del almuerzo. Llegó hasta la parcela en la que acabamos de estar. Cuando le hablé, me di cuenta de que no estaba bien.

¿Qué quiere decir?

Inclinó la cabeza como si no quisiera explicarlo. Me refiero a que no estaba del todo en sus cabales. Se comía algunas palabras, parecía no saber dónde estaba ni qué hacía aquí. No muy lejos hay una residencia de ancianos y creí que a lo mejor venía de allí, así que llamé a la policía, pero, cuando ésta llegó, se había hecho de noche y ella ya se había ido y, de todos modos, cuando llamé a la residencia, me dijeron que no faltaba nadie. Puede que no fuera ella. La gente se pierde y eso. Me miró. La gente viene y va. Puede que no fuera la persona que estás buscando.

Cuando me marchaba de los establos, vi al perro. Estaba sentado en el arcén. No era ninguna monería, sino una especie de chuchó, con calvas y rasgos raros. Estuve a punto de no parar y, cuando lo hice e intenté atraparlo, tuvimos un rifirrafe: el perro no hacía más que acercarse y alejarse enseñándome las blancas encías. Una vez que lo subí al coche, pareció contentarse. Lo observé por el retrovisor, sentado muy tieso en el asiento central, devolviéndome la mirada. «No me gustan los animales», dijiste en mi cabeza, tan alto y claro como si estuvieras en el asiento del copiloto. «Déjalo donde lo has encontrado.»

A mí tampoco me gustan mucho los perros, le dije al chuchó, y él cerró los ojos como exhausto ya por la conversación.

Recorrí la carretera en busca de su dueña, pero no encontré ni rastro de ella y nadie contestaba en ninguna de las casas. Se suponía que tenía que estar de vuelta. Se suponía que debía estar ya en casa e ir a trabajar al día siguiente.

Continué hasta que llegué a la autovía. El perro emitió un sonido gutural tan parecido a una palabra que estuve a punto de pisar el freno. Se movía de un lado a otro en el asiento de atrás, levantaba la pata y la volvía a bajar. Tomé la siguiente salida. Carteles iluminados del Little Chef, el Burger King y el Subway. El perro meó en el aparcamiento del Travelodge. Tenía tanta hambre que compré patatas fritas y me las comí apoyada en el coche. Recordé la historia que había oído sobre la niña que se encontró una lagartija churruscada en su Happy Meal: el tipo de anécdota que tal vez te conté una vez para verte reír. Observé a una pareja que discutía en la entrada del Travelodge; abrían la boca al máximo, hacían aspavientos con los brazos. Los seguí al interior y pregunté cuánto costaba una habitación. Veinticinco libras sin desayuno, pero había una máquina expendedora al final del pasillo. Antes de pararme a pensar en lo que estaba haciendo, ya me encontraba en la habitación. El olor de la gasolina que se colaba por la ventana. El diseño triangular amarillo y negro de la moqueta. Pelo de otra persona en el desagüe del lavabo.

Una criatura se abrió paso a brazadas por el aire bochornoso, reptó por los pasillos, se coló por debajo de la puerta de mi habitación, se metió debajo del edredón y posó la cabeza en mi almohada. Yo cerré los ojos con todas mis fuerzas. Olía su digestión lenta y casi bovina. El colchón estaba empapado, empezaba a descomponerse. Abrí los ojos, me fui al cuarto de baño, llené la estrecha bañera casi hasta el borde, dejé al perro fuera y me metí en el agua. Debí de dar una cabezada porque, cuando me desperté, estaba sumergida en el agua. Arriba había baldosas de magnolias borrosas y la lúgubre alcachofa metálica de la ducha me miraba. Intenté incorporarme,

pero notaba un peso en el pecho. Vi cómo se me escapaba el aire por la nariz y por la boca, apoyé las manos en el áspero fondo de la bañera y sentí que el peso me aplastaba. En el vacío blanco producido por la falta de oxígeno, supe lo que era. Se trataba de aquello en lo que había prometido no volver a pensar: lo que había acechado el río durante aquel último mes. La palabra me quemaba en la boca. Vi estrellas blancas, un frío terrible me atenazó la garganta.

El peso desapareció. Me incorporé tosiendo, el agua se derramó estrepitosamente por el suelo y se desbordó más allá de la puerta cerrada. Cogí tanto aire que éste me abrasó los pulmones, salí como pude de la bañera y aterricé de rodillas de un golpetazo. El perro estaba aullando. Pegué la mejilla al suelo helado y me quedé allí un buen rato.

LA CASITA

A lo que siempre vuelvo, por supuesto, es al modo en que me abandonaste. Es porque soy egoísta e insegura, me dices desde tu sillón. Afirmas que siempre fui así. Me cuentas que, en el río, andaba siempre pegada a tus faldas y berreaba hasta que los árboles se caían. Eres proclive a la exageración. Contar tu historia parece más un ejercicio de minería que una simple crónica. A veces escuchas en silencio. Otras, me interrumpes y nuestros relatos se arraciman, se solapan.

No guardo muchos recuerdos de lo que sucedió en el río. Creo que olvidar es una forma de protección. Sé que un día soltamos amarras del lugar en el que llevábamos viviendo desde que nací y que Marcus no estaba con nosotras. Sé que nos alejamos río abajo y que atracamos en una ciudad donde las campanas sonaban cada hora. Puede que nos quedáramos allí una semana, no más. Un día, cuando me desperté, habías llenado una mochila y un par de bolsas de plástico. No creo ni que te molestaras en echarle la llave al barco. Entonces comprendí que no íbamos a volver. Tenía trece años y todo lo que conocía se hallaba en aquel barco. Todo aparte de ti.

Nos sentamos en el primer banco que encontramos, me recogiste el pelo en una trenza tirante y dolorosa, y luego yo trencé el tuyo, como si nos dispusiéramos a ir a la guerra. Sentía que bullías bajo la piel, que la electricidad de las torres de alta tensión o de las centrales eléctricas te atravesaba. Eras bajita —aunque ahora, con sesenta y pico años, lo eres todavía más—, pero dejaste que me subiera a tu espalda y me llevaste a cuestas todo el camino.

Durante un par de meses recorrimos hostales y *bed and breakfasts*, dormimos en sofás que la gente alquilaba por poco dinero. Nunca nos quedábamos mucho tiempo. No podíamos permitirnoslo. Hacia el final, nos dedicamos a hacer las rutas de los autobuses; dábamos cabezadas apoyadas en las ventanillas grasientas y nos despertábamos cuando el conductor venía a decirnos que teníamos que bajarnos.

Vivimos en el establo unos tres años. Creo que la desesperación te infundió valor. En cuanto nos bajamos de un autobús, te pusiste a llamar de puerta en puerta. Alguien nos dijo que la dueña del centro ecuestre a veces alquilaba el espacio que había encima del picadero, de modo que buscamos el sitio y preguntamos por la habitación. Recuerdo que te miraron de arriba abajo. Estábamos hechas unos zorros después de pasarnos un mes sin apenas pegar ojo ni probar bocado. Fumabas como un carretero. También bebías, llevabas contigo una botella y te limpiabas la boca con tanta fuerza que a veces los labios te sangraban. Dejaron que nos quedásemos a cambio de limpiar los establos. Nos colábamos en un gimnasio cercano para ducharnos. De vez en cuando trabajabas en un Greggs y te traías a casa la bollería rancia. Los caballos cortaban la hierba seca al ras con sus recios dientes amarillos. Tú bebías y bebías, y por las mañanas ibas de

acá para allá dando tumbos en busca de un coletero que ya llevabas en el pelo; chasqueabas los dedos cuando intentabas recordar los nombres de los caballos, de los niños, de los días de la semana. A veces te escondía la petaca y teníamos una pelotera. ¿Cómo te atreves?, decías, ¿cómo te atreves? Yo me bebía lo que quedaba para evitar que hicieras lo mismo, pero tú te limitabas a rellenarla vertiendo el líquido con un largo chorro que lo ponía todo perdido de salpicones. Encaneciste de la noche a la mañana. Cuando nos preguntaron cuánto tiempo íbamos a quedarnos, les respondiste que no lo sabías. Entonces no me avergonzaba de ti. Creo que todavía me tenías hechizada. Eras como una predicadora o la líder de una secta. Poseías una especie de magnetismo que atraía a la gente; gesticulabas con tus pequeñas manos al hablar.

La última noche que pasamos juntas me anunciaste que íbamos a salir por ahí. Yo nunca había ido a un restaurante. Pediste vino, me serviste un dedito y tú te tomaste el resto. Tenías unas profundas ojeras y la cara llena de arrugas que te bajaban por el cuello y por las manos. No sé de dónde sacaste el vestido que llevabas puesto.

Cuando me deseaste feliz cumpleaños, te miré como para ver si estabas de broma y tú me sostuviste la mirada por encima del borde de tu copa.

No es mi cumpleaños.

Tú moviste los hombros; no los encogiste en un gesto de indiferencia, fue algo más huraño. Da lo mismo. Siempre es el cumpleaños de alguien, ¿no? Tengo algo que contarte.

Acababa de cumplir dieciséis años. Nos peleábamos cada dos por tres; a veces te pegaba o tú a mí. Una era la espada y la otra la pared. Tal vez ése fuera el motivo por el que te marchaste. Creo que, para ti, la familia no era un vínculo lo bastante fuerte como para atar a las personas. No tenía ni la más remota idea de lo que se me venía encima, aunque quizá debería haberlo sabido. Habías estado dándome pistas durante semanas, hablándome de los hombres y de sus aparatos, riendo.

Ten cuidado, me dijiste. No vayas a cometer errores que luego lamentos. ¿Entendido?

Yo asentí, aunque no entendía nada. No sabía nada de sexo aparte de los hombres flacuchos que a veces traías a la habitación, los ruidos que los oía hacer, tu silencio.

Llevabas un condón guardado en el bolso y lo sacaste para enseñármelo. Te colocaste el envoltorio entre los dientes y lo rasgaste. Echaste un vistazo a tu alrededor en busca de algo que pudieras utilizar, pero no había otra cosa aparte del cuchillo con el que habías comido, que no sirvió de mucho. Vi que un par de camareros nos observaban desde la caja. Una mujer de una mesa cercana a la nuestra nos miraba ojiplática con el tenedor a medio camino de la boca. Tú parecías ajena a sus miradas. El cuchillo traspasó el látex.

Bueno, lo pillas, ¿no?, me dijiste al terminar. Buscaste un sitio donde dejar el condón; lo escondiste debajo de tu plato.

Tras marcharnos del restaurante, me llevaste a un bar que tenía una pista de baile cuadrada, espejos por todas las paredes y ningún pestillo en el baño. Le contaste al tipo de la barra que nunca me había tomado un cóctel y nos pediste varias rondas. No me bebí ninguno porque temí que nos perdiéramos al regresar a casa. Permanecí de pie junto a una de las mesas altas y cojas. Y pegajosas. Tú bailabas, gritabas que era una mojigata, meneabas las caderas hacia delante y hacia atrás, lanzabas las manos al aire y las abrías como si algo cayera del cielo. Cuando volviste, estabas sudorosa y sonriente.

Cómo me aprieta el vestido, dijiste. Te ayudé a desabrocharte el cuello. Tú suspiraste y te restregaste los brazos. Tengo que hablarte de Marcus.

Negué con la cabeza, te grité, te dije que no quería saber nada. Me daba igual lo que fueras a decirme: no quería saberlo.

¿Estás segura? De repente pareciste sobria, me envolviste las manos en las tuyas, ásperas, encima de la mesa, me diste toquecitos en las mejillas con los dedos. Ahora me pregunto si te habrías quedado de haber dejado que me contaras lo que ibas a contarme. No sé si esto es verdad.

Creo, dijiste como si no estuviera allí, que tendría que haberme dado cuenta desde el principio. Me contaste lo que habías visto en el agua, lo de los cadáveres en el río y las trampas metálicas. Me hablaste del Bonak. Nosotras lo creamos, decías una y otra vez, ¿no entiendes que fuimos nosotras las que hicimos de él lo que era? Me tapé las orejas con las manos hasta que tu voz se perdió en el zumbido de la música.

Fui la primera en subirme al autobús. Cuando me giré, tú aún estabas plantada en la calle y, cuando el conductor te preguntó si ibas a subir, tú respondiste que no. Al otro lado de las puertas eclipsantes de aquel autobús, tu frente bien alta, aquel maquillaje en polvo pegajoso como el barro, el pintalabios corrido. Tu cara menguó como la luna hasta que las puertas se cerraron del todo.

Después de eso me limité a esperar en el establo durante una temporada, y creo que me lo permitieron porque sabían que te habías marchado y que yo no tenía donde caerme muerta. Fue una de las madres —una de esas bien maquilladitas y con cara de preocupación— la que me delató. Estuve un tiempo en el *sistema* —como lo llamaban las otras chicas con las que viví—, pasé por distintas casas, distintas familias de acogida, todas parecidas. No recuerdo mucho de aquella época. Me preguntaron por ti. Más de una vez. Me preguntaron si tenía otros familiares, alguien que pudiera hacerse cargo de mí hasta que cumpliera los dieciocho. Les dije que no. Me preguntaron si sabía dónde estabas. Les dije que habías muerto.

Estuve en la última casa de acogida hasta que cumplí la mayoría de edad. El instituto al que me enviaron estaba en un estado lamentable, había mil alumnos o más, andamios donde antes había habido un pabellón deportivo, tierra en lugar de un campo de juego. Muchos de los niños vivían en caravanas junto a las vías del tren. No me gustaba e intenté escapar cada vez que se me presentó la ocasión. Una vez llegué hasta el río antes de que me pillaran. No recuerdo lo que pensé que iba a hacer cuando volviera a aquel pinar junto al río donde había vivido contigo. No creo que tuviera ningún plan. Supongo que lo único que me hacía intentar volver allí una y otra vez era un acto reflejo.

Era el idioma —nuestro idioma— el que me jugaba malas pasadas en el instituto. Le dije a uno de los profesores que necesitaba un ratito de shhh, le grité a un niño que era un garraparpío. En todos aquellos años, nunca me dijiste que estuvieras creando un idioma nuevo, aplicable en exclusiva a aquella época, a nosotras. Nunca me pusiste sobre aviso. Después de un tiempo, los demás alumnos empezaron a darse cuenta de que utilizaba palabras que ellos no conocían. Me imitaban, trastocando los sonidos, gritándolos por los pasillos o en clase. Empezaron a llamarme la *Extranjera* o la *Inventona*, como diciendo: no quiere hablar inglés, se cree tan buena que va a reinventarlo.

Corté de raíz aquellas palabras que me habías dado, las borré de mi mente. Las perdí con los años, de modo que ahora, al echar la vista atrás, me resultan tan extrañas como debieron de

resultarles a aquellos niños.

Eres como una salvaje, me dijo una niña en el instituto. Se llamaba Fran. Eres como uno de esos niños a los que encierran en los sótanos. Eres como uno de esos niños a los que encadenan a un orinal en un sótano y a los que ni siquiera les enseñan a hablar.

Robé el preciado alijo de sombras de ojos y collares de Fran y lo enterré. Me peleaba con los niños más grandes hasta que éstos sangraban o ambos lo hacíamos. Creo que aún recordaba en gran medida lo que significaba vivir en el río, y ese conocimiento estaba hilvanado en mi interior y a lo largo de mis brazos como ojos parpadeantes.

Aquellos fueron los años en que intenté encontrarte. Los fines de semana cogía el autobús a sitios a los que creía que podrías haber ido. Deambulaba por ahí preguntando por ti a la gente. Tenía la foto que sigo teniendo ahora y se la enseñaba a todo aquel con el que me tropezaba. Decía: es bajita, más que nosotros; tiene el pelo y los ojos grises. Me costaba no verte por todos lados: en la ventana de un autobús que pasaba, en el pasillo de un supermercado, en la mesa de una cafetería o un pub, en un coche parado en un semáforo. Te veía caminando o corriendo, sentada, charlando, riendo con la cabeza inclinada hacia el pecho. Seguía a mujeres por la calle, pero nunca eras tú. Te habías marchado sin dejar rastro. Eras un fantasma en mi cerebro, en mi estómago. Empecé a preguntarme si alguna vez habías llegado a existir.

Un par de chicas hicieron migas conmigo y creo que era porque tenía pinta de ir a contracorriente y querían saber qué iba a pasar. A Rosie le gustaba sentarse a mi lado en Matemáticas y, de cuando en cuando, me hacía confidencias: que se había perforado ella misma la oreja, que su hermana había estado a punto de prenderle fuego a la mesa de pimpón, adónde iba a ir de vacaciones. Le gustaba hablar del profesor de Matemáticas, que sólo resultaba atractivo porque era más joven que el resto. Lo calificaba de tímido y enumeraba las cosas que le haría después de las clases. Ahora que lo pienso, creo que a lo mejor se sentaba a mi lado porque contarme esas cosas a mí no era como contárselas a las demás chicas: era como enseñarle a alguien a hablar o a leer. Yo nunca había oído las palabras que utilizaba. No conocía su idioma. Incluso ahora me siguen pareciendo palabras a medio traducir: *follar*, *chingar*, *echar un polvo*, *morrearse*, *francés*.

Fuimos de excursión al Distrito de los Lagos con el instituto. Había literas, un rocódromo y una piscina donde hacíamos prácticas de vuelco de kayaks y donde empecé a tener ataques de pánico: la nariz llena de agua, la sombra de unas piernas que acudían en mi rescate, como si me estuviera ahogando en el río. También hacíamos prácticas de besos. Estaba Rosie y otra chica a la que no conocía muy bien. Lo hacíamos antes de cenar, en las literas o fuera, detrás de la piscina. Sus bocas sabían a pepino. Nos juzgábamos con dureza: demasiada lengua, no te retuerzas así. Ellas ya habían besado a chicos, pero para mí era algo nuevo. No me lo podía quitar de la cabeza. Entendía que besarse no era el acto final. Era un pasaje que conducía a alguna parte. Me acordé de ti aquella vez en el restaurante con el preservativo. Pensaba tanto en ello que a veces se me nublaba la vista y no oía lo que me decían.

En algún momento de estas prácticas de besos empecé a ver a Marcus emerger del centro de sus pechos como si hubiera estado esperando allí todo el tiempo. Era una sensación frenética, rayana en la histeria. Las bocas de las otras chicas estaban frías, pero el Marcus que salía de ellas estaba caliente como un hierro de marcar. A veces bajaba la vista hasta sus manos, posadas en

mis piernas, y se me antojaban tan parecidas a las de Marcus que me tensaba de pánico. Con los ojos cerrados, cualquiera podía ser él. Quería preguntarte si eso era lo que tú veías cuando besabas a alguien.

Después de un tiempo aquello dejó de tener gracia. Él estaba allí, aovillado, aguardando con los ojos cerrados, apenas vivo. Sentía su aliento un segundo después del de ellas, oía el chasquido de su ávida lengua en el cielo de la boca. Había algo enfermizo en él, un moho que le recubría los pulmones y el estómago, que le llenaba las venas. Era algo del río. De eso no me cabía duda. Cuando pensaba en ello, veía movimiento a través del cristal, una somera pincelada de color. No sabía lo que era, sólo que no era algo de lo que quisiera ver más. No podía soportar la idea de que se abriera paso a través de las bocas de otras personas, que estirara los dedos por entre la abrazadera de sus nudillos y que subiera culebreando por sus gargantas. No podía soportarlo, pero tampoco podía dejar de pensar en ello: no podía dejar de pensar en lo que sería hacerlo con un chico, abrir los ojos y ver a Marcus mirándome. Cuando les dije a las otras chicas que no quería seguir con las prácticas de besos, me respondieron con total indiferencia. No somos lesbianas, me dijeron.

LA CASITA

Después de encontrarte en el río y traerte a casa, empiezo a tener un sueño recurrente. Estoy en el sótano de la oficina del diccionario en la que trabajo. No tiene ventanas y la única iluminación son unas lámparas anchas en forma de cuenco que penden demasiado bajo de un techo sucio y revestido con paneles. Hay archivadores metálicos dispuestos en hileras. Diez o más están llenos de palabras escritas al revés, y otros diez de palabras que, con el tiempo, han caído en desuso. Hay viejas huellas de manos en las paredes, vetustas pisadas polvorientas en el suelo, una luz encendida en el diminuto cubículo del baño, aunque nadie contesta cuando llamo. Por pura curiosidad, miro en el archivador de la be, rebusco entre las fichas amarillas, pero no figura allí. *Bonak*. Por supuesto que no; ni siquiera es una palabra real. Ni siquiera existe.

Recorro el pasillo hasta el ascensor. Sé que estoy soñando porque, en la vida real, lo remodelaron mucho antes de que empezara a trabajar aquí, pero ahora es viejo y tiene una puerta de acordeón que echo a un lado y paredes de terciopelo rojo raído. Se mueve despacio y chirría cada vez que sube un piso. Llegamos a la planta de la oficina. Está prohibido tener los teléfonos en las mesas y el auricular de una de las dos cabinas que hay en el rincón cuelga de su gancho. Lo cojo pensando que voy a oír tu voz, pero ni siquiera da tono.

La cafetera de la cocina está caliente al tacto; la nevera, que abro de par en par, está llena de fiambreras minuciosamente etiquetadas. ARUNDHATI, NO TE LO COMAS. NAT 13/4/2017. BENJI. En las paredes del pasillo hay carteles en los que se ruega silencio. Me meto en el laberinto de cubículos. La mayoría de los ordenadores están encendidos; las ordenadas mesas, cubiertas de fichas de colores con diferentes citas; las bandejas de mensajes entrantes y salientes, llenas. Me dirijo a mi mesa, pero, al llegar, veo las pertenencias de otra persona. Una manzana roja con las marcas de unos dientes perfectos, un tarro de huevos verdosos encurtidos, una enciclopedia con páginas dobladas. Cuando me siento en la silla, me resulta incómoda y está regulada para una persona más baja. Miro el ordenador para intentar encontrar pistas de quién me ha robado la mesa. Hay correos electrónicos, pero sólo contienen una firma, siempre una ese mayúscula. Se oye un ruido. Me levanto y miro por encima de los cubículos. Las luces automáticas del otro extremo se han encendido y, mientras observo, vuelven a apagarse. Me siento y empiezo a leer las definiciones que están desplegadas por la mesa. Algunas de las palabras tienen tantos tachones que sólo alcanzo a descifrar parte de ellas. «El rumor del río por la noche. Un momento de paz a solas.» Cerca del final de la pila hay una palabra que destaca con toda claridad. «*Bonak*: aquello que tememos.» Incluso en un sueño, verla por escrito hace que el estómago se me revuelva. La tapo con el puño.

Se oye la caída de un objeto en el suelo enmoquetado. Me levanto y me dirijo al pasillo

principal que hay entre la pared y los cubículos. La moqueta que tengo delante está un poco levantada, como si a alguien se le hubiera enganchado en el lateral del zapato. La aplano. Sobre mi cabeza, los paneles de madera empiezan a vibrar y a desplazarse revelando el entramado de tuberías y de cables que ocultan. Detecto un movimiento rápido. Uno de los paneles se estrella en el suelo. Empiezan a caer otros y se rompen o rebotan en las mesas y saltan en mil pedazos. Luego cae agua, pero no agua de oficina limpia y filtrada, sino fétida y llena de hierbajos, con redes rotas que liberan peces que se retuercen mientras se asfixian en la moqueta. Oigo que algo va de acá para allá por lo alto de mi cabeza, rápido, haciendo traquetear el cristal de las ventanas. Lo oigo desplomarse a mi espalda. No me giro. Lo oigo moverse por el suelo. Sé lo que eres, pienso. Pero, cuando me despierto, lo he vuelto a olvidar.

A la mañana siguiente de haber tenido ese sueño, por primera vez te encuentro sentada a la mesa con mi bata y mis zapatillas puestas, comiendo naranjas y huevos duros, cuyas cáscaras vas dejando en escrupulosos montoncitos. Te has cepillado el pelo y lo tienes pegado a la cabeza como si fuera un gorro de natación. Escupes una pipa en la mano y me dices que me he pasado la noche gritando y que si siempre va a ser así, porque, si ese es el caso, a lo mejor podía buscarme un hotel y dejarte dormir en paz.

Nos separan décadas de resentimientos, una ciénaga de incomunicación, un sinfín de cumpleaños perdidos, la década entera de mis veinte años, un pecho de cuya amputación no fui testigo. Me entran ganas de pasarte la mano por la cara de arriba abajo como hacías tú a veces en el establo. No fuerte, pero casi.

Me pelas un huevo. He recordado algo, me dices.

La parte delantera de la bata se te ha abierto y veo la cicatriz sonriente donde antes estaba tu pecho izquierdo.

Me como el huevo. ¿Qué has recordado? ¿Algo del invierno que pasamos con Marcus?

Impaciente, haces aspavientos con las manos y a continuación te restriegas la boca para limpiártela. No, no.

Muy bien, entonces, ¿qué?

Me miras con los ojos entrecerrados. Cualquiera diría que te he sacado de la selva, con esas uñas sucias y ese pelo de foca. Me siento y aguardo. Es como si albergases en tu interior más palabras de las que sabes manejar. De las que yo sé manejar. Manan de ti.

SARAH

Ahora lo entiendo: todo empieza contigo. Ésta es tu historia y la del hombre que podría haber sido mi padre, una historia completamente insospechada e inesperada.

Tenías treinta y un años. Corría 1978 o por ahí. Aunque no lo sabías, una nave espacial había despegado rumbo a Saturno. Ésta revelaría que, si se descubriera una masa de agua de la suficiente envergadura, el planeta flotaría en ella. La duración de un día en Saturno era corta, de apenas diez horas. Las palabras *email* y *telemarketing* acababan de introducirse en el diccionario. El médico de la clínica donde trabajabas de recepcionista te dijo —flirteando, robándote un gajo de la naranja que te habías llevado para el almuerzo— que tenías buenas caderas de madre. Tú fingiste una sonrisa coqueta, encajaste el insulto. Entendiste que lo que quería decir era que no estabas delgada. Eras bajita, apenas le llegabas al hombro y no estabas delgada. Tenías un cuerpo robusto: un culo en el que podías apoyar el peso de una mochila y unos muslos del tamaño de la espalda de una niña. Un cuerpo, como llegaste a ser consciente, que alimentaba cierta confusión que podías utilizar fácilmente a tu favor. En el instituto había habido chicos deportistas que sabían a sudor y a manchas de hierba; chicos de Ciencias con los dedos y los flequillos chamuscados; chicos altos y bajos, flacos y con kilos de más. Por lo que inferías de tus veinte años, esa edad estaba hecha para los hombres. Casi todos ellos eran mayores que tú. Hombres que acudían a los mismos bares que tú, hombres que hacían cola para esperar un taxi; hombres que acarreaban bolsas de la compra o se paraban para atarse los cordones de los zapatos antes de entrar en un tren, antes de abrirte la puerta. Hombres a los que les gustaban los *espressos*, el *steak tartare*, los *macarons* de chocolate blanco; hombres que disfrutaban de las películas subtituladas, que escribían en los márgenes de los libros que luego te regalaban después de haberos acostado en un piso en la ciudad, en una cabaña en el bosque o en una casa de campo con pasillos como gargantas que conducían a puertas por las que entrabas y salías. Hombres a los que les gustaban los sostenes con tirantes finos, a los que les gustaba la ropa interior negra de algodón, a los que les gustaban las camas con postes, las cabinas de teléfono y las piscinas.

Cuando conociste a Charlie, eras ya tan mayor que él figuraba el último en una larga lista. Habías pasado por una amarga ruptura con un profesor que a veces iba a la cafetería donde trabajabas. Un regio profesor entrado en años que, cada vez que terminabais, se sentaba en el lateral de la cama y se echaba a llorar. Te había asegurado que te dejaba por última vez, que no volvería porque le recordabas a su hija. Se había dado media vuelta en la puerta y te había soltado —tras enjugarse las lágrimas de cocodrilo— que creía que su hija era una furcia, como tú. Ésa fue la gota que colmó el vaso. Renegaste de ellos. De cualquier tipo: enchaquetados, con bata de hospital y ropa interior roja y calcetines con los días de la semana impresos. Pero, sobre

todo, de aquellos hombres mayores que creían que les debías algo, una porción de la juventud que ellos habían desperdiciado.

Habías aceptado el trabajo con el médico porque te había parecido un lugar por completo desprovisto de lujuria: las paredes y el techo blancos, las manchas que delataban el paso del tiempo en las esquinas de la moqueta, la aspiradora Henry que tenías que pasar por la mañana y por la tarde, las sábanas de papel azul que cubrían las camillas de piel rasgadas. Ni siquiera el médico —tan tu tipo que casi te dio algo cuando se te acercó contoneándose aquel primer día, te robó unos gajos de naranja y te ofreció unos tragos de su petaca secreta de ginebra— te hizo cambiar de opinión. Tal vez pensaste que los treinta eran los años del celibato. Al menos una década. El piso que alquilaste tenía papel amarillo de flores en las paredes y manchas de otras personas en el colchón. Vivías como una solterona. Comprabas comida china para llevar de la tienda que tenías debajo y te la comías sentada en un banco de la acera de enfrente mientras veías los coches pasar. Organizabas y reorganizabas el cajón del material de oficina de la clínica: los rollos rojos de cinta adhesiva, las grapas que se te caían de las manos, los dientes de la perforadora que hacían agujeros impecables.

Una mañana —medio loca ya de aburrimiento—, tomaste una ruta diferente para ir a la clínica, te deslizaste por la estrecha vereda que bajaba junto al puente, derrapaste con los talones y tomaste el camino de sirga que discurría pegado al canal. Había patos en el agua aceitosa y barcos con puertas oxidadas y macetas en los techos. A medio camino te topaste con una gabarra verde en cuya popa había un hombre sentado con los pies en la mesa y una taza de café enfriándose al lado. Sus manos tallaban algo afanosamente, pero no se veía el qué. Más adelante te acordarías de ese momento: el barco amarrado a la orilla embarrada y cubierta de maleza; las piernas largas que soportaban su cuerpo flacucho; el traqueteo del tren que pasaba por el puente de arriba y que, por un momento, te impidió oírte pensar en él, pensar en él con tanta intensidad que deberías haberte dado cuenta de que aquello no acabaría bien. No entendías lo que le encontrabas a aquel hombre. Estaba demasiado flaco y no te hacía del todo tilín. Pero te trajo sin cuidado. Te sorprendiste al descubrir que, a primera hora de la mañana y luego por la tarde, tomabas la ruta más larga a lo largo del canal. Cada vez pasabas más despacio, hasta que un día te detuviste y él te estaba mirando.

La primera vez que subiste al barco no fue como te lo habías imaginado. Él parecía no percatarse de tu presencia y te preguntaste si habría otras mujeres que iban y esperaban allí sentadas pacientemente mientras él trajinaba de acá para allá. Le pediste una taza de té, pero, cuando te dijo que sólo tenía whisky, te lo bebiste sin rechistar. Te pusiste a escrutar su cuerpo. Tenía un aspecto frugal. Solía tirarse de la cinturilla de los pantalones con ambas manos, como si hubiera tenido una corpulencia con la que ya no contaba. Su discurso estaba plagado de acertijos, códigos y secretos. Reía sin parar. Te contó que estaba tallando un señuelo. ¿Un qué? No te lo explicó. La mayoría de las veces te lo encontrabas cocinando. Cuando le comentaste que eras incapaz de freír un huevo, él aspiró aire hasta la campanilla, te colocó en posición y te dio un cuchillo. Dijo que todo estaba salado por la de veces que te habías cortado. Afilaba los cuchillos en su cinturón. Todo estaba demasiado picante, aunque tú disimulaste y le aseguraste que no. En tu habitación, cuando te tocabas, te quemabas por el chile que habías manipulado. Te enseñó a fumar en el largo camino de sirga, acompañados por el traqueteo del tren.

Te fuiste quedando cada vez más tiempo. Te cortaron el agua y la luz en el piso. La clínica

dejó de llamarte. Él no te pedía que te quedaras, pero la mayoría de las noches su cuerpo te presionaba contra el colchón, así que lo hacías. Oías la lluvia en el techo de la barcaza; oías el tren al pasar a toda velocidad; oías el lento martilleo de su pulso.

A veces, durante el día, cuando removías los grandes peroles de comida que él preparaba o tomabas el sol y fumabas en la cubierta, oías algo. ¿Qué era? Te incorporabas o soltabas la cuchara de madera. Fuese lo que fuese estaba en tu interior, crujiendo como una casa vieja batida por los vientos de poniente o un barco vapuleado por una fuerte corriente. Aquel hombre tenía algo distinto a los demás, con sus hermosos cuerpos y sus apacibles caras. Algo en la forma de sus fuertes manos, en la curvatura que formaba su columna bajo el musgo de su piel, en el barco que tenía debajo. Te contó que soñaba que se quedaba ciego, que un día se despertaba y no era capaz de ver nada salvo la noche y un alfiler que se dirigía a toda velocidad hacia sus pupilas. Te quería con toda su alma, era diferente a los demás. Al fin y al cabo, puede que los treinta no fueran los años del celibato, sino, quizá, los de otra cosa.

Te habías criado con chicas que habían deseado tanto tener niños que apenas eran capaces de expresarlo con palabras: era un dolor químico. Tú nunca fuiste así. Tú no considerabas tu cuerpo un portador de nada, un apéndice de otra cosa. Antes te habías llevado sustos, habían saltado algunas alarmas, habías tenido retrasos en el periodo. Pero la cosa nunca había llegado a mayores y aquello sólo te había demostrado que no estabas capacitada, que no estabas hecha para eso. Algunas máquinas estaban hechas para cortar, rellenar o dar forma a algo, y otras no. Tú no poseías los mecanismos necesarios para engendrar hijos. Además, cuanto más envejecías, mejor lo entendías: no tenías la determinación necesaria. Eras de las que huían, de las que se rendían. Era una estela que ibas dejando tras de ti como un caminito de migas de pan a la inversa que podrías haber seguido —de haber sentido el impulso— para demostrar que no eras alguien de quien se pudiera depender.

Sin embargo, él a veces te hablaba de los hijos con los que siempre había soñado. Tú se lo permitías. No parecía advertir tu silencio. Los había querido desde que era un crío, pues pensaba que podía hacerlo mejor que sus padres.

Una mañana, su cara de emoción, sus manos inteligentes y agradecidas: le dejaste tirar el paquete de condones al canal. ¿Estás segura?, no dejaba de repetirte. ¿Estás segura? La verdad es que —con sus manos metidas por debajo del elástico de las bragas— no te paraste a pensarlo. Por más que él lo deseara, no iba a pasar nada. Estabas segura. Sencillamente, no estabas hecha para eso.

Lo hubieras deseado o no, allí estaba el bebé. Y tú seguías creyendo que era imposible hasta que ya fue tarde para hacer algo. Te salió barriga tan rápido que parecía que algo te estaba devorando por dentro, robándote espacio. Ya no podías moverte con soltura por el barco, ni saltar desde la gabarra a la orilla ni abrir las pesadas esclusas. No le dijiste que nunca habías querido tener hijos. Lo harías por él y por nadie más. La gente lo hacía todo el tiempo. La gente lo hacía a diario sin planteárselo. Las parejas tenían niños porque eran el fruto de los dos. Tú tendrías un hijo porque ese fruto albergaría su semilla.

DOS

COSAS QUE DESAPARECEN EN LA NOCHE

LA CASITA

La casa es otra contigo aquí. Las tazas desperdigadas y el continuo desvalijo de la nevera en mitad de la noche. El modo en que me contagias tu forma de pensar y me veo perdiendo días, olvidando el orden de las semanas. Las peleas que intento evitar pero que manan de ti duran noches enteras y acaban contigo llorando en el baño. Las obsesiones que te invaden de súbito. El día que pasas preparando peroles de curri, con las manos naranjas a causa de la cúrcuma, y terminas demasiado harta o distraída para probarlo siquiera. El día que pasamos junto al arroyo para que puedas pescar con las manos, agachadas durante horas en el agua baja y calma, mientras tú te inclinas para agarrar unos peces que no logro ver, que no creo que estén allí. Te abruman los pensamientos de fatalidad, de inevitabilidad. Desprendes un halo funesto que tu miserable pellejo arrastra por toda la casa. Sé lo que va a pasar, no dejas de repetir. Y, cuando te pregunto, cada vez más enfadada, te limitas a decir que no hay escapatoria, que, desde el momento en que nacemos, llevamos el destino grabado en los genes y que las decisiones que tomamos no son más que espejismos, fantasmas que intentan convencernos de nuestro libre albedrío. Entonces me dan ganas de gritarte que fuiste tú la que decidí abandonarme, que nadie te obligó a hacerlo, que no puedes desentenderte de tus malas decisiones y achacárselas al destino, al determinismo o a Dios. Sin embargo, a veces me pregunto si tendrás razón, si todas nuestras decisiones presentes no serán vestigios de las que tomamos anteriormente. Fragmentos de bombas de nuestras acciones previas. No te digo nada de esto. Intento no prestarte atención cuando hablas y te hago el té y me duermo cuando tú duermes, igual que hace una madre con un recién nacido al que todavía no sabe muy bien cómo cuidar.

He estado pensando en Marcus y, cuando te pregunto si te acuerdas de la primera vez que lo viste, me dices que quién, que de quién hablo. Pero, por la expresión de tus ojos y tu manera de escabullirte, sé que lo sabes perfectamente. Me ha venido algo a la cabeza. No estoy muy segura de lo que significa y, al contártelo, te enfadas y la cosa acaba con una ventana rota. El hombre que viene a arreglarla te mira como si te tuviera miedo. Tú abres y cierras las mandíbulas como para darle un bocado y él da un respingo.

Con la edad de ella me comía hombres como tú para desayunar, le dices al tiempo que me señalas.

Apenas te oigo. El recuerdo se cierne sobre la casa sucia, tus manos en forma de garras, el nuevo cristal de la ventana, la caja de herramientas del hombre abierta en la mesa.

Tengo trece años y me siento en deuda contigo, con las palabras y con la maraña que

conforman la ribera, el agua y el bosque. Creo que nada está escrito en piedra, que puedo cambiar lo que quiera cazando ratas de río, ranas, ardillas grises despeluchadas, ratones de campo, arañas de patas largas, renacuajos. Es casi el final del invierno en que vino Marcus, el último invierno que pasamos en el río, y estoy tumbada bocabajo en el techo de nuestro barco. Un velo de niebla oculta el pie de los árboles. El barco no está amarrado en la orilla; las cuerdas tensas lo mantienen sujeto en medio del río. Tengo la cabeza apoyada en la sangradura del brazo, y mi aliento empaña el cristal circular de la escotilla, que enseguida se aclara. Es de noche y la única luz procede del interior de la embarcación. Recuerdo que me dijiste que necesitabas un ratito de shhh y que me pediste que durmiera fuera. Marcus estaba contigo en el barco.

A veces soy capaz de meterme en mi propia piel. De saborear la misma corteza que por aquel entonces le había arrancado a un árbol y mascarla hasta deshacerla; de ver las sucias medialunas de mis uñas; de mirar por la escotilla.

Otras veces estoy en la orilla, con la misma edad que tengo ahora que estás en mi casa, y tengo los dedos encogidos dentro de las botas, demasiado pequeñas, buscando algún indicio de ti: colillas de cigarrillos, migas de pan, cerillas quemadas. Desde allí sólo distingo a mi joven yo, asomado a la escotilla con los codos flexionados, aguzando la vista.

Algo se mueve dentro del barco. Tiene dos cabezas y más extremidades de las que necesita; entra y sale del tenue resplandor de las velas. Me enmarco la cara con las manos, aprieto la nariz contra el cristal, contengo el aliento. ¿Será el Bonak?

Cada vez que creo empezar a asimilar la escena, me veo a mí misma en la orilla, remetiéndome los cortos mechones por detrás de las orejas, silbándole a un perro que hace mucho que se ha ido, tratando de recordar las palabras necesarias para contar esta historia.

El hombre que está arreglando la ventana dice algo en voz baja y tú lo persigues hasta el coche y te lías a tirarle piedras mientras él sale pitando por el sendero. Las colinas están cubiertas por la calima y, cuando vuelves a la casa, tienes cercos de sudor en las axilas y en el pecho. Me dices que necesitas una limonada. Que necesitas un cigarrillo. Que necesitas una tumbona. Que necesitas un puto rato a solas. Me siento frustrada por ti. Por tu cabezonería. Me sacas de quicio. Me tocas las narices. Éste no es tu sitio.

Tengo que olvidarme de la persona que eras y hacerme a la idea de en quién te has convertido. Parece que no sientes dolor. He visto cómo te quemabas con el hervidor y ni te inmutabas. Eres tremendamente sensible a los ruidos leves y a los olores: te quejas del viento en la chimenea o del agua en las tuberías y te niegas a entrar en una habitación en la que yo haya cocinado. Hablas con gran autoridad sobre anatomía y enfermedades. No sé si te lo estás inventando o si has adquirido esos conocimientos a lo largo de estos años. Me dices que estoy falta de hierro y que es posible que sea celiaca. Me coges las manos y me retiras las cutículas, haces ruidos que no sé interpretar, me estiras hacia abajo la piel de alrededor de los ojos. No te privas de ningún tema de conversación: te encanta contarme cómo haces de vientre, de qué color es tu orina, cómo te arrancas los pelos de la barbilla. Hablas de sexo de un modo indiscriminado, generalizado. Los cuerpos se entremezclan en tus frases, y nunca está claro si te refieres a una ocasión concreta o a varias. Cuando no estás hablando de Charlie, el hombre del barco, los hombres son sumisos, cohibidos, a veces asustadizos. Hay uno del que hablas con creciente pesar. Más joven, sin experiencia, torpón a causa de los nervios. Un error desde el principio. De

la mayoría de los demás creo que me hablas para hacerme reír: sus coscorrónes contra la pared, su flacidez o su celeridad para llegar al orgasmo. Si me río, aunque sea un poco, pareces satisfecha y me coges la mano o me das una naranja del frutero.

No obstante, la degeneración va más allá. Me gritas que vaya, que vaya corriendo. Cuando llego, tienes mi gran diccionario Oxford abierto en las manos, en ristre.

Sé que es una palabra, gritas. Sé que lo es. Sé que lo es.

Intento tranquilizarte. Estás angustiada. Tiras el libro en la mesa y rompes un vaso. Pasas las páginas tan deprisa que algunas se rasgan.

Sé que lo es, sé que lo es.

¿Qué? ¿Qué palabra?

Me miras furiosa, con los labios retraídos sobre las encías y los dedos agarrotados. La palabra que buscabas es *egaratizar* y significa desaparecer, librarte de tu pasado. Te digo que esa palabra no existe y te enseño el lugar que ocuparía en el diccionario para demostrártelo. Pareces asustada, me sigues por toda la casa pisándome literalmente los talones.

Las palabras cortas te fastidian: *grifo*, *perno*, *paso*, *mango*. Las pronuncias mal o hablas como si significaran otra cosa. «¿Puedes girar el mango de la bañera para echar más agua caliente? Está demasiado duro para mí.» La mayoría de las veces finjo que no pasa nada y dejo que sigas a lo tuyo alegremente. Creía que no te dabas cuenta hasta que un día te vi en la cocina agarrando el fregadero con ambas manos. No dejabas de repetir la palabra *parasitario*. Unas veces para-SI-tario; otras, PARA-si-tario. Tu pie izquierdo iba marcando el ritmo en el suelo. Al principio no entendía lo que estabas haciendo, pero, al momento, reparé en que estabas examinando tu uso de la palabra en busca de algún defecto, comprobando si habías sufrido más pérdidas.

Sabes perfectamente lo que te pasa. A tu edad nadie está tan devastado. Reservas tu ignorancia en exclusiva para mí.

Se supone que son los hijos quienes abandonan a sus padres. Así se supone que es. Cuando llega el momento de ser padre, se supone que hay que aceptarlo con todas sus consecuencias. Se supone que los padres no abandonan a sus hijos.

Tengo que preguntarte algo, digo. ¿Te importa?

¿Por qué me iba a importar? Niegas con la cabeza. Pareces haberte olvidado de tu enfado previo.

Puede que no te acuerdes.

No discutes conmigo. Te apoyas en mí, amigable pero precavida. Noto el hueco donde estaba tu pecho.

¿Te acuerdas del invierno que vino Marcus?, digo.

Pero si estamos en verano.

Sí. Y entonces era invierno. Vivíamos en el río. ¿Te acuerdas? Te encontré allí hace un par de días.

Canturreas algo, mueves la cabeza, me das un golpecito en la rodilla. Yo sigo insistiendo. Habíamos vivido allí desde que nací. Solas tú y yo. Hasta que un día llegó un hombre. Un chico. Y se quedó con nosotras. No demasiado tiempo, un mes a lo sumo. Había algo en el río, no sé el

qué. Creo que intentamos atraparlo.

Ah, ¿sí?

Sí.

No me acuerdo.

¿Recuerdas algo?

Te encoges de hombros, te hurgas en los bolsillos de la bata y te los sacas vacíos. Me enseñas las palmas de las manos. Te las bajo.

¿Te acuerdas de lo que le pasó a Marcus?

Me coges la mano entre las tuyas y me la frotas con fuerza, soplas por el hueco y siento tu aliento pastoso en la piel. Siento aprensión cuando me tocas. Solía abrazarme a tus piernas y meter la cara en las corvas, ¿verdad? Te traía lo que encontraba en el bosque o en el agua: guijarros, hojas de acedera, caracoles que luego cocinabas con ajo y mantequilla. Cuando era pequeña, sostenías la manguera en alto y nos duchábamos juntas en la vereda mientras tus manos se afanaban en deshacerme los nudos del pelo como si fueran rompecabezas que sabías resolver.

De pronto, como si alguien hubiera pulsado un interruptor, te noto muy presente. Con sólo mirarte sé que lo sabes todo, que estás llena de todos los años que han pasado y de lo que éstos han traído consigo.

Tendría que haberme dado cuenta en cuanto llegó, dices. Ladeas la cabeza. Despertaba algo en mí. Me convencí de que era lujuria, una lujuria desconocida, incontenible. Había algo en él que me resultaba familiar, como si lo hubiese amado antes. Tendría que haberme dado cuenta.

EL RÍO

Hay más principios que finales que los contengan. En uno, tú y el padre que no es mi padre estáis en una cama estrecha, sin miedo aparente, con vuestros largos miembros entrelazados y las bocas pegadas como si uno de los dos ya estuviera moribundo. En otro, estoy en la oficina del diccionario oyendo sonar el teléfono en una morgue vacía. En otro, abro la puerta de la casita de la colina y tú me apartas de un empujón protestando por el papel beis de la pared que lleva ahí el mismo tiempo que yo, por las cornisas mohosas y por la falta de ceniceros. «¿Es que no podías siquiera comprarte un maldito coche?» En otro aparece Margot andando. Ahí doy rienda suelta a mi imaginación, a las posibilidades. Me embuto sus palabras en la mejilla y confío en que no le importe que haga concesiones, que adorne un poco la historia. En otro, está andando y quizá me oye, oye el eco de la repetición, y piensa: eso no es así. Escucha. Escucha, así es como ocurrió.

Margot llevaba una tienda de campaña en la mochila, pero estaba demasiado cansada para montarla. Se adentró en la maleza todo lo que pudo. Había un lecho de hojas embarradas, latas de cerveza abiertas, un globo blanco metalizado que se le coló debajo de la pierna mala. A través del seto veía el canal, iluminado por la luz aceitosa que proyectaban las farolas, y la exclamación de sorpresa de los faros delanteros de los coches al subir y bajar el puente. Se cubrió la cabeza con la capucha del saco de dormir. Hacia el final de la noche, vino gente a dormir un poco más allá, debajo del puente, y sus voces la despertaron. En ese primer momento no se acordó. Pero después, sí. Y ya no pudo volver a dormirse. Había una capa de escarcha en el suelo y el saco estaba húmedo. Contempló la sucia mañana descender sobre el agua.

Vació la mochila que le había preparado Fiona. No sin compasión. Una chocolatina, una bolsa de pan, varios billetes doblados, medio rollo de papel higiénico y algunos tampones. La tienda llevaba mucho tiempo sin usarse y olía a humedad. Se acordó de algo que había dicho su padre, aunque sólo parcialmente; algo sobre que el logro más pequeño también era un logro. Trató de concentrarse en el sonido de su cuerpo: bullente, mecánico, funcionando a pesar de todo. Cuando pensaba en lo que estaba haciendo, le entraba tanto miedo que éste casi la cegaba. Lo metió todo de nuevo en la mochila, se levantó y echó a andar.

Caminó durante dos horas y luego se detuvo. La autovía discurría ruidosamente por encima del canal y se alejaba de él; una vieja vía de ferrocarril se interrumpía a media altura; unos campos que podrían haber dado cosechas estaban sumergidos bajo una capa de agua cenagosa. De vez en cuando, aunque cada vez menos, cambiaba de dirección y desandaba sus pasos. Le parecía inconcebible estar huyendo de casa. Las manos le temblaban en los bolsillos, al

atusarse el fino pelo, al acercárselas a la pierna izquierda, que tenía torcida. Cerró los ojos e imaginó las paredes de la casa de sus padres elevándose a su alrededor como una caja torácica, aquellas familiares puertas cerrándose.

Cuatro pescadores que aún no habían quitado las estacas de la tienda en la que habían dormido se empeñaron en darle una de las hamburguesas que estaban cocinando en una sartén sucia, de modo que se acucilló a su lado y se comió la carne medio cruda con las manos. Aceptó también una segunda. Se hablaban despacio unos a otros. Ella apenas los escuchaba. Como no sabía qué otra cosa hacer, se quedó con ellos hasta que la oscuridad cayó como un pesado manto y la pequeña hoguera circular fue casi incapaz de atravesarla. Entre las zarzas oía moverse a eso que, fuera lo que fuera, habitaba en el canal. No estaba preparada para aquello, para nada de aquello. Volvió a sentir el frío golpeteo del miedo, insertado en las sienes, en el pecho. Se apretó las orejas con los puños hasta que remitió. Desde el otro lado de la hoguera, uno de los pescadores se la quedó mirando.

¿Has oído hablar del ladrón del canal?, le preguntó cuando sus miradas se cruzaron. Vive en el agua y merodea por la tierra.

Los demás hombres se echaron a reír o rumiaron algo entre dientes. Portaban las cañas a los lados como si fueran armas en ristre. Margot veía la grasa de la carne en sus manos y caras. Sus largas extremidades se cortaban en la oscuridad como si estuvieran amputadas. Uno de ellos señaló las bolsas que tenía a los pies. Distinguió unas escamas de peces, un ojo redondo como un botón.

Hay cosas que desaparecen en la noche, dijo uno de ellos encogiéndose de hombros. Los hombres volvieron a reírse, y ella pensó que estaban inventándose historias para intentar asustarla.

Al alejarse, oyó que la seguían; se agachó entre los arbustos y esperó a que hubieran pasado; después regresó por donde ellos habían venido, en dirección a la fogata. No sabía lo que le harían si la encontraban, sólo que no sería bueno. Pensó que, si algo desaparecía en la noche, debían de ser ellos quienes se lo llevaran, a juzgar por sus bolsillos cargados y por lo que escondían bajo los cuerpos de los peces en las bolsas de plástico. Oyó sus voces durante un buen rato, hasta que se apagaron y sólo quedó el sonido del agua y de la maleza; el grito de un zorro o de un búho cazador. Como en la oscuridad no pudo montar debidamente los postes de la tienda, se rindió y volvió a tumbarse en el saco de dormir. Intentó conciliar el sueño, pero no pudo.

LA BÚSQUEDA

Por la mañana el perro había vomitado en un rincón de la habitación y ahora me observaba desde la puerta como si supiera que aquello era la gota que colmaba el vaso. Quizás odiaba los Travelodges tanto como yo. No me entraba en la cabeza que a la gente le gustara quedarse en hoteles u hostales, o ir de acampada. Nunca había soñado ni con Italia, ni Perú ni Nueva Zelanda. Soñaba con una habitación en la que supiera dónde estaban todas las salidas y en la que yo misma hubiera enganchado las cortinas a la pared. Esto es la gota que colma el vaso, dije, y casi me pareció que sonreía.

Me senté en un McDonald's y te busqué en el portátil. Cada vez que un niño pasaba por mi lado, le daba al perro la mitad de su hamburguesa o la mayor parte de su helado. Ya no está a dieta, pensé. Sentía una especie de benevolencia hacia él. Respondí a un par de correos electrónicos. Se suponía que estaba terminando la palabra *romper*. Se suponía que ya tenía que estar de vuelta. Pero no había cogido vacaciones ni un día de baja por enfermedad en cuatro años. Podían esperar. Me asaltó la idea de que tal vez no debería volver, de que ni siquiera debería avisarlos, de que jamás volverían a verme el pelo. Era como tú: no tanto una persona como un vacío que se deja en todas partes.

En la página web de la editorial había una foto mía: sorprendida por el *flash*, con pasta de dientes en el cuello del jersey y las paletas separadas. También aparecía mi dirección de correo electrónico junto con el número de teléfono de la oficina. Si alguna vez hubieras querido encontrarme, podrías haberlo hecho. No te habría resultado difícil. No había nada de ti en internet, pero yo seguía intentándolo una y otra vez. El perro estaba sentado sobre sus huesudas ancas e iba atrapando las patatas que un crío le arrojaba desde el otro extremo del comedor. Fingía que no era mío. Te busqué en todos los sitios que se me ocurrieron. Era como peinar el agua en busca de cadáveres, buscar una aguja en un pajar, dar caza a un ganso salvaje; mi favorita: luchar contra molinos de viento. No había el menor rastro de ti, no habías dejado miguitas de pan ni huellas. Era de lo más frustrante.

No me di cuenta del tiempo que llevaba allí hasta que las luces de la entrada de la gasolinera empezaron a encenderse. Los coches también encendían las suyas y daban marcha atrás para salir de sus plazas. Había algo en las gasolineras que me hacía equipararlas al río. Nadie vivía allí por gusto. No me di cuenta de ello hasta que nos hubimos marchado.

Por fin hallé algo. Quizá. La luz de la pantalla brillaba tanto que me dolían los ojos. Cerré el portátil. Si decidía marcharme en aquel momento, podría estar de vuelta en mi escritorio al día siguiente. No llamaría ni a morgues ni a hospitales. Al cabo de un año habría olvidado todo lo

que había empezado a recordar en los últimos días; al cabo de diez, ya ni te pondría cara. Para cuando llegara a vieja ya me habría inventado toda una nueva infancia, a una madre bien peinadita que había muerto joven y en paz. Fuera lo que fuera aquello que sentía avanzar hacia mí retrocedería hasta perderse. Nada desaparecería en la noche. En mi cabeza me decías: «Deja de gritar, Gretel, sólo es un sueño». Estaba nerviosísima, como no recordaba haberlo estado en mucho tiempo. Volví a abrir el portátil. No eras tú. Tampoco era Marcus —había tan poco de él en la red como de ti—, sino una pareja que se apellidaba igual y que vivía en un pueblo cercano. Me puse a comer patatas fritas a puñados para que no me entrara el pánico. El perro se irguió y me miró con la boca abierta.

Te vas a poner malo, dije, y a punto estuve de atragantarme con una patata puntiaguda. Tal vez Marcus supiera dónde estabas, pensé. Tal vez —me metí un puñado de patatas en la boca y el perro gimoteó y rodó sobre el lomo— estuvieras con él. Tal vez fuera allí adonde hubieras ido, donde hubieras estado todo este tiempo.

Había información de sus padres en diferentes sitios. Suficiente para tirar del hilo. La madre aparecía en la página web de un colegio. Era maestra. Participaba en la escuela bosque; acababa de organizar una excursión a la National Gallery y a una granja. No se parecía a Marcus. Me llevé una decepción. Había una crítica de un restaurante en TripAdvisor donde proporcionaba su nombre completo y su correo electrónico como si de un CV se tratara: «Estuvimos el jueves; fue una decisión de última hora. Pedí el pollo. Mi marido, la boloñesa. Los niños también tomaron la boloñesa. Volveremos. Probé el vino, que estaba bueno. Mi marido no quedó muy contento con el servicio». Aparte de esta mención en TripAdvisor, había pocos datos del hombre. No encontré ninguna foto de él ni tampoco información sobre su trabajo. Sin embargo, había dejado una reseña en la web de un taller de coches. Tres estrellas y su nombre completo.

Por supuesto, puede que no fueran ellos. Lo dije en voz alta. Fui al coche, saqué el mapa de la guantera y lo desplegué encima de la mesa del McDonald's. Recuerdo que solías decirme que no estábamos en ningún sitio, que estábamos al margen de todo. Como si el lugar donde teníamos atracado el barco no apareciera en los mapas; como si la geografía no pudiera aplicársele. Me comí un segundo paquete de patatas fritas, le di cuatro al perro. Puede que no fueran ellos, pero —me incliné sobre el mapa—, en vista de que se hallaban muy cerca de la zona del río en la que habíamos vivido, podrían ser los padres de Marcus. Al fin y al cabo, parece que aquel sitio sí aparecía en los mapas.

EL RÍO

Lo que desaparecía en la noche: el barro de las orillas del río, los conejos en sus madrigueras cavernosas, las gallinetas que dormían en las ramas bajas, los perros callejeros que deambulaban por donde no debían, las hileras de peces del campamento de los pescadores, los anzuelos de plata, los gatos del vecindario y todo lo que éstos habían cazado y comido: ratones, topos ciegos que iban a tientas, pájaros con las alas rotas.

Al día siguiente, Margot observó que la tierra se iba volviendo cada vez más agreste. El canal desembocaba en un río llamado Isis. Hacía mucho frío. Tenía las manos llenas de arañazos de las zarzas y rojas con bultitos a causa de las ortigas. Se quedó sin pan y deseó haberlo racionado mejor. Los sueños de antes de marcharse habían sido tan claros como los horarios de los autobuses, llenos de puertas y paredes cuadradas, de cosas cortadas exactamente por la mitad, de cuencos de fruta. El sueño que recordaba haber tenido la noche anterior estaba repleto de tierra, de raíces enmarañadas, de agua gélida. Recordaba vívidamente lo que Fiona le había dicho justo antes de indicarle que se fuera, de prepararle la mochila.

Tardó un rato en darse cuenta de que alguien la seguía. El río acostumbraba a absorber el sonido y cambiar su dirección. Alguna que otra vez le parecía oír a su madre gritando por entre los matorrales. Sus pasos se le antojaban más ruidosos de lo normal. Cuando el sol estuvo en su punto álgido, hizo un alto para descansar. En el camino, a su espalda, oyó que sus pasos continuaban durante unos instantes después de haberse detenido.

Se alivió en un hoyo que hizo en el suelo. Por el sendero le llegó el sonido de un pájaro que remontaba el vuelo chillando al otro lado del agua. Alguien se aclaró la garganta, pero, cuando miró, no vio a nadie. Pensó en el ladrón del canal, que vivía en el agua y merodeaba por la tierra. Se preguntó qué pinta tendría. Supuso que tendría las manos y los pies palmeados para nadar y los dedos finos para robar. Se acordó de los pescadores y de cómo la habían mirado a través de la fogata, de sus manos abiertas y del modo en que se reían.

Continuó andando. Los pasos no eran los suyos: eran otros más firmes y pesados que cesaban un instante después de que los suyos se detuviesen y reemprendían la marcha un instante después de que ella lo hiciera. El camino es recto, pensó, sólo caminan en la misma dirección. Pero ni ella misma se lo creía. En todo el día no había visto más que garzas y gabarras medio hundidas.

Anduvo hasta que el cielo empezó a fundirse con el agua. Los pensamientos temerosos eran tan largos como las espinas de una zarzamora. Se arrepintió de no haber aprendido algunas cosas antes de marcharse: a no tener tanto miedo, a encender una hoguera, a hablar con desconocidos. Se arrepintió de no haber aprendido lo que había que hacer cuando alguien te seguía. A un lado,

el follaje se espaciaba, se abría. Giró y bajó por la ribera del río, resbalando y trastabillando peligrosamente, con los puños apretados a los lados. Se dejó caer y se tumbó bocabajo. Se asomó por la loma y miró hacia arriba, hacia el camino de sirga.

Era uno de los pescadores. No reconoció su cara, solamente el color de su impermeable. El tipo llevaba una caja metálica que repiqueteaba. Se detuvo en el sendero, parecía estar examinando sus huellas en la tierra. Aquel cuerpo le dio miedo. Acaparaba más espacio del que ella creía que le correspondía. Margot metió la cabeza entre las hojas húmedas y contuvo la respiración. El hombre llevaba un buen rato siguiéndola. Tuvo el convencimiento de que los demás pescadores estaban esperando a que la encontrase. Era como el ladrón del canal: cogía lo que quería, vivía en el agua, pero ahora merodeaba por la tierra en su busca.

Para tranquilizarse, se puso a repasar todas las cosas que le gustaban de casa: los botones redondos del lavavajillas y de la lavadora, los bordes rectos del calzador, las manzanas del árbol cuando aún estaban duras para comérselas y caían con las rachas de viento. Algo se movió por el suelo. Imaginó que los ojos del hombre eran dos canicas verdes, y sus manos, las puntas de unas tenazas. Oyó un ruido, más cerca ahora. Se quitó las manos de la cabeza y la levantó. El hombre se había ido, pero había algo más. Los últimos rayos del día se colaban por entre los árboles de la ribera y ensombrecían los troncos, la loma y al animal. Le llegaba el olor a resina de la corteza. El suelo estaba salpicado de cochinillas, milpiés, y una polilla le trepaba por el brazo. El animal era más largo que un humano a cuatro patas. Cerró los ojos y pensó en la simetría de los semáforos, en el corazón de las frutas, en las manecillas de los relojes. Cuando volvió a mirar, lo que fuera que estuviera allí había desaparecido. Aguardó otro rato mientras sentía que el frío le agarrotaba las articulaciones y le calaba los dedos. Su mente intentó aplicar varios trucos de lógica. Pensó que era un tejón, un zorro, nada más que la sombra de un árbol. Pero sabía que la criatura que había visto no era nada de eso: era el ladrón del canal.

En algún momento se levantó, se encasquetó la mochila y se marchó de allí. Era por la tarde y el día parecía distinto, imposible. Todos los árboles eran el hombre o la criatura que la había perseguido. Se bajó más la capucha y siguió avanzando. Daba cabezadas mientras caminaba de modo que el río giraba como una brocheta, pendía sobre su cabeza y parecía a punto de caer.

La industria fue reapareciendo poco a poco: contenedores de gas vacíos hundidos en sus estructuras de metal, chimeneas de hormigón. El cochambroso perfil de una ciudad o pueblo: casitas adosadas y vías de tren discurriendo junto a las ventanas, el agua baja y sucia, los barcos alineados, los esqueléticos árboles desnudos.

Llevaba horas caminando; la pierna mala había dejado de obedecer sus órdenes y había hecho que se cayera cerca de unos setos. Salía humo de algunos de los barcos. El frío, que arreciaba, había petrificado los árboles. Los oía entrechocar.

Rojo cielo nocturno, de pastores el gusto, te lo aseguro, dijo el hombre del barco atracado más cerca de ella.

Se llevó las rodillas al pecho. El hombre estaba de pie en la popa de la embarcación y no la miraba, sino que jugueteaba con algo que tenía en las manos. Bajo el ala de su sombrero, distinguió el puente ensombrecido de su nariz afilada, sus profundas ojeras. El agua estaba oscura bajo el casco del barco. Ella intentó no mirarla, no pensar en lo que habían dicho los pescadores acerca del ladrón del canal; intentó no pensar en lo que había visto entre los árboles.

No es que haga calor precisamente, añadió el hombre sin dejar de toquetear lo que tenía en las manos. Tengo guiso de cordero y pan que hice antes. Puedo prepararte un té si quieres.

Ni en broma. Empezó a reunir sus bártulos, a pellizcarse las piernas para reactivarlas. El hombre había dejado lo que estaba haciendo. Tenía la cabeza ladeada, como si escuchara algo que ella era incapaz de oír. Se aupó como pudo e hizo ademán de marcharse.

No te apures, dijo él. Agachó sus hombros huesudos y se metió en la gabarra.

Ella permaneció a la espera con incertidumbre. Una de las fábricas que quedaban a su espalda hacía un ruido ensordecedor. Olía a azúcar quemado. Allí de pie notaba aún más el hambre, era como si tuviera un agujero en el estómago. La pintura del barco estaba en tan mal estado que no supo identificar su color: agrietada, oxidada a lo largo del dintel y con desconchones hasta el agua. Aún había suficiente luz para distinguir un par de tiestos colgados en uno de los extremos, aunque sin ninguna planta. El hombre salió de nuevo. Ella tendría que haberse ido y lo sabía. Echó a andar, ahora más rápido, arrastrando la pierna, temerosa de que la siguiera como habían hecho los pescadores.

Está bien, te lo dejaré aquí, dijo el hombre. Y luego me alejaré. Retrocederé hasta volver al barco.

Margot se detuvo. Él bajó con torpeza por el costado de la gabarra, dio unos pasos y se inclinó, depositó el cuenco en el espacio que los separaba y se marchó por donde había venido. El vapor del guiso humeó en el aire. Margot se adelantó sin perder al hombre de vista, cogió el cuenco y retrocedió hasta los matorrales. El primer bocado le abrasó la lengua y la garganta. Engulló un poco de pan para mitigar la quemazón. El guiso estaba bueno y caliente, y tenía grandes trozos de cordero recubiertos de grasa confitada. El pan tenía una corteza marrón del grosor de su pulgar y una miga pálida y esponjosa. Se lo comió todo y, al terminar, se llevó el cuenco a la cara y lo lamió hasta dejarlo limpio. El hombre le había llevado una taza de té mientras ella no miraba y se la había dejado a unos pasos de distancia. Margot la recogió y se sentó con ella entre las manos hasta que le dio la impresión de que el calor iba a borrarle las huellas dactilares.

¿Está muy flojo?

Ella negó con la cabeza.

¿Qué?, dijo él.

No.

No hago otra cosa que comer. El hombre se midió la muñeca con los dedos. Era tan delgada como una varilla de hierro. Cuando no pesco, me paso el día cocinando y la noche zampando. Como por cinco. Por cinco o por seis. A veces me da la sensación de que tengo a seis hombres dentro con la boca abierta igual que unos pajarillos. Pero, por mucho que como para alimentarlos, ya me ves. ¿Sabes lo que te quiero decir? Cogió el objeto con el que antes había estado atareado y se lo enseñó. Es un cebo, dijo. Lo mío me está costando. ¿Sabes lo que es?

No.

Él lo acarició y le dio vueltas entre los dedos. Es como un señuelo, un anzuelo. Lo pones en la punta del sedal y con él pescas los peces. Llevo tiempo dándole vueltas. Como ves, es grande. Lo sopesó en sus manos huesudas. Está pensado para pescar cosas más grandes. Lo estoy tallando. Cogió el cuchillo y se lo enseñó.

Aquel hombre ya no le daba miedo: parecía albergar más palabras de las que podía retener en su interior y no tener a nadie con quien compartirlas.

¿Más? Hizo el gesto de beber.

Sí, respondió ella; se levantó del suelo y puso la taza entre ambos. El hombre caminaba de una forma peculiar, casi de lado, adelantando primero un pie como para tantear el terreno. Ella se preguntó si la estaría imitando. Ya le había ocurrido antes. El tipo tropezó con la taza y estuvo a punto de volcarla. Mientras regresaba al barco con ésta en las manos, Margot oyó cómo le traqueteaba el aliento en la garganta. El agua había perdido su color. Al cielo le estaba ocurriendo lo mismo. El frío iba arreciando como si alguien estuviera girando un dial.

Éste lo he preparado más fuerte, le aseguró, colocando la taza en el hueco que los separaba. No sé cómo te gusta más. Eso sí, tampoco es para tirar cohetes, no te creas. Hace tiempo que perdí la esperanza. No sé cómo lo prefieres. Me llamo Charlie. ¿Y tú?

Ella vaciló. No quería decirle su nombre, aunque no sabía muy bien por qué. Marcus, repuso. Él no pareció escucharla. Llevaba un libro bajo el brazo; lo sacó y se lo enseñó. Había oscurecido tanto que Margot fue incapaz de leer el título.

No se me dan bien, aunque pudiera leerlo, dijo.

¿El qué?

Los acertijos, las adivinanzas. Cuando tenía tu edad, respondía así. Levantó una mano y chasqueó los dedos. A los chicos se les dan bien ese tipo de cosas: la lógica, los rompecabezas. Yo no he tenido hijos varones, pero, de haber tenido uno, seguro que habría sido un hacha resolviendo enigmas.

Retrocedió hasta la borda con el libro aferrado a un lado y con la otra mano en busca de un asidero. Fue entonces cuando ella reparó en que era ciego. El hombre se sentó con torpeza, moviendo sus largas piernas.

¿A ti se te dan bien?

No lo sé, contestó ella.

Me sé un par de ellas de memoria. A ver ésta: en un bosque no muy lejos de Poitiers hay un granero. Está vacío salvo por un hombre ahorcado colgado del techo. La cuerda que le rodea el cuello mide tres metros y sus pies distan del suelo noventa centímetros. La pared más cercana está a seis metros del cuerpo. No es posible trepar por las paredes ni por el techo. El hombre se ahorcó. ¿Cómo lo hizo?

No lo sé.

Él negó con la cabeza. Yo tampoco. Le dio una patadita al filo del barco. Ya lo ves. Tienen su intrínquilis.

Tal vez. ¿Se sabe otra?

Ésta era tan difícil como la primera. Margot no supo la respuesta ni él tampoco. El hombre volvió a coger el anzuelo y se puso a tallarlo. Era todo piel y huesos, pero parecía tener unas manos fuertes que se movían con soltura sobre la madera. Al rato, sacó unas mantas y las dejó en el suelo.

Ya no me sé más, dijo. ¿Y si lees alguna?

Puso el libro entre ambos. Había un cuadrado de luz procedente del barco. Margot se adentró en él, llevándose las mantas consigo, abrió el libro y empezó a leerlo despacio.

Hay dos hermanas: una da a luz a la otra y ésta, a cambio, da a luz a la primera. ¿Quiénes son las dos hermanas?

Margot acomodó la cabeza en el triángulo que formaban sus brazos. Las mantas olían a humo añejo. Tenía la respuesta en la punta de la lengua, pero no podía articularla: se escabullía y

vibraba dentro de ella.

LA BÚSQUEDA

El mecánico parecía descompensado, como alguien que acabara de regresar del espacio, con las piernas flojas. Creí que se negaría a darme la dirección, pero pareció darle igual: la anotó en el dorso de un recorte de periódico. Incluso el hecho de regresar al establo donde habíamos vivido me pareció distinto, como si ahora estuviera más cerca de encontrarte que nunca.

El perro y yo dimos un par de vueltas a la manzana mientras nos armábamos de valor. Todas las casas se antojaban iguales. El perro avistó una ardilla y salió disparado tras ella. Yo le fui a la zaga caminando a paso ligero hasta que vi el número de la casa. Ya no había vuelta atrás. El hombre que abrió la puerta tenía los brazos cargados de juguetes, las gafas torcidas y entradas en el pelo. Estaba sudando y me invitó a pasar; lo seguí sin tener que explicarle por qué estaba allí. Quizá mi cara le resultara demasiado anodina. El perro entró como un rayo detrás de mí y unas niñas se nos abalanzaron. Temí que el perro mordiera a alguien y nos echaran de allí. ¡El grúfalo!, chilló una de ellas. El hombre me condujo a la cocina y cerró la puerta. Me ofreció un café y después me hizo un té muy suave, en su mayoría leche. No se parecía a Marcus. Se le veían los capilares rotos en las mejillas y tenía la nariz chata. Dejó escapar un resoplido.

La lavadora lleva rota casi una semana, creo que podría ser el tubo del desagüe, dijo, y luego me miró como si me viera por primera vez. Yo tenía mocos en la parte delantera del vestido de lino y algo pegado en el zapato. Usted no ha venido por la lavadora.

No, dije. Lo siento.

No lo sienta. Tampoco vinieron ayer. ¿Le he ofrecido un café?

Levanté mi taza y empecé a hablar de corrido.

Conocí a su hijo. Lo conocí en el canal, pero llevo mucho tiempo sin verlo. Me preguntaba si habría vuelto aquí. Estoy buscando a mi madre y creo que él podría saber dónde está.

Antes de que hubiera acabado, ya estaba negando con la cabeza. Había un ligero temblor en sus manos, como si fuera a desencadenarse un terremoto. Creo que se ha confundido. Abrió la puerta de la cocina y señaló la salita. Todas las niñas estaban culo con culo en el suelo y el brillo enfermizo de la pantalla del televisor se reflejaba en sus caras erguidas, salvo un bebé que gateaba por la alfombra con el pañal medio suelto mientras el perro le olisqueaba el trasero. El hombre lo señaló. Se llama Arthur, por mi abuelo. Las demás son todas niñas.

¿No tiene más hijos? ¿Otros hijos mayores? Marcus cojeaba. Me sorprendí imitándolo y dejé de hacerlo. Estaba tan segura... En fin. Llamé al perro con un silbido, pero ni se inmutó. No se preocupe, zanjé. Tiene razón. Debo de haberme confundido. No lo molesto más.

Casi había llegado a la puerta. Hay una palabra rusa que significa saltar al vacío en fila india detrás de otra persona: *povskakat*. Incluso ahora, sin pensar, estaba saltando detrás de ti. Me

hallaba en la puerta a punto de girar el picaporte, llamando a aquel perro cuyo nombre ignoraba. ¡Perro!, exclamé.

¿Que cojeaba?, repitió el hombre.

Me di la vuelta. Las niñas habían acudido y tenían las manos entrelazadas.

Sí, dije. De la pierna izquierda. La arrastraba.

El hombre se llamaba Roger y supe que quería que me quedara hasta que su mujer, que me dijo que se llamaba Laura, regresara, porque no paraba de darles cosas a las niñas para que me las trajeran: vasos de agua, tostadas con mantequilla... Lo observé mientras recogía la colada, un pañal sucio, juguetes caídos... Intenté captar algún parecido con Marcus. ¿Te acuerdas de cómo era? Más alto que tú, con esos hombros encorvados, ese pelo oscuro cortado a lo paje y esos ojos ansiosos. Solías decir que yo tenía sus mismos ojos, un poco caídos, arrugados antes de tiempo. Una de las niñas habló en voz alta a la altura de mi codo.

¿Qué?

¿Que cómo se llama tu perro?, dijo la chiquilla. Tenía cuatro o cinco mechones de pelo tieso en la coronilla y una oveja de aspecto confundido dibujada en el vestido.

No le he puesto nombre, repuse, y me estrujé los sesos para averiguar cómo demonios se le daba conversación a una cría. ¿Cómo quieres que se llame?

La responsabilidad la abrumó y no supo responder. Las demás dieron varias opciones, todas chillando a la vez. Roger contemplaba la calle por la ventana. Tenía el pelo un poco largo por el cogote. A mí nunca se me han dado demasiado bien los niños y ellos, que siempre lo notan, se me pegan como lapas. Hicieron una larguísima lista de posibles nombres de perro que en su mayoría estaba integrada por animales: Dodo, Gatita, Cerdo... Traté de quitármelas de encima paseándome por la habitación. Había juguetes en todos aquellos sitios en los que normalmente se guardaría el alcohol. Todos los armarios tenían cerradura de seguridad para niños, pero nada que esconder. Una de las crías me cogió la mano y me la apretó con fuerza mientras yo intentaba soltarme con disimulo. ¿Y *Nutria*?, dijo, ¿qué tal *Nutria*?

¿Necesitas ir al baño?, le pregunté. No respondió, aun así subimos las escaleras cogidas de la mano. Cuando llegamos a lo alto, tuve la repentina sensación de que lo había malinterpretado todo, de que me había equivocado por completo. ¿Cuántos niños desaparecían, se perdían por ahí cada año? Había indicios de destrucción, juguetes sin cabeza, agujeros en las paredes... y faltaba el picaporte de la puerta del baño. La niña me llevó a su habitación, cogió unas cosas y me las enseñó. No pude evitar recorrer el pasillo y meterme en el dormitorio grande. Había fotos del hombre y de una mujer que debía de ser Laura. Estaban más jóvenes e iban vestidos con ropa de colores alegres. Acaricié las perchas del ropero. En la pared más alejada había otra pequeña foto en un marco verde. Me acerqué para verla. El niño de la foto tenía la cabeza vuelta y una mano abierta hacia la cámara. Con todo, era evidente. El perfil, la silueta de la nariz y la boca, hasta la pose de los hombros: era Marcus. Con el pelo rizado y más largo que cuando lo conocimos.

Este es el dormitorio de papá y mamá, dijo la niña desde la puerta.

Respiré hondo. Ya lo sé.

Regresamos al descansillo. La cría había decidido, gracias a mi poder de sugestión, que necesitaba ir al baño, y no me dejó bajar hasta que hubo terminado.

No has estado aquí antes, dijo.

No recuerdo haber tenido tanta capacidad de razonamiento cuando era pequeña. Me acuerdo de que una vez me dijiste que era una mentirosa redomada y la mera idea de serlo me dejó petrificada. Nunca se me había pasado por la cabeza que lo que estaba haciendo fuera mentir. Tal vez con tu marcha ocurriera lo mismo. Tal vez nunca se te pasara por la cabeza que lo que estabas haciendo era abandonarme.

No.

¿Vas a estar aquí mañana?

Probablemente no.

Podrías llevarnos al cole.

Podría si estuviera aquí.

Me llamo Violet. ¿Tú cómo te llamas? ¿Eres Margot?

Abrí el armario que había encima del lavabo. ¿Quién es Margot?

Tonta, dijo, balanceando sus rodillas rollizas sentada en la taza del váter mientras se retorció. Margot es el primer bebé de mamá. Es mayor y se fue, pero nos habría querido. ¿Tú nos quieres?

Me giré para mirarla. Ella me observaba con los codos apoyados en las piernas. Ahora tengo que limpiarme.

Pues venga. ¿Conociste a Margot?

¿Y tú?

Sí, eso creo.

Tiró del rollo y cortó papel como para tres niños enormes. Se me ocurrió que quizá no hubiera aprendido todavía a hacerlo sola y que yo les estaba haciendo un favorcillo no solicitado a sus padres.

Nunca la hemos conocido porque se fue, dijo.

¿Murió?

La chiquilla saltó del inodoro de un brinco y volvió a subirse a duras penas las bragas torcidas. ¿Qué es *murió*?, dijo con los ojos clavados en mí.

Fingí no oírla. Cuando bajamos, me quedé con Roger junto a la encimera de la cocina viendo cómo los palitos de pescado que había preparado para la cena de las niñas desaparecían bajo la mesa, donde el perro esperaba.

Nutria, seguía diciendo Violet. *Nutria*, ¿quieres un palito? *Nutria, Nutria, Nutria*.

Me arrodillé al lado del perro. ¿Qué te parece, *Nut*?, dije, y él levantó la vista y la apartó como si no estuviera seguro del todo. Roger tenía los ojos claros y sus mejillas habían perdido el color de la juventud. Me fijé en que le temblaban las manos y me pregunté si tú y él os entenderíais bien, como lo hacen dos personas que rechazan una copa en un bar.

¿Margot es Marcus?, pregunté.

Él no pareció sorprendido de que lo supiera. En aquella casa la información no debía de permanecer en secreto demasiado tiempo. Reparé en que Violet no me quitaba la vista de encima mientras se comía sus guisantes. Supuse que creía que nos habíamos convertido en cómplices o algo así. No lo sé, respondió. Tal vez. Ella cojeaba. Desde siempre. Desde que la encontramos.

¿Qué quiere decir con que la *encontraron*?

Muy lentamente, cerró los ojos y así se quedó. Oímos abrirse la puerta de la calle. Las niñas salieron disparadas como un equipo de *rugby* y *Nutlas* acompañó ladrando. Oí la voz de una mujer que preguntaba de quién era el perro. Vi que a Roger se le cambiaba la cara, que se le

relajaba un poco. Fuimos a la sala de estar. La mujer dejó el bolso en el suelo y me miró de arriba abajo. ¿Qué ocurre? Las niñas nos rodearon y empezaron a balancearse en los brazos del sofá.

Ha venido por Margot, dijo Roger. La conocía.

¡Margot!, gritó una de las crías, y las demás lo repitieron a coro. La mujer alzó las manos. ¡Todo el mundo a la cama!, exclamó.

Estuve sola abajo durante casi una hora. Saqué a *Nut* al jardín, me eché en una de las tumbonas y presté atención a los débiles ruidos que procedían del interior de la casa. Siempre he sentido que nuestras vidas podían ir en distintas direcciones, que las decisiones que tomamos condicionan su devenir. Pero quizá no había decisiones; quizá no había otros resultados posibles. En cualquier caso, no nos imaginaba a ti y a mí en un sitio como aquél, aunque tal vez en alguna ocasión a ti se te hubiera pasado por la cabeza. Una casa junto a las vías del tren, un jardincito, tú esperándome después del colegio. Por un momento me pareció ver luces en las ventanas del cobertizo del final del jardín, pero desaparecieron y me figuré que sólo eran reflejos de la casa.

Laura salió y se plantó junto a la tumbona. Al alzar la vista hacia ella advertí que era mayor de lo que había creído en un principio: debía de superar los cincuenta, un poco vieja para tener unos niños tan pequeños.

Me preguntaba si alguien vendría alguna vez a contarme algo que no quería saber, dijo. ¿Conoces esa sensación de no tener escapatoria?

Quería decirle que la conocía muy bien, pero en su lugar dije: eso creo.

No veía otra salida. Por eso les hablé a las niñas de ella, porque la teníamos en mente todo el tiempo.

No era una chica cuando yo la conocí, dije.

Ella negó con la cabeza. Bueno, ¿cojeaba? ¿Arrastraba la pierna?

Sí.

¿Y era un poquito apocada, no muy habladora?

Sí.

Me escudriñó. Tú eres más joven.

Yo era sólo una niña, de trece años, según mis cálculos. Vivía con mi madre en un barco. Marcus, Margot, pasó allí un mes un invierno.

Era ella.

Podría ser, respondí.

Se produjo un largo e incómodo silencio. El perro se escabulló y fue a hurgar entre los oscuros arbustos.

Tiene muchos hijos, comenté, y enseguida deseé haberme mordido la lengua.

Laura se sentó en el extremo de la tumbona. Estaba muy cerca, con las manos entrelazadas en el regazo. Después de que Margot se marchara, intentamos tener nuestros propios hijos, pero era demasiado tarde o no podíamos. Nuestra vida no tenía sentido sin ellos. Tardamos mucho tiempo en darnos cuenta, así que adoptamos. Solía pensar, ahora menos que antes, que un día Margot regresaría y vería que la habíamos reemplazado.

Se levantó y silbó a *Nut* para indicarle un punto concreto en uno de los parterres, que empezó a pisotear con la bota hasta que el animal se puso a cavar. Luego se metió las manos en los

bolsillos y se lo quedó mirando. Me acordé de Marcus y del tiempo que habíamos pasado en el río, y ella también debía de estar acordándose de él, porque dijo: ¿qué le ocurrió?

Respiré hondo e intenté encontrar algo mejor que decir, algo que al menos fuera suficiente, algo que le reportara algún consuelo. Pero no se me ocurrió nada. No lo sé, dije.

EL RÍO

Por la mañana, Margot y Charlie se sentaron en el camino de sirga a comer unas gruesas tortitas con tanto chili que la masa se había vuelto roja y a Margot le estuvieron llorando los ojos hasta una hora más tarde. Él hablaba casi todo el rato y ella escuchaba. Le contó que, cuando era más joven, remontaba los canales hasta las esclusas de Birmingham, o que cruzaba el estuario del Severn y bajaba tan al sur como podía o subía al máximo hacia el norte. La mayoría de las veces, sin embargo, se había quedado por aquella parte del país recorriendo las viejas rutas.

Había ido perdiendo la vista poco a poco. Primero notó una especie de neblina cerca de la comisura del ojo derecho. Durante un tiempo, una semana quizás, creyó que era algo que lo seguía por el agua mientras navegaba o un borrón en el paisaje que le iba a la par. Pero luego notó lo mismo en el ojo izquierdo. La neblina aumentó, y en una ocasión iba tan distraído que siguió recto en vez de virar y chocó con otro barco. Entonces se dijo que hasta ahí había llegado. Colocó el farol en la proa y se dedicó a surcar la oscuridad, a diario. Eso era lo que sabía hacer y lo haría hasta que su vista se deteriorara por completo.

Una mañana se despertó ciego y fue incapaz de volver a navegar.

Se agarró la muñeca y le enseñó a Margot lo fina que era; volvió a hablarle del cebo que estaba tallando. Le dijo que echaba de menos navegar.

¿Por qué?, le preguntó ella.

¿Por qué qué?

¿Por qué navegaba tanto?

Pensó que a lo mejor él prefería no responder y se avergonzó de haber preguntado.

Estaba buscando a alguien, dijo al fin. Me pasé años y años buscando a alguien. No dijo más. Murmuró algo entre dientes y se dio la vuelta.

¿Te has resfriado?, le preguntó cuando ella se sorbió la nariz.

Sí.

Échalo ahí en el suelo.

Ella hizo lo que le había dicho, se inclinó hacia el camino fangoso y se taponó uno de los agujeros de la nariz.

¿De qué color es?

Verde.

Tienes una infección. Ven al barco.

Él bajó sin esperar a que lo siguiera. Margot ya no le tenía miedo, bien por lo de su ceguera, bien por la tristeza con que le había contado que llevaba años buscando a alguien en vano. El

barco estaba muy ordenado; cada cosa se encontraba en su sitio. Había cuatro sartenes colgadas de la pared, tazas llenas de cucharas y tenedores. Era un alivio estar a bordo. El ladrón del canal vivía en el agua y merodeaba por la tierra, pero no creía que fuera a subir a aquel barco. Siguió las instrucciones del hombre: puso el hervidor al fuego, llenó un cuenco de agua y acercó la cabeza.

Después él se puso a cocinar mientras ella lo observaba. Echó a calentar en el aceite unas especias tan picantes que el barco se llenó de una densa calima, y ambos tosieron y escupieron de camino a la cubierta en busca de aire. Él comentó que era panceta de cerdo y le enseñó las vetas de grasa. La llamaba *hijo* o *muchacho* y entonces cayó en la cuenta de que no había advertido que era una chica. Un día, cuando era pequeña, Roger, su padre, le había puesto un cuenco en la cabeza y le había cortado el pelo a lo paje en vez de llevarla a la peluquería. Se pasó varias semanas sorprendida, mirándose nerviosa al espejo: se parecía bastante al chico que vivía en la casa de al lado y no le había costado prácticamente nada conseguir ese aspecto.

Se sentaron fuera y se bebieron el té que ella había preparado.

Estoy buscando a mi hija, le confesó él sin venir a cuento en mitad de una frase. Se quedó petrificada. Parecía decirlo en serio y vio que se mecía un poco para que el barco se meciera con él, como si estuvieran atados por una cuerda. Llevo diez años buscándola. Tal vez más. Me la quitaron. Era pequeña, incapaz de mentir. Su madre se la llevó.

El hombre vertió en el agua los posos del té. Había constelaciones en el cielo. Laura, su madre, había intentado enseñarle sus nombres en una ocasión, pero a ella no se le habían quedado grabados, sólo recordaba algunos fragmentos: oso, perro, solitario. Echaba de menos a sus padres. Sentía su ausencia en los huesos de los tobillos y las muñecas, en la parte de atrás de la lengua. Casi no lo estaba escuchando.

¿Cómo?

He dicho que adónde vas.

El cielo se cernió sobre ella como una losa. No quería contarle lo que le habían dicho, lo que habría hecho si se hubiera quedado con sus padres. Pero tenía que darle alguna explicación.

¿Cree usted que, si supiéramos lo que va a ocurrir, podríamos no hacer lo que se supone que vamos a hacer?, dijo.

¿A qué te refieres?

No paraba de rondarle por la cabeza esa idea embarullada. No sabía cómo enunciarla. No creía que fuera capaz de hacerlo jamás. ¿Si enunciabas algo, hacías que existiera de un modo más completo, como si antes solamente lo hubiera hecho en parte?

¿Cree que la vida es una línea recta?

¿Una línea? Pareció meditarlo. No. Una línea, no.

¿Si hubiera sabido que se llevarían a su hija, habría podido cambiar las cosas?, dijo, y casi se arrepintió de haberlo hecho. Me refiero a si alguien le hubiera dicho lo que iba a pasar.

Lo habría hecho, respondió. Se lo habría impedido.

Margot veía el aliento que salía de la boca del hombre flotando entre ellos. Notó que el frío le calaba hasta el hueso de la pierna mala y le daba una punzada.

Tal y como yo lo veo, la vida es algo que gira, dijo él. Como un planeta o una luna que da vueltas alrededor de un planeta. ¿Sabes lo que te quiero decir?

Sí, contestó, aunque sin mucha convicción.

La vida es así. Algunas veces va en una dirección, pero sólo durante un segundo, y luego vuelve a girar, a girar tan rápido sobre su base que realmente es imposible ver nada. Sólo en muy contadas ocasiones alcanzas a ver algo, te quedas ahí plantado como un pasmarote y te das cuenta de cómo habrían sido las cosas si hubieran sido distintas, de cómo podrían haber sido.

Permanecieron sentados. No reinaba el silencio, sino que bullía el rumor del río, el cloqueo de algún ave que no identificaba un poco más abajo, el sonido de la gente de los otros barcos atracados. Margot veía las fábricas recortadas contra el cielo cada vez más oscuro, las afueras de la ciudad.

¿Qué es lo que ibas a hacer?, le preguntó él.

Le dio vueltas a aquel pensamiento en su cabeza. Las palabras tenían espinas lacerantes, quemaban como carbones ardiendo. Alguien dijo que les haría algo a mis padres si no me marchaba, explicó.

Él pareció meditarlo un momento y después lanzó un escupitajo al agua por la comisura de la boca.

El río discurría paralelo a las vías del tren, y se despertó en la tienda al oírlo pasar. En aquellas condiciones —tumbada con aquel frío que le calaba a través de las mantas—, le costaba más no pensar en las razones por las que se había marchado. Se levantó, descorrió la cremallera de la tienda lo suficiente para ver el cielo casi estrellado, surcado por la contaminación lumínica procedente de algún lugar cercano, y el sendero negro como el agua.

Se marcharía sin decir nada, regresaría a la casa junto al río, con su jardincito en pendiente hasta el canal. Lo que se había dicho no era la verdad, sólo la sugerencia de uno de los posibles derroteros que podían tomar las cosas. Y estaba convencida de que, si sabía lo que se avecinaba, podría evitarlo. Como un accidente de coche.

Pasó otro tren, tan cerca que hasta sintió su aliento. Los compartimentos de los vagones con sus luces blancas, las caras mirando hacia fuera.

Volvió a subir la cremallera. Se tapó la cabeza con las mantas. Siempre había creído que unas personas sabían más que otras, y una de esas personas la había prevenido sobre lo que iba a hacer: si Margot regresaba, mataría a su padre. Si regresaba... Aún no podía pensar en lo siguiente, pues no estaba en un idioma que cupiese en los huecos de sus mejillas: sabía a polvo, a yogur caducado o a tostada quemada.

LA BÚSQUEDA

Estaba sentada a la mesa de la cocina de Roger y Laura escuchándolos hablar. Se oían unas interferencias que, procedente del vigilabebés, iban y venían a ráfagas. La sensación imperante era de purga, de alivio. Habían esperado mucho tiempo para pronunciar aquellas palabras, para verterlas sobre la mesa, para contemplarlas con sus propios ojos.

Cuando Laura tenía veintipocos años, su anciana tía murió y le dejó unas cajas repletas de números de la revista *Private Eye*, unas bolsitas de té medio desmenuzadas, unos aseos manchados, una casa. Ésta era húmeda y varias de las puertas o estaban hinchadas o cerradas con llave. En el recibidor había cuencos llenos de llaves que parecían no abrir nada. El jardín tenía un manzano cuyas raíces estaban echando abajo la valla, así como un pequeño cobertizo ruinoso. A Roger le gustaban aquellas habitaciones diminutas, el estrechísimo desván, el sonido del agua contra las blancas tapias del final del jardín. Laura dijo que así era como vivían antes: casas prestadas, trabajos temporales. Eran pobres de solemnidad. En palabras de Roger, más pobres que una rata.

Me los imaginaba perfectamente. Pelo largo, cogidos de la mano, leyendo el menú junto a las cristaleras de los restaurantes pero sin entrar jamás, volviendo tarde a casa, siguiendo el rastro de las farolas. En aquella época aún no tenían niños, pero a veces al despertarse, todavía soñolientos, hablaban de los nombres que les pondrían.

Llevaban allí tres meses y las tiendas de beneficencia locales estaban llenas de todo lo que habían recogido, empaquetado y donado. El cristal de la ventana del dormitorio era fino como el hielo recién formado. Había búhos de cara plana que cazaban por los alrededores, gatos que reñían en el puente arqueado bajo el que dormían los sintecho.

Podría ser cualquier cosa, murmuró Laura una noche tras oír un ruido. Se dio la vuelta y se volvió a dormir. Roger no pudo. El ruido continuó, insistente. Se puso las zapatillas, la vieja bata de Laura y un sombrero que encontró junto a la puerta de la calle. Justo al lado de la casa, había una vereda que salvaba el puente y descendía hasta el río por ambos lados. Se quedó en la carretera escuchando. No se trataba de búhos que cazaban ni de gatos que reñían. Creyó que era un bebé.

Estaba tan oscuro que no veía el camino. No sabía dónde empezaba el agua. Siguió el sonido paso a paso. Temió tropezar, golpearse la cabeza, caer al agua y no ser encontrado jamás. Continuó. Había un cubo de basura en el sendero, medio metido en un arbusto, bloqueando el camino. La niña estaba dentro, envuelta en una manta, chupeteando tiras de piel de naranja y llorando. Había algo bíblico en ello, dijo Roger, algo inesperadamente mítico. La cogió, la

estrechó contra su pecho y se la llevó a casa.

La niña había venido a ellos. Dejaba de llorar cuando cualquiera de los dos la cogía, devoraba los palitos de pescado que le preparaban, parecía prestarles atención cuando se dirigían a ella, lloraba si salían de la habitación. Cuando se despertaba llorando por las noches, Roger iba a su cuarto y se asomaba a la cuna. Ella se quedaba muy quieta en su presencia, alerta. Oían juntos el ruido del río en las paredes de la casa, el lavavajillas en la planta inferior, los ratones que vivían en el desván. Roger pensaba que habían estado avanzando sin parar hasta llegar a ese momento, rodando cuesta abajo por las colinas sin darse cuenta hasta llegar a él.

El proceso de adopción fue sorprendentemente rápido. Nadie acudió a reclamarla. Nadie más la quería. La mujer de la agencia los visitó dos veces al día durante la primera semana: una mujerona llamada Claudia con un pendiente en la ceja que se quedaba allí sentada sin decir palabra y pasaba desapercibida. Era difícil prestarle atención a algo que no fuera la niña, al modo en que sus ojos los seguían por la habitación. En su última visita, Roger acompañó a Claudia a la puerta. Le preocupaba algo.

¿Por qué cree que no ha venido nadie?, le preguntó.

Ella estaba ya casi en el coche. Retrocedió despacio. Por muchas razones.

¿Por qué cree usted?

Claudia señaló el agua. Pasé un tiempo en los canales cuando empecé en esto. No es un trabajo fácil. Ahí abajo tienen sus propias comunidades, sus propias reglas. No llaman a la policía ni a los servicios sociales cuando algo va mal. Cuentan con su propia autoridad. Es otro mundo. La dejaron en el sendero porque querían que alguien la encontrara. No ha venido nadie porque nadie la busca.

Cada semana, cada día, sopesaban qué nombre ponerle. Laura se quejaba de que no habían tenido tiempo de prepararse. No estaban listos. Un día, Roger la llamó Margot y así se quedó. Margot.

Me preocupaba que le pasara algo, dijo Laura.

¿Como qué?, pregunté.

Que algo se torciera. No pegaba ojo, explicó. No podía dejar de pensar en ellos.

¿A qué se refiere? ¿En quiénes?

En sus padres. Sus padres biológicos. En sus genes sembrando el caos en secreto dentro de ella. La gente les transmite a sus hijos algo más que el color del pelo y los ojos, ¿no? Los niños son un mapa de genes.

El vigilabebés produjo un ruido estrepitoso y vi que ambos se ponían rígidos, aunque al momento la cosa se calmó, volvieron a sentarse y siguieron hablando.

Margot tenía la barbilla ancha, la nariz recta, las manos planas y unas cejas espesas que a menudo la hacían parecer suspicaz y otras veces sorprendida. Era grandota para su edad, con unas rodillas de caballo y unos nudillos demasiado grandes para sus dedos. Tardó mucho en gatear y más todavía en andar, y, cuando al fin lo hizo, el motivo saltó a la vista: la pierna izquierda le renqueaba un poco, como un remolque herrumbroso tirado por un coche nuevo. La doctora tenía un reloj con cadenita que hizo oscilar y que a ella le dio miedo. Le presionó la

pierna lisiada, se la enderezó y le cogió el pie con las manos. Laura contempló la radiografía, las líneas blancas, las marcas oscuras. La doctora se llevó el bolígrafo a la boca y señaló la anomalía: el hueso de la pierna izquierda de Margot se retorció como si huyera de una fuerte luz o de la presión. Cuando cumplió los siete, le quitaron el refuerzo. En los largos inviernos, los huesos le ardían; en los veranos, creía sentir el agua arremolinándose en sus articulaciones; en otoño y primavera, se acordaba de aquellas sensaciones y nunca llegaba a andar bien del todo.

Laura dijo que Margot era precavida, desconfiada, como si todo lo que trataban de enseñarle fuese un truco. No se creía que existieran palabras como *obtusos*, *kétchup*, *diatriba*, *arlequín*. No se creía que lo que plantaban en la tierra crecía. Con todo, era habilidosa con las manos y disfrutaba de los lentos y cautelosos paseos que daban por el pueblo y por el camino de sirga. Y Roger y ella poco a poco se fueron olvidando de que no habían sido ellos quienes la habían concebido.

A veces Roger iba a verla a la cama y se la encontraba sentada examinando el techo, donde Laura había pegado unas estrellas que brillaban en la oscuridad formando constelaciones irregulares e inexactas. ¿Qué estás mirando, Margot?, le decía, y ella le dedicaba su atención un instante y respondía: nada. En ocasiones lo sacaba de quicio. No era como los demás niños que Laura se paraba a ver corretear por el parque, saltar a la comba o dar vueltas con sus bicicletas.

¿Qué has hecho hoy en el cole?, le preguntaban, y ella se tiraba todo el camino de vuelta a casa con la boca apretada, hasta que finalmente le salía una respuesta. Hemos dibujado, decía. Hemos corrido.

¿Por dónde habéis corrido?

Entonces fruncía el ceño y apenas se creía su propia respuesta. Hemos corrido hasta la pared. Y hemos vuelto.

Por lo que sabían sus padres, su único amigo era el chico de al lado, uno de pelo fino y tartamudeo nervioso. Margot se pasaba a verlo y juntos buscaban gusanos pálidos y blandos, escarbaban nidos de cochinillas o construían una presa y veían cómo el agua se acumulaba. Él le hacía regalos: hojas con extraños diseños de venas, manzanas con gusanos, monedas tan marrones que ni se veía el busto de la reina...

Un día trepó a la valla que separaba los jardines y le tiró una notita. Ella la escudriñó, se la guardó y se la dio a Laura.

¿Qué es esto?

Me la ha dado Simon.

Laura la desplegó en la encimera y la leyó en voz alta: «¿Quieres ser mi novia?». Laura se la quedó mirando y no dijo nada. Margot cogió la notita y la enterró en el jardín, tal vez creyendo que crecería y crecería hacia abajo como un árbol del revés. Cuando Simon vino a buscarla, se negó a volver a verlo o a hablar con él. Laura la veía enterrar cada mensaje que él le enviaba como un helicóptero por encima de la valla sin leer ninguno.

Quizás ése fuera el comienzo. Aquellas palabras superpuestas en la página. No quería aprender a leer, decía que las palabras eran hormigas que correteaban, que no se quedaban quietas. Una joven profesora pasaba con ella un tiempo adicional y hablaba con entusiasmo de los progresos que hacía. Ya puede leer este libro entero. Pero, cuando Roger le pedía que lo hiciera, veía que cerraba los ojos y lo recitaba de memoria.

¿Por qué no quieres leer?

Ella permanecía con la boca cerrada y no decía nada.

¿Por qué no te gustan las palabras?

Se mueven.

¿Qué quieres decir?

No son para mí, decía de ese modo que empleaba a veces, con una mirada de acero, un poco atemorizadora, como un adulto atrapado en el cuerpo de un niño.

Cuando Margot tenía diez años, la familia de Simon se mudó y la casa de al lado se quedó vacía durante un par de meses hasta que llegó una nueva inquilina. Se llamaba Fiona. No hubo camión de mudanzas, sencillamente un día apareció una mujer con un chubasquero rojo y una maleta. Roger y Laura enseguida se percataron de la extraña fascinación que había despertado en Margot; se fijaron en que la niña corría hasta la puerta en cuanto oía un ruido procedente de la calle o se sentaba en las ventanas del piso de arriba para rastrear cualquier movimiento que se produjera en el jardín vecino. Se tumbaba debajo del seto comunal a la espera de que se abriera la puerta, con el pelo y la boca llenos de tierra. Pegaba la oreja a las paredes que separaban su casa de la de la vecina. No había ni rastro de la mujer. Margot acorralaba a Roger y a Laura en el fregadero, cuando iban a tirar la basura o cuando salían del baño. ¿Quién es?, les preguntaba. ¿Quién es?

No lo sé, le decían ellos. ¿Por qué no vas a saludarla?

Le dieron un bizcocho de plátano para que se lo llevara y ensayaron lo que tenía que decir: «Hola, vivo en la casa de al lado. Me llamo Margot». Cuando llegó a la puerta, sin embargo, se detuvo en seco y se echó a temblar; volvió corriendo a la casa y subió a la ventana para ver el panorama desde arriba.

El propio Roger fue quien llevó el bizcocho. Fiona estaba pintando las escaleras de un amarillo intenso y tenía pintura en el pelo. Lo invitó a un bocadillo de salchichas y a un café dulce. Insistió en leerle las cartas del tarot y se echó a reír a carcajadas al ver su expresión cuando lo hizo. A él le causó buena impresión. Era directa y de risa fácil. Apenas tenía muebles y, cuando abrió el horno para meter las salchichas, tuvo que sacar los zapatos que guardaba dentro. Para su sorpresa, se oyó a sí mismo invitándola a cenar. Laura y él tenían pocos amigos. En la puerta le contó que a Margot, su hija, ya le caía muy bien. Ella se mostró complacida y le estrechó la mano.

Fiona fue a cenar al día siguiente. Era alta como un árbol y delgada como un palo, y llevaba los labios pintados de rojo. Margot ni siquiera tocó los cubiertos. Fiona se comió tres patatas de la ensalada y la miga de una rebanada de pan, se bebió un vaso de agua y se marchó a su casa. Margot se puso de rodillas en la silla, cogió la corteza de pan intacta y miró por el hueco a sus padres. Después de ese día, Fiona fue a cenar a menudo. Margot le tenía un poco de miedo. Era elemental, alquímica. Margot la seguía a todas partes, la miraba atentamente mientras fregaba los platos, se comía una manzana o iba al cuarto de baño. Roger y Laura presenciaban esta intensa observación con interés y divertimento. Nunca la habían visto tan intrigada por otra persona. Le tenía miedo al cartero y al hombre que venía a arreglar el fregadero; y en el colegio les habían dicho que era bastante retraída y que apenas hablaba en clase.

¿Qué crees que le pasa?, dijo Laura una noche cuando Margot ya se había dormido y ambos estaban sentados en el jardín. ¿Por qué crees que está tan fascinada? Roger ladeó la cabeza y miró al cielo.

Puede que me equivoque, pero ¿te acuerdas de cómo estaba con la señora Twigg?, preguntó Roger. La señora Twigg había sido la maestra favorita de Margot en primero de primaria, una mujer imponente de cincuenta y muchos con una voz serena y adusta que aterraba a Roger y a Laura en las reuniones de padres, pero de la que Margot no había dejado de hablar hasta que la mujer se jubiló y se mudó a Francia. Margot se había sentido atraída por ella igual que por Fiona, de un modo obsesivo, al parecer cautivada por algo que Roger y Laura no eran capaces de precisar pero que Roger achacaba a la edad.

¿Se siente atraída por la gente mayor? Laura no estaba para nada convencida. Continuaron sentados en silencio. Laura se acordó de cuando Margot le traía dibujos a casa de pequeña, unos dibujos diferentes a los de los demás niños: tristes, llenos de rayones marrones y negros. Aun así, acababan pegados en el frigorífico. Había uno de ellos tres y otra figura que los sobrepasaba, con unos grandes brazos colgantes y una boca ancha y amistosa. Cuando Laura le preguntó quién era, Margot le explicó que la señora Twigg. Por eso Laura pensaba que la fascinación no se debía tanto a la edad como a la autoridad, a una sensación de control benévolo.

Un día, cuando Margot tenía once o doce años, Laura la sentó y le contó que Fiona antes había sido un hombre.

A veces no nos conformamos con lo que tenemos, le dijo. Cómete los cereales.

La siguiente vez que Margot vio a Fiona, mientras ésta cortaba a machetazos las malas hierbas del jardín, le acercó la boca al lóbulo de la oreja, que le colgaba por el peso del pendiente.

¿Secreto?, preguntó Margot.

Fiona asintió, levantó la mano y se la llevó con delicadeza al pecho. A nadie.

Margot le contó lo que Laura le había dicho, que Fiona era una mujer en el cuerpo de un hombre.

Es cierto, repuso Fiona, soy como un pez que sigue vivo en el vientre de una garza.

Aquello fascinó a Margot. Se tiró semanas pensando en aquel pez, en cómo se abriría paso entre las plumas buscando el agua salobre. Por las mañanas, cuando Fiona se sentaba en el jardín, Margot le llevaba una taza de té. ¿Puedes?, le decía, y Fiona se sacaba el perfilador del bolsillo, se agachaba y le dibujaba un bigotito encima del labio.

Roger y Laura quedaban con Fiona a menudo, casi siempre con Margot, pero a veces sin ella; iban a algún restaurante chino o a dar un paseo por el pueblo. Se llevaban bien, aunque algunos fines de semana no estaba muy dicharachera o se la veía un poco demacrada y desorientada, y otros ni siquiera aparecía. Siempre portaba consigo la baraja del tarot y lucía un sombrero con estampado de leopardo calado hasta las cejas. Con frecuencia les enviaba postales, siempre dirigidas a Margot, desde dondequiera que estuviese. Escribía: «Aquí hace mal tiempo, pero sé que va a mejorar».

Era evidente que Margot la quería con locura. La seguía por la casa, se sentaba a escucharla en silencio cuando hablaba o se partía de risa con sus bromas, haciendo gala de una desinhibición que no mostraba con nadie más. Cuando Fiona hacía trucos de cartas o le decía que sabía cuándo iba a llover o qué día los huevos se echarían a perder, Margot la creía a pies juntillas. Y hacía oídos sordos cuando Roger intentaba explicarle que nadie sabía lo que iba a

pasar de antemano.

Pues Fiona sí, le replicaba. Fiona lo sabe.

Roger pensaba que en verdad lo creía, con una certeza y un rigor tan absolutos que le parecían inusuales para una niña de su edad. En una ocasión se había sentado muy seria frente a él a la mesa y, trastabillando, le había hablado del destino. ¿Sabes lo que eso significa, Margot? Sí, dijo ella, significa que no tenemos elección. Él se había enfadado con Fiona a raíz de eso, pero, cuando se lo reprochó, ésta se defendió alegando que no le estaba comiendo la cabeza, que la idea se le había ocurrido a ella solita. Roger concluyó entonces que su hija era como alguien de otra época o, siendo un poco cruel, alguien perteneciente a una secta o a una familia de extremistas religiosos. Veía cómo Margot apretaba la mandíbula cuando trataba de razonar con ella amablemente. Era imposible hacerla cambiar de opinión. Creo en el destino, zanjaba la niña.

Cuando Margot tenía trece años, hubo una semana en que no vieron a Fiona y, cuando Roger se pasó por su casa, la encontró vacía, con la llave sin echar y el agua y la luz cortados. Al día siguiente, vieron un cartel de SE VENDE en el césped pelado de la parte delantera. Unas semanas después, aparecieron varios camiones de mudanza y otra familia se instaló en la propiedad. Margot lo vio todo por la ventana.

Fiona tardó un año en volver. Las casas de la ribera se estaban inundando y la gente iba sacando sus pertenencias y acarreándolas colina arriba. La calle estaba plagada de sombras que transportaban sillones o tocadiscos encima de la cabeza. Fiona no llamó al timbre, sino que se dirigió a la parte trasera de la casa y se asomó por una ventana. Había adelgazado y llevaba el chubasquero raído y sucio. Le había ocurrido algo, aunque no dijo el qué. Roger se llevó a Margot arriba para preparar la cama del cuarto de invitados. Quería decirle algo, ofrecerle alguna explicación o consuelo, pero, por extraño que pudiera parecer, se la veía bastante serena mientras remetía los picos de la sábana. Volvió a preguntarse de dónde habría salido, qué se habría traído consigo al llegar.

Por las noches oían a Fiona deambular, hablar para sí en voz baja. Se preocuparon. No se les pasó por la cabeza pedirle que se fuera, aunque después se arrepentirían de no haberlo hecho. Todas las mañanas, Margot le llevaba una taza de té, se la dejaba en la puerta y, por la tarde, volvía a bajarla, fría e intacta. Transcurrieron tres o cuatro meses hasta que Fiona se bebió por fin el té, y más tiempo aún hasta que empezó a sentarse a comer con ellos. Poco a poco empezó a ganar peso, a dormir de un tirón, a hablar con ellos en lugar de sola.

Desde que había regresado, Margot y ella eran más cómplices y escurridizas que nunca, eran uña y carne. Margot aceptaba verdades a Fiona que no le aceptaba a nadie más. La creía cuando le hablaba de las corrientes, de la capa freática, del movimiento de las placas. Prestaba atención cuando le explicaba palabras como *superfluo* y *enseres*. Cuando tenía una pesadilla, iba a su habitación. Roger las pillaba a menudo, justo antes del amanecer, hablando en susurros bajo las mantas. Le preocupaban un poco esas conversaciones matutinas, sobre todo al acordarse de la decidida niña de ocho años que se había sentado frente a él a la mesa y le había aguantado la mirada mientras le hablaba del futuro, de las vidas sin elección. Pero Fiona parecía, en cierto modo, más apaciguada, más tranquila, más callada. Dormía más y discutía menos, y era evidente que Margot la quería.

Nunca le contaron a Fiona de dónde había venido Margot. Ni a Margot tampoco. Durante un paseo bien entrada la noche, convinieron en que no habrían soportado causarle tal sufrimiento.

Viniera de donde viniera, de quien viniera, ahora era su hija.

EL RÍO

Los cuervos se concentraban en los árboles del pedregal y luego se separaban como las piezas de un puzle. Mientras no tuviera que huir, a Margot no le costaba imaginarse la vida allí, en un nuevo cuerpo que pudiera habitar. Sería su hija o, no, la hija de su hermana; su madre estaba muerta; se quedaría hasta que fuera lo bastante mayor para marcharse. E, incluso entonces, lo visitaría; lo ayudaría. Los días seguirían siendo así, lentos, sencillos. Él le enseñaría a cocinar y a tallar anzuelos, a pescar con ellos. Puede que un día hasta movieran el barco. Él le enseñaría a pilotarlo y, cuando se cansaran de vivir a la sombra de la fábrica y del pueblo, se irían de allí. ¿Cómo renuncia alguien a todo lo que conoce? Reemplazándolo por otra cosa. Él la llamaba *hijo* o *muchacho*, y ella pensaba: tal vez, ¿por qué no?

Le contó que su hija había nacido en el barco, que la había tenido en sus brazos y la había estrechado contra su cara, aquella cosita húmeda como recién salida del agua del mar. Una hija. Su primogénita. Como siempre había soñado. Y que la niña lo había enfocado con los ojos y la carita arrugada en señal de concentración. El pelo le creció rápido, del color de la hierba seca; su cuerpo se alargó, engordó. Las bolitas de sus manos, su coquito. Un día se despertó y ya no estaba. Ninguna de las dos, ni la niña ni la madre. Habría creído que nunca habían existido si no fuera por lo que se habían dejado: unos calcetincitos, el nido de mantas en el cajón donde la cría había dormido. Lo que se habían dejado: todas las palabras que la niña nunca había aprendido a decir; todas las conversaciones que nunca habían tenido.

Los dos días se convirtieron en tres. Comían tortitas o huevos para desayunar. Él trabajaba en el anzuelo, que, según no dejaba de repetir, era para atrapar cosas más grandes. Ella cavilaba sobre los libros que él le daba o se sentaba a verlo pescar. Reinaba la calma.

Las noches eran distintas. Las noches eran marañas de *lo que podría haber sido*, de horribles posibilidades. Seguía estando demasiado nerviosa para dormir en el barco, así que había montado la tienda en el camino de sirga y cada mañana la desmontaba para despejar el paso. Las piedras del suelo se le clavaban en la espalda. Durante tres noches seguidas se despertó antes del amanecer. Oía una respiración pesada al otro lado de la tienda, un movimiento en el camino o en la orilla. Permanecía tumbada tan inmóvil que ni siquiera se daba cuenta de que se había mordido la cara interna de las mejillas hasta que volvía a hacerse el silencio, hasta que eso que, fuera lo que fuera, había estado allí se marchaba.

Yo también los he oído, dijo él cuando, vacilante, le habló de los ruidos. Creí que era un tejón o un zorro. Se meten en la basura. Pero no lo sé. Puede que no. La gente va diciendo por ahí que hay algo en el agua que no estaba antes. Se sacó el anzuelo del bolsillo y lo levantó. Creo

que tiene manos humanas y boca de pez.

Ella pensó que era el ladrón del canal. Esa criatura que vivía en el agua y merodeaba por la tierra. La había seguido río arriba. Cerró los ojos y, en la tenue claridad, vio algo con escamas moviéndose por la oscuridad del fondo de los canales. No tenía manos humanas, pero, de haberse puesto en pie, habría sido tan alto como un hombre, y era listo y robaba lo que quería. Con los ojos cerrados, vio que el ladrón del canal tenía la cara de Fiona.

La cuarta noche volvió a despertarse. Se incorporó. Había agua en el interior de la tienda, una capa en las paredes que le mojó los brazos al rozarlas. Captó un movimiento fuera, algo apenas perceptible. Se tapó los oídos con la manta para bloquearlo. No quería saber qué era. Los laterales de la tienda se movieron, temblaron. El viento, probablemente. Pero entonces estalló un trueno. Oyó que algo se movía en el techo de madera del barco. Echó mano de lo primero que pilló —la bolsa de las estacas sobrantes de la tienda—, bajó la cremallera y salió de rodillas al barro. Se oyó un maullido. La idea de que Charlie estaba a bordo, ciego, solo, le infundió un valor que nunca había tenido. Se subió a la cubierta de madera, abrió la doble portezuela batiente, bajó los tres escalones y se cayó despatarrada. La bolsa de las estacas se alejó rodando por el suelo de madera. Oyó un grito, una rotura. Llegaba un poco de luz de las farolas de la carretera, pero no la suficiente para ver con claridad. Sólo entreveía destellos de movimiento. Sintió que su boca se ensanchaba y se dio cuenta de que ella también estaba gritando. Estaba allí. El ladrón del canal. Algo se le echó encima, algo carnoso, con unos dedos que se le enredaron dolorosamente en el pelo.

Largo de aquí, cabrón, gritó alguien. La apartaron de un empujón y aterrizó a plomo en el suelo. Había una cara iluminada junto a la ventana, unos brazos largos como cables de alta tensión, alzados, una boca impaciente y unos ojos ciegos y frenéticos. Margot levantó las manos y rodó, pero no logró cogerle los pies, que pasaron retumbando. Escudriñó la oscuridad tras él en busca de lo que debía de haber allí, de lo que había oído. Pero no había nada. El ladrón del canal no estaba.

Largo, gritó él. No te acerques. Se iba chocando con las paredes y se la sacudía de encima cada vez que ella se acercaba lo suficiente para golpear.

No pasa nada, dijo ella, y él siguió su voz, la tiró al suelo, la siguió con las manos extendidas y le clavó los pulgares en la garganta. Ella abrió la boca para decirle que no era quien creía que era; que no era el ladrón del canal. Abrió la boca para decirle que no podía respirar, pero no le quedaba aliento ni para eso. Manoteó hacia abajo, forcejeando en busca de un asidero, pero no encontró nada. La vista empezaba a nublársele como si tuviera encima una capa de tierra. Sus dedos tanteantes tocaron algo, lo aferró y, sin pensar, golpeó con todas sus fuerzas hacia el sitio donde creía que se encontraba.

Margot oía su propio pulso. Tenía un aliento caliente y doloroso en la boca y en el pecho. Sus manos también estaban calientes y húmedas. Yació quieta. Reinaba el silencio. Olía a las patatas encebolladas que Charlie había cocinado hacía un rato. La luz que se colaba por las ventanas revelaba trocitos del barco. ¿Qué había ocurrido? Estaba durmiendo cuando oyó un ruido. Su laguna mental sobre lo que sucedió después la asustaba. Notaba un peso sobre las piernas. Encontró el tirador de un armario y se incorporó. Cuando volvió a colocar la mano en el suelo, ésta aterrizó sobre algo afilado, metálico. La bolsa de las estacas de la tienda estaba abierta. Se

llevó la mano a la boca y la notó cálida y salada. El peso sobre sus piernas era Charlie. Cuando sacó las piernas de debajo, él se desplomó a un lado. Tenía los ojos abiertos como siempre y el blanco recubierto por aquella película propia de los viejos carretes de fotografía. Sintió que el pánico crecía en su interior, turbulento, insoportable. Le tocó la cara, las muñecas desnudas. Ya se estaba enfriando. Presionó su delgado pecho con los puños. Él no respondió. Sintió que los brazos le pesaban demasiado. Apretó la boca contra la suya e intentó insuflarle aquel indómito aire como había visto hacer en la televisión. El chorro de sangre que le salió por la nariz le hizo pensar que todavía estaba vivo. Volvió a ponerle las manos en el pecho y a apretar varias veces. No lo entendía. Se oían pasar los coches por las carreteras cercanas, la sirena de la fábrica, las voces de los residentes de los otros barcos. Intentó no mirarlo directamente, pero no pudo evitar que sus ojos reparasen en algo: el tono púrpura de su piel, el calcetín medio salido que llevaba en un pie...

Al final se obligó a levantarse, cerró las cortinas, echó la llave a la puerta, se dirigió a uno de los armarios y se comió una lata de judías que encontró allí. Cogió una manta del dormitorio y cubrió con ella el cuerpo. Se equivocaba al pensar que aquello lo haría todo más fácil: sólo sirvió para hacerle pensar que seguía vivo.

En algún momento debió de quedarse dormida, porque todo estaba más oscuro y no se había dado cuenta del cambio. El barco se mecía contra la orilla como si otra embarcación acabara de pasar. Charlie estaba debajo de la manta. Estaba muerto, admitió por primera vez. Cuando se puso de pie, vio la punta de la estaca en el suelo a su lado y recordó con claridad lo que había pasado: sus manos tanteando por todas partes, el tacto del metal, el modo en que lo había alzado y se lo había estampado en la cabeza. Se apretó las mejillas con las manos. Pasó otro rato sin que se diera cuenta. Cuando volvió a levantar la vista, todo estaba tan tranquilo fuera que podrían haber soltado amarras y haber dejado que el agua los alejara de la ciudad. Se incorporó, abrió las puertas, salió y las cerró bien. El aire olía a goma quemada y las farolas de unas calles más allá ya se habían apagado; el camino y el agua se fundían en negro. Se quedó esperando a ver si alguien se le acercaba, pero no se produjo ningún sonido ni movimiento.

Era puro instinto de supervivencia. Más tarde lo recordaría y se sorprendería por ello. Se agachó en el sendero y buscó a ciegas unas piedras que acarreó en el jersey. De nuevo a bordo, rodeó lentamente el cuerpo tratando de no tocar la piel y le introdujo las piedras en los bolsillos del batín amarillento que llevaba. Pesaba más de lo que aparentaba, y se arrepintió de no haber metido las piedras después. Demasiado tarde. Lo cogió por las axilas: aquellos ojos desorbitados, el olor de su pelo en la cara. Lo subió al primer escalón y entonces flaqueó. Notaba su piel pastosa entre las manos. Abrió la puerta de un empujón y lo sacó a la pequeña cubierta, donde se detuvo jadeante en medio del frío. Lo cargó sobre la borda, esperó un momento y lo dejó caer.

TRES

AQUÍ HACE MAL TIEMPO

LA CASITA

Me dices que te aburres como una ostra, que no te puedo tener encerrada, que necesitas salir de la casa.

Enciendo el hervidor, señalo la puerta. No estás encerrada, vete.

Eso no es lo que quiero decir. Vayamos a algún sitio. Madre e hija de paseo. De excursión.

No sé si estás de broma o no, pero entonces te levantas y veo que has encontrado y llenado un viejo bolso que compré hace años y que nunca he usado. Te has puesto una falda que te ciñe demasiado las caderas y el trasero. Llevo casi un mes sin ir a la oficina, desde el día previo a mi visita a la morgue y mi consiguiente búsqueda. Es hora de que vuelva. Día de *lleva a tu madre chiflada al trabajo*.

Vale, digo, y se te ilumina la cara.

¿Adónde vamos?, me preguntas una vez y luego una segunda en el autobús. Escoges el asiento de la ventanilla, señalas a los viandantes o los coches aparcados. Salir de casa parece agravar los efectos y tus frases se salpican de errores o equívocos que yo, discretamente, corrijo. Me estoy convirtiendo en tu boca. El trayecto dura casi una hora y tú no paras de hablar: lo mismo me coges la mano que me apartas de un codazo refunfuñando. Tu modo de hablar posee cierto grado de innovación, un intento constante de ocultar o disimular imperfecciones. Te has traído, embutido en el bolso, uno de esos cuadernos en los que a las dos nos ha dado por escribir, y te observo mientras intentas dibujar de vez en cuando la imagen de una palabra que se te resiste. Rechazas mi ayuda. Chasqueas la lengua si intento rellenar una pausa o interpretar un dibujo. Cállate, me dices, cállate. No somos amigas: eres mi madre. No me está permitido compadecerte.

Nos bajamos del autobús y caminamos hacia la oficina. Son las vacaciones de verano y las calles están atestadas de cuerpos. Te alejas de mi lado como una flecha y te metes en alguna quetería o librería. Señalas y murmuras comentarios burlones sobre todo aquel con el que nos cruzamos. Mira qué sombrero, menudo sombrero. Según tú, ¿qué es eso, una falda o un cinturón? Por un momento, somos conspiradoras, igual que en el río. Tu atención es como la luz de un faro. Me quedo paralizada en su haz. Pienso en lo que debió de ser tropezarse con nosotras como lo hizo Marcus. Éramos las reinas y señoras del lugar. Hacíamos lo que nos daba la real gana. Eras una pequeña deidad, una diosa discreta. No me extraña que fuéramos capaces de crear lo que creamos. No me extraña que viéramos al Bonak por la noche.

Me acuerdo de los días en que Marcus durmió en nuestro barco, arrebujado en las mantas, tan cerca que sentía su aliento caliente en la cara, que veía sus ojos moverse bajo los párpados. Tú dormías como un tronco, pero él tenía pesadillas que lo hacían revolverse en el colchón, darse

golpes contra las paredes, decir cosas sin sentido que yo escuchaba despierta. Durmió allí tantas noches, creo, que llegamos a adquirir una especie de rutina diaria. Por las mañanas, tú salías a los escalones del barco con un cigarrillo y una taza de café: *el desayuno de las putas*, lo llamabas. Él salía lentamente de la pesadilla que hubiera tenido esa noche como un marinero sale de una tempestad. ¿Qué has soñado?, le preguntaba yo, pero él nunca se acordaba. Tú apagabas la colilla y estirabas en alto tus blancos brazos. Veía que Marcus desviaba la mirada hacia ti.

La fachada de la oficina es imponente, de piedra blanca, con una verja alta y amplias ventanas. Te paras en medio de la calle empedrada y la señalas.

¿Aquí es donde trabajas?

Sí, respondo, y me siento momentáneamente orgullosa hasta que reparo en tu sonrisilla de suficiencia y caigo en la cuenta de que te estás burlando de mí.

Subimos a mi planta. Me preocupa que te pongas a gritar, a armar follón, que eches a correr.

Aquí estate calladita, te digo.

Tú me miras y dibujas una línea en tus labios con los dedos. Entramos en la oficina y nos dirigimos a mi mesa: está tal cual la dejé, con las fichas amarillas desplegadas, los bolígrafos en el portalápices, la bandeja de tareas pendientes a rebosar. No tengo ni fotos ni postales. Abres los cajones y curioseas dentro. Veo que tus labios se mueven, pero de ellos no sale palabra alguna. Por encima de los cubículos veo que Jennifer, mi jefa, me saluda. Cuando llegamos hasta ella, hace amago de abrazarme, pero la cosa queda en nada. Los lexicógrafos rara vez se abrazan.

¿Quién es?, pregunta, tendiéndote la mano. Durante un horrible instante, me pregunto si debería mentir. Es mi amiga, la tarada de mi tía, una mujer a la que estoy cuidando: cualquier cosa menos la intimidad de esa palabra. Pero tú intervienes, entrelazas un brazo con el mío, me acercas de un tirón tan fuerte que nuestros zapatos chocan y le tiendes la otra mano a Jennifer.

Soy su madre. Me llamo Sarah.

Le digo a Jennifer que siento haberme ausentado tantos días.

Tómate todo el tiempo que necesites.

La compasión de los demás no tiene límites. Le doy las gracias, le pregunto cómo ha ido todo en mi ausencia. Cuando me doy media vuelta, has desaparecido. Recorro la oficina de arriba abajo buscándote. La moqueta está desgastada por pasos diligentes. Algunos de los paneles del techo están descolocados, igual que en mi sueño. No grito tu nombre. Miro por las esquinas y debajo de las mesas, en el baño: ni rastro. Subo y bajo. Te he vuelto a perder. ¿Para eso era para lo que querías salir? Desapareces con una facilidad pasmosa. Siento ya un profundo desconsuelo en el vientre. Me has contado muy poco, me has explicado muy poco. Nunca entenderé lo que pasó. Me doy cuenta —con una fuerte punzada— de que, si te marcharas, te echaría de menos, de que esta vez sería más duro.

Te oigo antes de verte. Estás llorando, exhausta, echada sobre mi mesa. Un becario merodea a tu alrededor abriendo y cerrando las manos. Le hago un gesto para que se vaya.

¿Qué te pasa?, digo.

Estoy furiosa contigo. Te agarro del brazo e intento levantarte, pero tú te aferras a la mesa, te pones a dar patadas. Arramblas con las fichas y las arrugas. Por encima de los cubículos empiezan a asomar algunas cabezas, se oyen sillas que se retiran. Entre tus dedos apretados veo un par de frases relacionadas con la palabra en la que estaba trabajando antes de irme. «Hacer una abertura en un cuerpo o causarla hiriéndolo / ~ *aguas una parturienta*: sufrir la rotura de la

bolsa que envuelve al feto.» Las rompes y, cuando vuelvo a acercarme, te las embutes en la boca, te las tragas, toses y escupes tiras de papel amarillo. El becario tiene la boca abierta como un pez. Veo que Jennifer viene hacia nosotras a cámara lenta, que echa a correr. Te comes el último trozo y, de repente, pareces calmarte. Las lágrimas surcan el polvo de la ciudad que se ha posado en tus mejillas. Te observo mientras te metes en el bolsillo la perforadora de mi mesa y, a continuación, te das media vuelta y me tiendes una mano, que yo cojo sin saber qué otra cosa hacer.

No pasa nada, le digo al becario, a Jennifer y a los demás. No pasa nada.

Volvemos a las escaleras y bajamos. Yo estoy temblorosa, pero tú estás serena, casi radiante; te limpias la saliva de la comisura de la boca, me das palmaditas en el hombro.

¿Qué estabas haciendo?, te pregunto. ¿Qué estabas haciendo?

No me acordaba de esa palabra. Pero ahora sí.

Me detengo y tú te me adelantas, resuelta, accionando los brazos con energía. Tu lógica tiene algo infantil: te embutes la palabra escrita entre los dientes, estiras la lengua para alcanzarla. Igual que cuando estábamos en el río y nos comíamos el corazón de un animal para robarle su fuerza.

Sin venir a cuento, recuerdo el día en que un hombre con una camiseta de un púrpura vivo me abordó en una estación de tren con un trozo de papel en el que quería que le escribiera mis datos. Me puso una naranja grande en la mano abierta y me contó que ésa era la cantidad de cerebro que una persona perdía cuando padecía Alzheimer. Reflexioné sobre ello. A ti te faltaba un trozo de cerebro del tamaño de una naranja.

De repente nos entra a las dos un hambre canina. Damos vueltas por el supermercado llenando un carrito de la compra sin ton ni son. Te veo echar un pollo entero y no digo nada. Tu lenguaje se deteriora sin ningún viso de remedio. Juntas frases, señalas el pan y lo llamas huevos, pareces estar borracha, de tu boca escapan sonidos en forma de explosiones eléctricas. Hablas de ti en tercera persona y pareces haber perdido la letra eme por completo.

Me has asustado, te digo en el pasillo de los congelados. Me has hecho pasar vergüenza.

Tú me miras sin pestañear. Tienes los brazos llenos de helados y de rollitos de salchicha congelados. Tus ojos son del mismo color que los míos, de ese gris despiadado de *aquí no se hacen prisioneros*.

Pero te quiero, me dices.

No sé qué responder a eso.

LA BÚSQUEDA

Septiembre. El cumpleaños de Roger. Corría 1997. Margot tenía dieciséis primaveras y, a comienzos de año, había observado el sol superponerse a la luna y oscurecerla.

Fiona se había puesto un delantal y había cocinado guiso de cordero con plátanos y chocolate; maldecía e iba de acá para allá por la cocina trasteando con sartenes, sudando por las axilas hasta formar cercos en su vestido de seda. Al final se dio por vencida, pidió comida a domicilio.

Margot decoraba, se movía de manera estoica: colocó las perlas de Fiona en los rieles de las cortinas, encendió velas por toda la repisa de la chimenea. Se tomó media copa de vino. Roger recordaba el color de su tez, las castañas de Indias que había cogido y le había pintado, envuelto y dejado donde pudiera encontrarlas. Siempre recordaría su aspecto, como si hubiera perdido la capacidad de envejecer y se conservara como aquella noche: el pelo recogido y la cara despejada, su característica nariz recta, sus pobladas cejas arrugadas de concentración.

Laura era quien mejor recordaba a Fiona aquella noche: estaba más callada que de costumbre, no paraba de ir al baño, se cambió de ropa un par de veces, se acercaba a la ventana y se quedaba mirando pensativa al fondo del jardín. Una vez, incluso, salió por la puerta trasera y se plantó delante del pequeño cobertizo verde. Ahora Laura la evocaba sabedora de lo que haría después: recordaba que se bebió el último trago de vino de la botella sin ofrecérselo a los demás, que trastabilló un poco cuando recogió los platos y los llevó al fregadero. Había pedido comida china para todos y los rollitos de primavera la habían decepcionado. No están crujientes, había dicho, y luego lo repitió. No están bien.

¿Y qué?, dijo Roger riendo, un poco borracho. ¿A quién le importan los rollitos de primavera?

Y, durante un segundo, proyectando la mandíbula, ella le dedicó tal mirada que Roger se reclinó en la silla, sorprendido, y los demás se quedaron mudos. Tienes razón, dijo, sacudiendo ambos brazos como para quitarle importancia y sonriendo de oreja a oreja, ¿a quién le importan los rollitos de primavera? Tienes razón, viejo. Toda la razón.

El domingo la resaca los tuvo en la cama. Laura se levantó tarde y bajó a la cocina a preparar té. Puso cuatro tazas en una bandeja, dejó la de Fiona en la puerta de su habitación y fue a ver a Margot. La cama estaba hecha y, cuando se fijó, notó que algunas cosas habían desaparecido: un jersey, las botas de senderismo. El pánico todavía no se apoderó de ella, pero faltaba poco. Se había marchado. No la habían raptado —como Laura había visto en largas y enrevesadas pesadillas—, sino que se había ido. Por voluntad propia.

Al rememorar aquella noche, no podían evitar preguntarse qué habría ocurrido si hubieran hecho las cosas de otro modo: si no hubieran bebido tanto; si el día siguiente hubiera sido uno de los que Laura trabajaba en la escuela, se levantaba temprano y esperaba a que el hervidor calentara el agua en la cocina helada; si Roger hubiera bajado a comprobar que las puertas estaban echadas con llave como hacía normalmente.

*

Perdonar, dijo Laura, no era algo que estuviera en su mano. El perdón no llegaba hasta que una persona estaba tan cansada que no le quedaba más remedio que otorgarlo.

Roger había ido a buscarla por el pueblo; había vuelto con los dedos azules de frío y la boca convertida en una mancha púrpura. Laura registró la habitación de Margot en busca de algún tipo de pista, un mensaje o un código secreto que significase que no había querido marcharse, que volvería pronto. Fiona bebía café sentada a la mesa. Llevaba las botas y el abrigo puestos, pero no se había levantado a ayudar ni había hablado por teléfono con la policía. Aún conservaba el pintalabios de la noche anterior.

¿La has visto?, le preguntó Roger. ¿La has oído marcharse?

Yo sabía algo, terminó respondiendo. Sabía una cosa. Era como levantarse demasiado rápido y marearse, dijo.

Fiona sabía una cosa y se la había contado a Margot.

¿Qué?, le preguntó Laura. ¿Qué le has contado?

Fiona cerró los ojos. Roger vio que estaba llorando y le entró tanto miedo que apenas podía hablar. Le dije que tenía que marcharse, agregó Fiona al fin. Le dije que se fuera.

Pegaron fotos en las farolas, en los escaparates de las tiendas, en los parabrisas de los coches. Salieron en las noticias locales. Roger caminó sin descanso en busca de algo que nadie salvo él fuera capaz de ver. Laura peinó las carreteras en coche, paró en estaciones de servicio, mostró la foto de Margot, esperaba ver una figura en el arcén haciendo autostop ante los coches que pasaban a toda velocidad. Cuando llegó a casa, entró en la habitación de Fiona y la registró. La mujer era ordenada: la cama hecha, una pequeña estantería de libros en una pared, meticulosas filas de artículos de aseo personal. Introdujo las manos por debajo del colchón, le dio la vuelta, tiró los libros al suelo y los sacudió, inspeccionó la ropa del armario. Pasaron toda la mañana presionando a Fiona para que les contase lo que le había dicho a Margot, pero ella se negó y su habitación tampoco revelaba nada. No había nada que les ofreciera una pista. Laura lo metió todo en bolsas y las dejó en la acera. Por la mañana, Fiona se había marchado.

Fueron a terapia de grupo para gente cuyos hijos habían decidido irse de casa. Roger asistió a unas cuantas reuniones de gente cuyos hijos habían muerto, pero eso no era lo mismo y él lo sabía. Allí era un impostor. Su hija no había querido quedarse con ellos. En realidad, ni siquiera había llegado a pertenecerles.

Laura trabajaba para evitar pensar: dirigía actividades extraescolares, hizo un curso de capacitación pedagógica para poder dar clases a jornada completa, se iba a una cafetería después del trabajo y se sentaba cerca de la ventana a corregir.

A Roger le dio por la bebida. Empezó con la cerveza. No bebía en pubs ni delante de la

gente: bebía en el baño o se llevaba latas en los bolsillos del abrigo cuando salía a pasear. Luego se pasó a todo lo que una persona se podía pasar. Los días no eran días, sino espacios en blanco entre las horas de sueño. Se acordó de cuando Margot era más pequeña y le habló con total convencimiento acerca de la falta de elección, del determinismo. Y se la imaginó —quizá eso fuera lo peor— yendo por ahí convencida de que no tenía otra alternativa, que su destino siempre había sido abandonarlos. No podía soportarlo. Prefería pasar los días bebiendo para no pensar eso un solo momento.

Finalmente, Fiona regresó. Habían transcurrido varios años, largos, lastrados al principio por el alcoholismo de Roger y los infructuosos intentos de tener hijos. Había habido un aborto y un accidente de coche en el que Roger iba borracho. Laura había pasado seis meses viviendo en otro sitio. También había habido paz, un lento retorno a la dosis de felicidad justa para no dejarse el uno al otro. Cuando Fiona volvió a aparecer, a los siete años o así, habían adoptado a dos de los cuatro hijos que luego tendrían. Roger había atravesado precarios periodos de sobriedad, pero había vuelto a la bebida. Por la noche o bien entrada la madrugada, enterraba las latas o las botellas en los arriates de las flores y recobraba la sobriedad con la cara pegada en la hierba fría. Cuando bebía, tenía visiones: había visto a Margot salir trepando de la tierra revuelta, había oído voces que sabía que no existían. Esa noche había visto luces por la ventana del cobertizo, había buscado un arma, sólo disponía de la botella de la que estaba bebiendo, la había levantado, había abierto la puerta de un tirón. Nunca habían llegado a usar mucho el cobertizo y llevaba años lleno de sillas de jardín rotas, un viejo cortacésped y cajas con adornos de Navidad. Alguien lo había ordenado todo en pilas y había metido una de las tumbonas del jardín, que estaba tapada con una manta. Fiona estaba acucillada en mitad del cobertizo. Roger se aferró al marco de la puerta y alzó aún más la botella. Fiona tenía peor aspecto que nunca, según contó. Había momentos en que lo miraba a los ojos, pero la mayor parte del tiempo apartaba de él la mirada o la dirigía al techo. Estaba en los huesos y, cuando se pasó una mano distraída por el pelo, éste se le cayó a mechones. Hubo un momento, admitió, en que pensó en asestarle un botellazo, aunque, si lo hacía, nunca descubriría el paradero de Margot.

Le guardó el secreto durante casi un mes, le pasaba a escondidas tostadas sin nada y cuencos de pasta, la observaba engullir la comida sin respirar. Ella se tiró un tiempo sin pronunciar palabra, se limitaba a mirarlo, a comer lo que le traía, a dormir en la tumbona. De vez en cuando él la interrogaba, le exigía respuestas, le gritaba. De vez en cuando le suplicaba. Ella no soltaba prenda. A veces se acordaba de las postales que solía escribirles cuando estaba de viaje: «Aquí hace mal tiempo». El susurro que emitían al aterrizar en la alfombrilla, el rato que dedicaba a leerlas mientras se bebía el primer café del día. Cuando finalmente se lo contó a Laura, creyó que iba a ponerlos a los dos de patitas en la calle, que iba a cambiar las cerraduras. Pero ambos entendieron que sólo había una persona en el mundo capaz de saber dónde se encontraba Margot y que esa persona estaba viviendo en el cobertizo del fondo de su jardín.

EL RÍO

Puentes bajos de piedra sobre el agua, casas apiñadas, riberas desmoronadas. Margot se agazapó a la sombra de un arbusto y observó a un grupo de agentes de policía con sobrepeso que hablaban con los viandantes que pasaban por el camino de sirga. Tenían salpicones de barro en la raya planchada de los pantalones. Se los imaginó reunidos en torno al barco, con la cara pálida pegada a las ventanas. Temía que reanudaran la marcha por el sendero en su dirección, la levantarán por debajo de los brazos y le anunciarán que habían encontrado un cadáver y que sabían que ella era la culpable. Se había llevado el libro de acertijos del barco, lo encontrarían en su mochila y entonces no habría duda. Se desataba y volvía a atarse los cordones del zapato izquierdo. Uno de los agentes tiró varios guijarros al río de una patada y observó cómo se hundían. Ella cerró los ojos. Se acordó de que Charlie la había llamado *chico* o *hijo*; de que había decidido sin el menor atisbo de duda que no era una chica. Se acordó de la gente de los demás barcos, que debían de haberla visto bajar los escalones o sentarse con Charlie en el techo de la embarcación. Pensó en cómo sacarían del río el cadáver —pesado por el agua y los hierbajos—, en las cuerdas que le atarían, en las poleas. Cuando abrió los ojos, los policías habían abandonado el sendero y se habían metido en los coches que tenían aparcados en la carretera; los transeúntes habían desaparecido. Se levantó y continuó su camino.

Un recuerdo. Cuando Fiona vivía en la casa de al lado, Margot iba allí a desayunar y, después de que ambas hubieran comido tostadas con mantequilla de cacahuete y plátano, la observaba afeitarse. La cuchilla se deslizaba hábilmente por la piel y raspaba el vello, que oscurecía el lavabo mientras Fiona la contemplaba desde el espejo. Cada vez más oscuro, decía. Cada vez más grueso.

Llegó a un astillero donde había viejos remolcadores fuera del agua que iban a ser pintados y gabarras de alquiler almacenadas hasta después del invierno. Había una tiendecita en el muelle delante de la cual se plantó. Tenía un hambre atroz. Entró. Vendían enormes barriles de aceite para barcos, sacos de patatas llenas de tierra, mapas plegados del río.

En el tablón de anuncios vio el cartel de un gato desaparecido y se acercó a mirar. Había siete u ocho carteles parecidos pinchados alrededor, en su mayoría de perros y gatos que habían desaparecido de los barcos o de los pisos que daban a éstos, pero también uno de una cabra que había estado viviendo en una parcela cercana. Cogió una cesta e hizo una compra frugal, aunque luego volvió a poner en su sitio la mitad de los artículos que había elegido.

Además de pan, mermelada y una botella de agua, compró un rollo de film transparente, un

paquete de cuchillas de afeitar y unas tijeras. Cuando salió de la tienda, volvió a mirar los carteles de los animales desaparecidos. ¿Dónde estaban? Se habían ido, pensó, habían desaparecido en plena noche igual que ella, igual que Charlie. En el sendero se comió cuatro rebanadas de pan presa de un pánico famélico y siguió caminando.

*

Al dormirse aquella noche, el hombre al que había matado se le apareció en sueños y fue incapaz de sacárselo de la cabeza. Al día siguiente también estaba allí, lo veía con los ojos cerrados: su cara aparecía de repente y luego se iba atenuando igual que el resplandor de una bombilla al apagarse. Cuando lo veía, ya no estaba ciego ni muerto. También era más joven, las arrugas habían desaparecido de su cara y le tendía una mano.

Había decidido lo que iba a hacer y no había vuelta atrás. Era más fácil para un chico. Eso no hacía falta que se lo dijeran. Como no tenía espejo, se sirvió de su reflejo en el río. Tenía pelusilla rubia encima del labio y en la barbilla. Se la afeitó, se dejó la cara suave y colorada. Tenía el pelo largo, como le gustaba a su padre, por debajo de los hombros, lacio. Se lo cortó y se lo dejó lleno de trasquilones. El problema era que, incluso con la camiseta ancha, se notaba a la legua lo que había debajo. No es que fueran grandes ni redondos, pero allí estaban: inevitables. Se quitó la camiseta en un arranque de pánico. El aire estaba tan frío que encogió la barriga, se le cortó la respiración. Se envolvió el pecho con el film transparente; luego se dio una segunda vuelta y una tercera.

Continuó la marcha. Había una amarra tensa atada a un barco medio hundido. Si se concentraba, era capaz de evadirse. Tenía cuatro años y giraba y giraba en el jardín, con los brazos abiertos, mientras fragmentos de mundo hacían lo propio a su alrededor. Tenía diez y enterraba los mensajes del vecino en el suelo. Tenía catorce y le quitaba los chiles a la masa de la tarta de Fiona conforme ésta los iba echando. Tenía dieciséis y ya no era la persona que había sido. Tenía dieciséis y necesitaba un nombre nuevo.

LA BÚSQUEDA

Por la mañana todos hicieron cola para ponerse los zapatos en la puerta. Roger me dijo que iban a salir al parque y que cogiera lo que quisiera de la nevera. Laura me pidió que fregara los platos. Todo se sumió en un silencio sepulcral cuando se marcharon. Miré por la ventana. El jardín era largo y estrecho, y el cobertizo quedaba al fondo. Corté pequeñas lascas de una cuña de queso y se las di a *Nut*. Creí oírte hablar con calma detrás de mí. «Tenemos que atraparlo —me decías—, vamos a atraparlo.»

¿Qué es lo que vamos a atrapar?, pregunté, pero no obtuve respuesta.

Di una vuelta por la casa y encontré el teléfono. Era uno de esos modelos antiguos con dial en lugar de botones. Marqué el número de la oficina.

¿Gretel? Era la mujer que llevaba el departamento del diccionario. Se llamaba Jennifer y siempre tenía pinta de agobiada.

Siento no haber llamado antes, dije. Me ha surgido una emergencia y voy a tener que tomarme un par de días más.

Al otro lado del teléfono se hizo el silencio.

¿Te parece bien? Oía su respiración. ¿Jennifer? Sólo serán unos días.

Había un mensaje para ti, dijo al fin. Te envié un email. Alguien llamó de madrugada cuando no había nadie y dejó un mensaje en el contestador.

¿Quién?

No lo sé. Llamé al número, pero era una cabina de teléfono. Creí que por eso llamabas.

¿Me lo puedes poner?

Claro. Seguro que es una broma. Una chiquillada. Ya sabes. Espera, que te lo pongo.

Se oyó un golpetazo cuando pegó el auricular del teléfono al contestador y luego el sonido de la voz automatizada que contaba los mensajes, los pitidos a medida que avanzaba hasta el mensaje en cuestión, el ruido blanco cuando éste comenzó.

Al principio lo único que se oía era un ruido de fondo amortiguado procedente del exterior de la cabina: el motor de un coche o un camión, unos pasos en la acera, un repiqueteo como de lluvia o de gravilla bajo las ruedas. Luego se produjo un silencio tan prolongado que creí que Jennifer debía de haber cometido un error, que había apagado el contestador o había alejado el auricular. Abrí la boca para pronunciar su nombre y entonces tu voz me habló al oído.

Gretel, dijiste. Gretel. Me he perdido.

Nut estaba en el jardín haciendo agujeros, pero, en cuanto me vio, salió de uno de ellos y se

sacudió. Bajo la hierba abrasada, la tierra estaba dura. Había carteles de racionamiento de agua por todo el vecindario, pero se oían aspersores desde varias direcciones. Había preparado mi maleta, había encontrado las llaves y había salido corriendo hasta el coche antes de darme cuenta de que seguía sin saber dónde estabas. Ni siquiera tú, al parecer, lo sabías. Me dirigí al cobertizo y aporreé la puerta con ambos puños, grité una y otra vez hasta que la abrieron de par en par. Incluso entonces seguí gritando, con los brazos en alto y la cabeza echada hacia atrás. Cuando abrí los ojos y la vi, supe que estaba aterrorizada por mi culpa. Bien, pensé, me alegro de que así sea, me alegro de que estés asustada.

Fiona no me permitió franquear el umbral, me trajo un vaso de agua turbia que fingí beber. Tenía unas muñecas diminutas. Había una cama individual con mantas y un hornillo de gas con una sartén. Una pila de latas de judías descoloridas en el rincón. Nada más. Ella tenía pinta de haber estado gateando por una mina, de haber escarbado para salir, de haber padecido falta de luz. No era alta, sino que estaba encorvada. Parecía una de esas viejas que apostaban a los caballos en la tienda de la esquina al salir del trabajo. No habría podido sacarle los ojos de las cuencas de haberle metido los dedos e intentado arrancárselos. Tenía un vello hirsuto y oscuro en el labio superior, en el entrecejo y en el mentón. El cobertizo olía a ella, a cerrado. No a sucio, sino a recargado. Me pregunté si utilizaría la manguera de fuera para ducharse por la noche — como hacíamos nosotras en el río — y si los niños la observarían por la ventana mientras ella se echaba agua fría en la cara vuelta al cielo. O si, tal vez, se colaría en la casa descalza dejando huellas embarradas cuando todo el mundo estaba acostado, se lavaría en el fregadero y arramblaría con todo lo caducado que encontrara en la nevera. No parecía hambrienta, sólo dispuesta a comerse lo que pillara. Conocía esa sensación.

Al verla, de repente comprendí por qué Marcus había estado tan obsesionado contigo. Por qué te había seguido como un perro faldero y había observado con interés cada uno de tus gestos, por qué te había escuchado con tanta atención cuando hablabas. Roger y Laura estaban en lo cierto cuando se refirieron a aquella profesora: Marcus se sentía atraído por las mujeres mayores y fuertes. Marcus había querido a Fiona y luego te quiso a ti, y para él nunca hubo otra posibilidad que no fuera ésa.

Conocí a Marcus, dije.

Yo no conozco a ningún Marcus.

Estaba escuálida. Recordé la llamada de teléfono, lo que la mujer de los establos había dicho sobre que apareciste y desapareciste. El tiempo se me agotaba; quería agarrarla por los hombros y zarandearla hasta que soltara todo lo que sabía.

Cuando la conociste se llamaba Margot y le dijiste que se marchara, continué. Poco después apareció donde yo vivía con mi madre en el río.

Me adentré un poco más en el cobertizo. Ella se colocó al otro lado de la cama, interponiéndola entre las dos, con los dientes apretados. Estaba empezando a comprender que pronunciar el nombre de Margot delante de ellos era como pronunciar el tuyo en mi presencia: ese fantasma sentado a mi mesa, devorando toda la comida. El pelo le clareaba por la coronilla y se le veía el cuero cabelludo.

Sólo quiero saber lo que pasó. Me di cuenta de que tenía las manos levantadas. Las bajé despacio.

¿Por qué?, me preguntó.

Porque puede ayudarme a encontrar a Marcus, a Margot. Necesito encontrarla.

¿Por qué?

Me la quedé mirando. Tenía algo en la cara que recordaba a una pared de ladrillo, enlucida, sin fisuras. Llevaba mucho tiempo guardando secretos.

Porque creo que mi madre puede estar en peligro, le respondí. Llevo sin verla dieciséis años, pero ahora necesito encontrarla y tal vez Marcus sepa dónde está. Tú cuéntame lo que le dijiste esa noche y ya está.

¿Se lo contarás a ellos? Su voz sonó tenue, infrutilizada. Giró dos dedos y me señaló, así que entendí que aquello era una amenaza.

¿Se lo contarás a ellos?, repitió.

No, no se lo contaré.

Me escrutó con la mirada. ¿Y qué gano yo con eso?, me preguntó.

¿Qué?

Nunca se lo he contado a nadie. He guardado el secreto. ¿Por qué iba a contártelo a ti? Necesito algo a cambio.

Me saqué el dinero que llevaba en el bolsillo, un par de billetes de veinte doblados, y se lo ofrecí.

Ella negó con la cabeza. ¿Y qué hago yo con eso?

No sé qué otra cosa puedo ofrecerte.

Lo mismo que yo. Quiero saber lo que ocurrió. Estaba un poco temblorosa.

¿Lo que ocurrió?

Cuando la conociste, cuando se quedó con vosotras, ¿qué le ocurrió?

No recuerdo mucho. Me obligué a olvidar todo lo que pude. Lo siento.

Ella no dijo nada. Yo inspiré hondo y le conté lo del río y lo del barco en el que había vivido contigo; lo de que Marcus apareció un día con su tienda y se quedó durante un mes. Una vez que empecé a hablar, caí en la cuenta de que recordaba más de lo que creía, de que los recuerdos habían ido brotando sin que me percatara. Le conté que jugábamos al Scrabble, que leíamos la enciclopedia y que fabricábamos móviles de viento y trampas. Que me enamoré de Marcus como una colegiala, devota, despreocupada. Le hablé de ti, de tus lecciones sacadas de la enciclopedia, de tu temperamento y de la obsesión que te entró aquel largo invierno. Teníamos miedo de algo, pero no recuerdo de qué, le dije.

Cuando terminé de hablar, me sentí exprimida, casi avergonzada. ¿Te has fijado en cómo tu silueta se interponía en todo lo que importaba, eclipsando a Marcus y casi, por poco, a mí? En cualquier caso, Fiona negó con la cabeza, insatisfecha.

¿Qué?

No es suficiente, soltó.

EL RÍO

Nuevas verdades. Se llamaba Ben, Jake o Matthew. Se llamaba Leonard y era un chico. Se llamaba Pierce, Johnny o Moses. Se llamaba Joe, David o Peter. No se había escapado de casa. No había conocido a ningún hombre llamado Charlie ni lo había matado. Se llamaba Aaron, Brad, Martin o Richard. Se llamaba Alastair, Jack o Harry.

El río hendía la tierra. Mal asunto. Caminó y caminó hasta caer rendida. Veía que la gente de los barcos amarrados o en movimiento se la quedaba mirando y comprendió que no parecía un chico. Era una cosa intermedia, indeterminada, a medio hacer. Parecía una chica que había matado a un hombre y que cargaría con eso —en los bolsillos, en las comisuras de la boca— el resto de su vida. Hundió la cabeza en el pecho, continuó con su ardua caminata. A veces la vereda estaba tan asilvestrada que tenía que abrirse camino y las zarzas le arañaban los brazos; el rojo de la sangre y las bayas contrastaba con el marrón de los arbustos.

Pasó por un pueblo en el que había chicos montados en bicicletas que gritaban y se llamaban los unos a los otros; corredores de muslos largos y musculosos ataviados con pantalones cortos verde fosforito; paseantes que ocultaban las mierdas de sus perros en los setos de una patada, que rebuscaban un chicle, el teléfono o las llaves en los bolsillos; ancianos con gorras que navegaban en sus barcos en los días cálidos y la saludaban con la cabeza mientras bebían café. Quería encontrar un cuerpo y un movimiento que le sentaran bien, pero ninguno de ellos la convencía.

Lo creó a fuerza de desearlo, desde dentro. Un chico con su cara y sus manos, un chico a cuya espalda se escondiera Margot. Un chico que no hubiera matado a un hombre. Un chico que no tuviera padres.

Copió la forma de andar de esos hombres, balanceando los brazos, pisando fuerte. Los observó con detenimiento, imitó la forma en que movían la boca, en que reían, en que hablaban. Trató de hacer que su cuerpo se comportara del mismo modo, trató de retorcerlo, de verlo desde fuera. Recordó la amenaza implícita de los pescadores, se acordó de cómo sonreía Roger o de cómo el niño de los vecinos había fruncido el ceño.

Por último, recordó al hombre del barco, a Charlie. Rememoró cómo se movía —un poco tambaleante, pero seguro— por la cocina para alcanzar cuchillos o dientes de ajo. Evocó su manera de hablar, los acertijos que habían salido de él. Cerró los ojos, movió las piernas, se imaginó el aspecto que Charlie habría tenido de joven, antes de quedarse ciego, cuando saltaba confiado desde el barco hasta la orilla. Sería, pensó, una especie de homenaje, una forma de disculparse. Se agachó y hundió las manos en la tierra húmeda. Sintió que Margot se iba. Se quedó sobrecogida en el sendero, en cuclillas. La invadió una pena inmensa y repentina por lo

que se iba, por lo que dejaba atrás, por aquello que jamás volvería a mencionar.

*

Se llamaba Marcus. No recordaba a sus padres. Viajaba por el canal. No se había encontrado ni había hablado con nadie. Le gustaba correr, pescar, los acertijos. Andaba como un chico, se paraba y escuchaba como un chico, hablaba como un chico.

Si bien antes podría haber quedado algún cabo suelto que lo delatara, ya no. Llevaba el film transparente bien apretado alrededor del pecho; el sudor se le acumulaba en los dobleces. Al pasarse la mano por la cara, le pareció notar que ya le estaba creciendo el vello, un poco hirsuto. Cogió una piedra e intentó hacer cabrillas en el río como creyó que haría un chico. Un chico no se preocuparía por lo que no veía en el agua. Un chico no se preocuparía por lo que había ocurrido en el barco. Un chico dormiría sin soñar con la cara serena y vigilante de Charlie que lo miraba desde el suelo. El frío no parecía fastidiarle tanto como antes. El hambre se había convertido en una amenaza lejana, enterrada en lo más profundo de su vientre. Un chico comería cuando se le presentara la oportunidad, de manera frugal, rigurosa. Un chico no se pondría a llorar con los puños cerrados en torno al espacio que habían ocupado las estacas de la tienda de campaña.

LA BÚSQUEDA

Volví a llamar a la oficina, pero no habían dejado más mensajes. Utilicé el escáner de Roger y Laura e imprimí cincuenta carteles con tu cara y el encabezamiento DESAPARECIDA. Los llevé a los quioscos de periódicos, a las licorerías y a las gasolineras. No los llevé a la comisaría. ¿Qué iba a decirles? Llevabas dieciséis años desaparecida. Aparqué en una calle residencial arbolada y dejé algunos en los parabrisas de los coches. Mientras lo hacía, me di cuenta de la ironía de todo aquello. Estaba poniendo carteles de tu cara allí donde Roger y Laura debieron de poner carteles de Marcus cuando él se encontraba con nosotras en el río. Sabía que pronto tendría que ir allí. Era el único sitio que me quedaba por comprobar y donde siempre había imaginado que estarías. Eras el río turbulento; eras los pinos que mudan la corteza en verano y el suelo sembrado de mis trampas de metal. Levanté un limpiaparabrisas y coloqué un cartel debajo. Aún no estaba preparada para regresar allí.

La temperatura subió un poco más y Roger propuso ir a la piscina. Había preparado café, que nos bebimos sentados a la mesa. Las ventanas estaban abiertas y *Nut* estaba a mis pies tumbado con las patas extendidas y la lengua fuera.

Procuraba no mirar hacia el cobertizo. Cada vez recordaba más cosas, pero nada que me pareciera digno de ofrecérselo a Fiona a modo de intercambio. Recordé que, cuando tenía ocho o nueve años, tú me hiciste una cometa una mañana febril, con el pelo lleno de trenzas y rizos, y la punta de la cuerda en la boca. La llevamos a la cubierta del barco, y tú alzaste los brazos extendidos y la lanzaste pegando un aullido que pareció darle impulso y hacerla dar vueltas sin cesar sobre nuestras cabezas al antojo del viento. Recordé tus largos silencios; a veces te pasabas días sin hablar tirada en la cama o sentada en el techo del barco mientras contemplabas la corriente. Días que terminaban en peleas a gritos, en platos rotos y en insultos. Al echar la vista atrás, llegué a la conclusión de que a veces eras desagradable por el mero hecho de no dar tu brazo a torcer, como aquella vez que te rapaste la cabeza o los momentos en que me decías que era como tú y que eso no era nada bueno, que no me hacía ningún bien ser así. Cambia, me decías. Piensa en ello con tantas ganas que te conviertas en la hija de otra persona. Siempre hablabas del cosmos, del orden de los planetas, de la perra que enviaron al espacio y que nunca regresó. Este mundo nunca te pareció del todo bueno. Siempre creíste que había algo más; te pasaste la vida entera esperando algo más.

Roger me dio un toquecito en la mano y dijo algo.

¿Qué? Perdona.

Estabas en otro mundo. Te decía que si quieres que te prestemos un bañador.

Creo que mejor me quedo aquí.

¿En serio? Esa piscina está muy bien.

La verdad es que el agua me da un poco de miedo. Me levanté y rellené mi taza de café para así no tener que mirarlo.

La incomodidad de estar en la casa de otra persona era algo a lo que no me había acostumbrado del todo. El día anterior me había esforzado al máximo por echar una mano. Había limpiado la cocina y pasado la aspiradora a la sala de estar. No me aventuré a cocinar, pero fui al supermercado local con una lista que Laura había escrito con su meticulosa caligrafía: «Leche, mandarinas, pasta de dientes, pañales». Me había sentado en el sofá rodeada de pequeños cuerpos escurridizos y les había leído todos los cuentos que me habían traído. El bebé no hablaba todavía, pero las niñas recitaban el texto pronunciando mal algunas palabras o inventándose otras. Violet se había colado por debajo de mi brazo y había apretado la cara contra mi pecho. Oigo tus porrazos. ¿Mis qué? Imitó los latidos de mi corazón dándome toquécitos en el brazo para explicármelo.

Nunca había conocido a nadie que le tuviera miedo al agua, dijo Roger.

Vacilé. Me habían confiado información sobre ellos que nadie más conocía. Me pareció injusto no darles nada a mi vez. La información se había convertido en una moneda de cambio en aquella casa.

Nada grave. No es una fobia ni nada de eso. Me limito a evitarla cuando puedo. Lo más seguro es que tenga que ver con el sitio donde me crie. Ya sabes, en el río, adonde...

Adonde fue Margot.

Sí. Recuerdo algunas cosas. La mayoría sobre mi madre. Y un poco sobre el canal. Y sobre el día en que Marcus —Margot— llegó. Pero, aparte de eso, es como si me hubieran borrado la mente. ¿Te ha pasado eso alguna vez?

Soltó una especie de risotada.

Lo siento. Partes enteras están anegadas, sumergidas. Intento acordarme de ellas, pero ya no están ahí.

Curioso.

Pero veo las trazas.

¿Las trazas? Arrugó la nariz. Su cara era muy diferente a la de Marcus; tenía la boca y las cejas finas.

Reconozco las cosas que hago o que digo, le explico, los problemas que tengo y que se remontan a esa época. Creo que tenerle miedo al agua es una de ellas. Creo que pasó algo en el agua. Tal vez. No lo sé.

Bueno, deberías venir. Puede que lo reavive todo.

¿Te refieres a hacerme recordar?

Nunca se sabe.

Apoyé las plantas de los pies en las baldosas de la cocina, que estaban un poco frías. Ahora que sabes adónde fue, le dije, ¿no quieres ir? ¿Ver si aún sigue allí? ¿Ver, incluso si no está, dónde acabó?

Él deslizó su taza por la mesa y la atrajo hacia sí de nuevo. Hemos hablado del tema, me confesó. Laura dice que deberíamos ir y punto. Podríamos dejar a los niños con unos amigos durante un par de días. Está convencida de que la encontraríamos. Justo allí, esperándonos, con

la misma edad incluso y, por supuesto, con el mismo sexo. Como si se hubiera... Pareció debatirse por encontrar la palabra adecuada. Cristalizado.

Deberíais ir. Me había impulsado hacia delante en la silla y estaba casi de pie. Lo he mirado en un mapa. No está lejos para nada. Y, aunque no esté allí, podéis ver el sitio. Tal vez lo entendáis mejor. Tal vez os sirva como una especie de catarsis.

Me pregunté si estaba tan entusiasmada con la idea porque podía ayudarlos o porque irían en mi lugar, porque quizás os encontraran a Marcus y a ti y os trajeran a los dos de vuelta. Esperaba que fuera lo primero, aunque no estaba tan segura. No creía que vivir la vida que había vivido trajera aparejado el altruismo.

No lo entiendes, me dijo Roger. Lo hemos hablado, pero, si ella pudiera volver, ya lo habría hecho. Hemos estado esperando. ¿Dónde está? Si no ha vuelto a casa, por algo será. Ahora o tiene una nueva vida o está muerta. En cualquier caso, si quiere encontrarnos, aquí estamos; nunca nos hemos mudado por si acaso. Me escrutó. Debes entenderlo. ¿Por qué no buscaste antes a tu madre?

Sí que lo hice.

Pero dejaste de hacerlo.

Sí.

¿Por qué?

Por la misma razón, supongo. Ella no tenía por qué marcharse. Lo hizo porque quiso. Creo que, de algún modo, lo llevaba en la sangre. Pero creo que ahora necesita que la encuentre.

Muy bien. Nos vamos a la piscina. No tienes ni que bañarte si no quieres. Puedes quedarte de pie en el bordillo. Te vendrá bien.

Creí que discutiría con él, pero, cuando todo el mundo empezó a coger sus cosas, a ponerse las chanclas y a preparar los bolsos, yo me puse a hacer lo mismo. Me sentía mejor así. Eran como un ejército y, de repente y sin saber muy bien cómo, me arrastraron con ellos. Me entraron ganas —sin venir a cuento, una sensación visceral, casi dolorosa— de tener una gran familia, de ser demasiados para caber en un coche normal, de que un autobús lleno me llevara con ellos.

En la piscina se arracimaron en torno a la máquina expendedora, así que me dirigí sola a los vestuarios. Eran las dos de la tarde, estaban casi desiertos. Había una mujer desnuda en la ducha. Tal vez, cuando fuera mayor, me diera por pasatiempos como aquél, por una rutina o un hábito, por una vida cómoda. No había cabinas. Encontré un hueco y empecé a cambiarme. El bañador que Laura me había prestado me apretaba en las caderas y en el culo: había engordado. Cuando bajé la vista, me di cuenta de que eso me hacía parecerme más a ti. No estaba segura de cómo tomármelo. Como si, cuanto más cerca estuviera de encontrarte físicamente, más fuera pareciéndome a ti. Laura entró con los niños.

Gretel, Gretel, si no te duchas, no te dejan meterte, me dijo Violet.

La verdad es que yo no me ducho.

¿Nunca?

Nunca.

Me pasaron al bebé. Se ve que detectó que no era su tipo y berreó hasta ponerse morado y, a continuación, me vomitó encima.

Ahora tienes que ducharte, señaló Violet, complacida.

Ya era tarde para echarse atrás. Me vi en el largo ventanal que había junto a la piscina: borrosa, con la cara redonda y blanca y unas piernas sin forma definida. El cloro del aire me quemaba la garganta. No sabía qué estaba haciendo allí. Las escaleras que subían al trampolín se reflejaban en el agua. Violet iba ya por la mitad: cabeza diminuta, bañador verde fosforito, extremidades de insecto. Roger la llamó. Vi que Laura estaba en la parte baja, saltando con el bebé. El techo giró hasta que estuvo bajo mis manos; las ventanas se agrietaron y rugieron. Oí tronar la esclusa que había cerca de nuestro barco, las compuertas que se abrían y se cerraban. Te vi en el techo del barco, con los brazos en alto, aunque no hubiera ni rastro de la cometa, con la boca abierta, gritando; el aire arremolinó las palabras y se las llevó antes de que llegaran a mí.

No vi caer a Violet, pero sí que oí el chapuzón. Era una mancha verde que se retorció bajo el agua. En el otro extremo de la piscina, la socorrista rubia había echado a correr. Coloqué los dedos de los pies en el bordillo y creí ver algo en el fondo, debajo de los peldaños metálicos del rincón. Ya estaba dando un paso adelante, caía.

El agua estaba más fría de lo que esperaba. Vi que, más abajo, Violet seguía hundiéndose. Me sumergí en su dirección, con los ojos abiertos al máximo a pesar del cloro. Detecté movimiento en la escalerilla metálica. Cuando miré, el Bonak venía hacia nosotras tras pegar las patas al vientre e impulsarse desde el fondo alicatado. Tenía la garganta blanquecina y gruesa, y movía la cola como un péndulo. Era prehistórico, rugoso, estaba cubierto de motas doradas; por debajo era de un blanco destellante. Volvió su cara alargada y desconsiderada hacia nosotras.

Agarré a Violet por los tirantes del bañador, doblé las rodillas y me impulsé con ambos pies. La superficie parecía estar a años luz. Veía las figuras fracturadas de arriba, los colores de su ropa, las manos en movimiento. El aire me quemó por dentro. Violet estaba tosiendo, se revolvía. Me dio un manotazo en la nariz. El agua se tiñó de sangre. Alguien me estaba subiendo; el bordillo de la piscina me raspó la piel de los gemelos. El ruido emergió por capas sucesivas, de modo que no oí que el bebé lloraba y que Laura estaba gritando hasta que me puse en pie. Busqué en las profundidades del agua algo que había olvidado, que merodeaba por la escalerilla o se escabullía por el fondo, que emergía, que se arrastraba por la parte baja, que se acercaba a nosotros.

CUATRO

TOC, TOC, ES EL LOBO

LA CASITA

He llegado a la conclusión de que, como no trabaje, me voy a volver loca, de que es bueno para las dos establecer una rutina, pues no podemos seguir así para siempre, y te digo que todas las mañanas hay que estar una hora en silencio.

¿En silencio?, me dices, como si nunca hubieras oído esa palabra.

Sí, en silencio, te digo. Tiene que haber silencio. Puedes sentarte conmigo en la sala de estar, pero estoy trabajando, así que debes guardar silencio. Silencio. Tienes que sentarte en silencio.

Ladeas la cabeza. ¿Trabajando?, ¡si sólo tienes trece años! ¿Cómo vas a trabajar, Gretel? Lo dices tan convencida que no se me ocurre nada que responderte y me limito a levantar el dedo en señal de advertencia hasta que te das la vuelta, te acercas furtivamente al sillón y te arrellanas en él con los ojos cerrados.

Le envío un correo electrónico a Jennifer y me contesta enseguida diciéndome que se alegra. Me da una palabra. Una fácil: *extraordinario*. Preparo café, te sirvo una taza y te la dejo junto al sillón; yo me siento a mi escritorio. Por primera vez en una semana, hay calma. Agacho la cabeza y procuro no mirarte, aunque noto tus ojos clavados en mí. Saco mis fichas: las blancas para las citas, las azules para las fuentes, las amarillas para las definiciones provisionales. Bebo un sorbo de café.

*

Cuando empecé a trabajar en el diccionario, era joven y aún pensaba a menudo en ti. Estabas dentro de mí de un modo que se fue desvaneciendo con el paso de los años. Todavía abría la boca, oía salir una frase y sabía que estaba allí porque me había criado contigo. Tú me habías hecho, y no había nada que yo quisiera más en el mundo que erradicarte, que extirparte de mis entrañas igual que hacía el Alzheimer con un trozo de cerebro del tamaño de una naranja. Me invadías; dirigías las espirales de mis pensamientos. Iba a trabajar, me sentaba a la misma mesa a diario, soñaba con algo que nadaba en el río Isis, soñaba con tu boca dibujando palabras que ya no alcanzaba a oír. Todos los días a la hora del almuerzo iba a la misma tienda a comprarme un bocadillo y, uno de esos días, cuando estaba en la cola, de repente comprendí lo que habías hecho al crear tu propio idioma y enseñármelo: éramos unas marcianas. Éramos como los últimos habitantes de la Tierra. Si, en algún sentido, el lenguaje determinaba nuestra manera de pensar, entonces nunca podría haber sido distinta de como soy. Y el lenguaje con el que me crie no lo hablaba nadie más, así que siempre iba a sentirme aislada, sola, incómoda en presencia de los demás. Lo dictaminaba mi lenguaje. Lo dictaminaba el idioma que me habías enseñado.

No he avanzado nada con *extraordinario*, sólo he preparado las fichas. El relojito de la mesa indica que han pasado dos horas. De repente me dan ganas de decirte que ya no lo creo, que ya no creo lo que pensé mientras esperaba en aquella cola. No creo que el lenguaje te carcoma el cerebro ni que yo sea como soy por el idioma que me enseñaste. No hay nada predispuesto. Pero, cuando me giro y miro el sillón, ya no estás. Por supuesto, tendría que habérmelo imaginado, tendría que haberme acordado de cuando te esfumaste en mi oficina, de cuando dejaste marchar aquel autobús. Te busco en el piso de arriba. El grifo del agua caliente de la bañera está abierto, pero el tapón no está puesto y no estás allí. Lo cierro. Has abierto todas las ventanas de la planta superior, dejando que entre el polvo caliente de la tierra reseca de los campos. Cuando miro por la ventana de tu dormitorio, te veo subiendo la colina en dirección al lugar por donde a veces paseamos, imparable, moviendo los brazos con ímpetu. Bajo y voy hasta el muro de piedra; te llamo. Tú me saludas alzando la mano, pero ni siquiera te giras.

¿Adónde vas?, grito. No te detienes. Me he pasado la vida persiguiéndote. Estoy a punto de volver a entrar y de sentarme a trabajar tranquilamente a la mesa. Para, chillo, salto el murete y empiezo a ir detrás de ti. Hace demasiado calor para perseguirte. Llegas a la cima de la colina, te detienes y apoyas las manos en las rodillas. Aflora uno de esos horribles pensamientos que nadie debería conocer jamás: sería tan fácil si te diera un infarto... Pero descansas sólo un momento y retomas la marcha, zigzagueando. Atajo por el campo para alcanzarte. A todas luces el agua te llama. La sombra de las nubes que pasan cae sobre mis hombros. Te pillo junto al arroyo sinuoso y casi seco. Coges agua con el cuenco de las manos y te la echas a la cara. Me paro resoplando a tu lado.

¿Qué haces? ¿Por qué huyes de mí?

Tenía calor, dices con ese tono tuyo que no admite réplica. Me agacho a tu lado y bebo agua con la mano. Sabe un poco a hierro, a almacén de fábrica, a interior de tubería. Y, cuando alzo la vista, tienes una extraña expresión en la cara: sabedora, reflexiva, casi animal, como uno de esos gatos callejeros que a veces venían al río y se quedaban con nosotras hasta que se esfumaban tan rápido como habían aparecido.

EL RÍO

Lo único importante era seguir adelante. Los pueblos iban quedando atrás. Marcus llevaba todo el día sin comer. Cuando soñaba con comida, no lo hacía con nada extravagante: rodajas de pan sin corteza, un bizcocho sencillo, total, ¿para qué? Se construyó una caja de hierro en la cabeza y metió en ella el paquete entero de pan, a sus padres con las marcas de las gafas en el puente de la nariz, a Charlie, que se había preocupado por él antes de morir, la boca de Fiona pronunciando aquellas horribles y espantosas palabras.

Seguía habiendo indicios del ladrón del canal. Habían desaparecido más perros y gatos, pero también peces de los anzuelos y ovejas de los pequeños rebaños casi silvestres que vivían en las riberas. Pasó junto a un par de barcos que parecían estar preparándose de alguna manera: tenían las ventanas condenadas con tablones y de cada puerta pendía una cuerda con botellas rotas que hacía las veces de alarma. Una mujer lo siguió unos diez pasos insistiéndole en que, por favor, tuviera cuidado. Cuando se giró, tambaleándose y muerto de miedo, ella le dio un cuchillo que se negó a volver a coger.

Al alejarse, se lo metió en la mochila, pero no por ello se sintió mejor. Sólo sintió que ahora parecía alguien capaz de haber matado a un hombre. Durante el resto del día, notó el peso del muerto sobre sus espaldas, siguiéndolo despacio, escuchando a ciegas el sonido de sus pasos para mostrarle el camino. Quería darse la vuelta y decirle que no había pretendido hacerlo, que había sido un accidente. Quería tirarse al agua, allá donde estaba serena y calma. Pero el muerto estaba allí, con sus largos dedos y sus ojos abiertos. Siguió caminando. El río era agreste y tortuoso.

La tierra se desplegaba formando un descampado: bolsas negras de basura, un sofá abandonado, un frigorífico volcado. Más allá había unos cuantos árboles de tronco recto. Era casi mediodía. Se agachó haciendo una mueca de dolor para ver si alguna de las bolsas tenía algo dentro, pero el olor lo echó para atrás. A la izquierda había una esclusa por la que el agua corría veloz y sólida como una carretera. Había un letrero en la barandilla de madera, pero estaba casi borrado y en él sólo se leía: DA G. No sabía lo que significaba ni tampoco le importaba. Había suficiente terreno para alejarse del agua más de lo que lo había hecho en días, en semanas. Se golpeó la cara con el puño para espabilarse. Tenía tanta hambre que, cuando se movía, veía manchitas blancas. Decidió que dejaría de pensar en el muerto. Dejaría de pensar en él. Volvió a golpear el cráneo.

Soltó la mochila y se dirigió hacia los árboles a echar un vistazo. A tan sólo unos pasos abundaban las bayas rojas; se llevó una a la boca, la saboreó y la escupió. Cavó un poco al pie de algunos de los troncos, sin saber muy bien qué estaba buscando; lo único que sabía era que tenía

que encontrarlo. No puedo andar más, pensó. No puedo dar ni un paso más. Alzó la vista y sintió una oleada de alivio. Haría un alto en el camino, sólo de un día. Dormiría a pierna suelta.

Montó la tienda. Se sentó en la entrada y se quitó las botas y los calcetines. Tenía la piel llena de ampollas. Y apestaba. Pero le daba igual. Estaba tan cansado que ni siquiera distinguía las partes de su cuerpo. Se quedó adormilado, pero se despertaba cuando notaba los pies descalzos y fríos en el barro o cuando daba cabezadas. Abrió la mochila, hurgó en su interior y encontró unas migas de pan que se comió con los dedos. Durmió otro ratito. Una vez dormido, soñó con el muerto, con el barco surgiendo de sus brazos, con el tufo a cordero quemado. El muerto acercó un ojo ambarino a los suyos y, cuando pestañeó, se despertó sobresaltado, gritando.

Había una niña agachada no muy lejos de él. Tenía cabeza de cuervo, unas mallas rosas salpicadas de barro, los dedos clavados en la tierra, unos ojos que no parpadeaban. Marcus pegó otro grito y retrocedió como un cangrejo hasta la tienda.

La niña se levantó, se limpió las manos en las mallas. La ropa le quedaba pequeña y tenía marcas de presión en tobillos y muñecas. Estaba boquiabierta. Marcus reparó en su mochila, que estaba detrás de la chiquilla y que ésta había sacado, abierto e inspeccionado. Cuando se le acercó, Marcus vio que sostenía en la mano el libro que se había llevado del barco del muerto al marcharse.

No te va a gustar, le dijo a la niña tan alto que oyó su propia voz reverberar en los árboles.

Ella blandió el libro y frunció el ceño. Tenía la cara cuadrada; las cejas casi juntas formando una larga línea de desaprobación. Marcus no sabía qué hacer. Lio de mala manera el saco de dormir, se abrochó los botones del abrigo y se puso las botas. Lo último que quería era echar a andar de nuevo; le habría gustado quedarse allí sentado, dormir, no tener que levantarse nunca. La niña estornudó y se limpió la nariz con la mano. Se aproximó lentamente un poco más. Estaba muy cerca y le tendía algo: un chusco de pan. A Marcus le embargó una alegría histérica. Se lo llevó tan rápido a la boca que estuvo a punto de atragantarse y lo masticó como pudo. Ella le ofreció el libro, como si hubieran hecho una especie de pacto sin que él se diera cuenta ni hubiera dado su consentimiento.

Se sentaron delante de la tienda. La niña estaba cubierta de una fina capa de tierra: parecía arrancada del suelo. Ciertamente, tenía algo de raíz o de bulbo, unas rodillas nudosas, unos miembros que sobresalían de la ropa. Se remetiÓ los tupidos mechones de pelo por detrás de las orejas con la mano. Los bolsillos le abultaban por los lados.

Él abrió el libro y empezó a leérselo. La letra era pequeña y le costaba. No conocía muchas de las palabras de la página. Junto a los acertijos había unos extraños dibujos abusados de criaturas deformes con la cabeza de un animal y el cuerpo de otro. En uno de ellos distinguió el granero de la adivinanza que el muerto le había contado aquel primer día.

No te va a gustar, repitió, pero, si quieres, te lo leo. ¿Tienes más pan por ahí? Ella no respondió.

Creo que no te va a gustar, volvió a decir. Se dio cuenta de que no quería que se marchara.

Pero a la niña sí que le gustó. Su boca se movía a la par que las palabras, y señalaba, exigía: ésta otra vez. Y él se la leía más despacio, trabándose. Muchas de las palabras que él era incapaz de pronunciar ella las decía fácilmente. La cría se inclinaba hacia delante, le ponía encima la yema del dedo embarrada y la articulaba. Las palabras parecían manar de ella con fluidez, como si se las estuviera inventando. Y, cada vez que lo hacía, alzaba la vista, más contenta que unas pascuas, con una sonrisa de oreja a oreja que dejaba al descubierto sus dientes amarillos. «¿Qué

viaja por todo el mundo sin moverse de una esquina?» «Cuanto más das, más dejas atrás.»

En mitad de una adivinanza, se levantó y salió corriendo con los puños apretados. Cuando Marcus recuperó la mochila, vio lo que se había llevado: dos pares de bragas, la bolsa vacía del pan, dos camisas. Había una página arrancada del libro de acertijos.

Entró a rastras en la tienda y apoyó la cabeza en el duro suelo. Se lamentó por lo que había perdido, por todo aquello a lo que había renunciado, por lo que había hecho. Sentía la presencia de sus padres en algún lugar río abajo. Puede que lo estuvieran buscando o puede que no. Puede que estuvieran sentados a la mesa redonda de la cocina llevándose una taza a los labios, pasando las páginas de un periódico o abriendo la puerta de la calle, a punto de salir. Quería desesperadamente que lo encontraran. Quería contarles por qué se había ido, por qué lo había hecho. Entonces todo iría bien, si acaso lo comprendían, claro. Si no, sus caminos se separarían: ni ellos volverían a pensar en él ni él en ellos. Puede que estuvieran sentados a la mesa redonda de la cocina y que el muerto estuviera allí también, mirándolo.

Las cosas que Fiona había predicho que haría estaban enmarañadas, enrolladas alrededor de la tienda. Eran del color de la piel reseca y escamosa. Le treparon por el pecho y le estallaron en la boca. Las mejillas se le hincharon tratando de reprimirlas, de reprimir lo que Fiona había vaticinado que le haría a su padre, lo que le haría a su madre, lo que haría con su madre. Se despertó sudando en el saco de dormir y se incorporó, sobresaltado, al tiempo que reculaba.

LA BÚSQUEDA

Compré una botella de vino y bajé a hurtadillas por el lateral de la casa hasta el cobertizo. Fiona entreabrió la puerta lo justo para que le viera un trozo de la cara. He recordado algo, le dije. Me dejó entrar. Bebimos sin descanso en unas tazas de té. Ella se relamía y se acariciaba la barriga.

Mientras regresaba de la piscina me venían a la memoria cada vez más recuerdos y el hilillo inicial se había acabado convirtiendo en un torrente. Seguía teniendo lagunas, agujeros del tamaño de túneles ferroviarios, pero algo había cobrado forma: una historia.

Bueno, dijo, sorbiendo el vino ruidosamente. Pues cuéntame.

No creo que lo entiendas.

Dejó la taza en el suelo con un ruido seco, puso las piernas encima de la cama y las dejó apoyadas allí. Se oía a *Nut* fuera, olisqueando por ahí, y el sonido de un televisor procedente de una casa cercana.

¿Sabes qué?, me dijo. La primera vez que vi algo que no existía fue de niño, mientras observaba cómo castraban a los toros en la granja de mis padres. A mis hermanas no las dejaron ir, pero mi padre se empeñó en llevarme. Siempre me he preguntado por qué a mí. A mí, que era tan tímido que ni me atrevía a pedir la sal. Los castradores vinieron del pueblo. Los toros eran jóvenes y estaban asustados, y me dieron mucha pena. Liquidaron a veinte en una hora. Mi padre me tenía cogido de la mano y estábamos tan cerca que veíamos perfectamente lo que habían cortado. Parecían plantas raras.

Volvió a coger la taza y la alzó a modo de brindis.

Cuando aparté la vista de todos aquellos testículos amputados, distinguí a alguien en un rincón del granero, debajo de una de las trampillas del heno. Era yo, pero en mujer. Ésa fue la primera vez que vi algo que iba a ocurrir antes de que ocurriera.

Apuró la taza y me dio un ligero codazo para que le pasara la botella. Sentí mi propio olor al moverme: cloro y sudor.

¿Me lo vas a contar o no?

Sí, dije. He recordado a qué le teníamos tanto miedo. Respiré hondo. No sabía si era buena idea contárselo, decirlo en voz alta. Parecía una locura hablar de eso allí, en un cobertizo diminuto al final de un jardín.

Lo llamábamos *el Bonak*, dije. Así era como llamábamos a todo lo que nos daba miedo, pero lo que más miedo nos daba era aquello. Lo vi en la piscina. Nadando hacia mí. Era una criatura, un animal. Grande. Lo vi en el agua.

¿Una criatura?

Sí.

Esperé a que se riera o me dijera que me fuera, pero no lo hizo. Me sentí exhausta de repente, como si hubiera corrido un maratón o nadado durante días. No le dije qué más había aflorado en mi memoria: una trampa, una caña de pescar, el cristal de la escotilla bajo mis codos.

¿Qué le pasó?, me preguntó.

Dudaba que me fuera a creer. Yo misma no estaba muy segura de si lo que creía era cierto o si me había inventado por casualidad algo que no podía ser verdad bajo ningún concepto. Había reglas —«la fuerza de la atracción universal entre toda la materia»; «el oxígeno es un gas incoloro, inodoro e insípido esencial para todos los organismos vivos»— y lo que yo proponía no era una regla tal como las entendemos. Algo tan grande, en el agua, que se llevaba a niños, que mataba perros. Me preguntaba si —ciñéndome a mis recuerdos— algo así habría podido existir entonces o si nos lo habríamos inventado nosotras de algún modo. No sabía qué posibilidad era peor.

Creo que mi madre lo mató, dije. Fiona se había reclinado en su silla levantando las patas delanteras del suelo y no parecía estar escuchándome. Eché una ojeada a mi alrededor y vi que había ordenado el cobertizo y había tirado las latas de judías y hecho la cama. No se me pasó por la cabeza que, mientras yo reflexionaba sobre los viejos tiempos, ella pudiera estar haciéndolo también y haber sacado sus propias conclusiones. Alzó los hombros como las asas de una bolsa.

Me hace falta una comida en condiciones, zanjó. ¿Mañana a la hora del almuerzo? Te contaré lo que vi.

EL RÍO

La niña de las mallas rosas se llamaba Gretel Whiting y al día siguiente se quedó hasta que oscureció. Él se acostumbró a ella, a cómo deambulaba o salía corriendo sin avisar. ¿Dónde está el fuego?, decía y se carcajeaba. Hablaba más consigo misma que con él, parlotando. Marsupial, soltaba. Gratitud. Longitud. Tenía una bolsa de plástico agujereada a la que llamaba *brote* y, cuando el viento amainaba tanto que se podía escuchar el río, se ahuecaba una mano en la oreja. ¿Lo oyes? La reguera.

Por poco se me olvida, dijo, y se metió la mano en el bolsillo, de donde sacó un trozo de pastel desmigado. ¿Quieres?

Sí, respondió él. Era poroso y estaba blando y manchado del aceite de sus dedos. Sentía tanto alivio de que ella estuviera allí que la seguía adondequiera que fuese. No se había dado cuenta de lo solo que había estado, de lo largos que se le habían hecho los días. Le preocupaba que la cría se marchara de repente, sin avisar, y que las horas se transformaran de nuevo en años y volviera a estar asustado casi todo el rato. Llevaba el pelo constreñido en una trenza desigual que le asomaba por el cuello de la camisa, cosa que le hizo pensar que alguien se ocupaba de ella.

¿Dónde están tus padres?, le preguntó.

Mi madre es una dama del mar, dijo. Tiene aletas en vez de pies y branquias. Se mueve rauda por el agua.

¿Y eso qué significa?

Significa que es una sirena.

Anda ya, dijo él, aunque con cierta duda.

Venga, sígueme. De aspecto es como tú y como yo, repuso Gretel. Respira debajo del agua; conoce todas y cada una de las palabras del mundo; es arqueóloga y cirujana, y muy famosa. Yo la llamo doctora o S. Y ella me llama a mí El o Hansel, aunque no quiere decirme por qué. Puede atravesar el mundo de una punta a la otra y lo ha hecho muchas veces, no necesita dormir, se come animales enteros, dice que es experta en salir huyendo, pero yo creo que lo que se le da de miedo es quedarse en el sitio con los brazos cruzados. Cogió aire. Y, además, añadió, cocina muy bien.

Él la siguió despacio. Oía el río a su espalda. Cuando no lo veía, desconfiaba más de éste. ¿Qué le impedía remontar la tierra como si ésta fuera una simple escalera? Gretel se encaramó a un frigorífico volcado. Llevaba el gorro bien calado hasta los ojos, una bufanda que le tapaba la nariz, unas manoplas deshilachadas. La niebla le rodeaba la cara y ocultaba partes enteras de su cuerpo. Los objetos, que antes permanecían inmóviles, emergían de ella y parecían moverse. Quería preguntarle más cosas acerca de su madre, de las mentiras o verdades que le había

contado sobre ella, pero...

Allí, exclamó, señalando algo. Los cachivaches. Allí están.

La chiquilla no caminaba, más bien se escurría saltando de un punto a otro. Él se guiaba por el sonido de su voz cuando lo llamaba. Al parecer, le gustaba pronunciar su nombre. Lo descomponía en diversas partes: Mar-cu-s. O se inventaba apodos: Marie, Marcas, Ram. Cuando la alcanzó, ella tenía un objeto de alambre en las manos. Le abrió la portezuela haciendo palanca.

¿Qué es eso?

Ella no le hizo caso. Tenemos que encontrarlos todos, dijo. Eran trampas, y dentro de ellas había sobre todo ratones de campo, una pareja de ranas de cara prehistórica y varias ratas de río grandes que a él no le gustaron ni un pelo. Liberó a la mayoría de los animales, que se escabulleron a rastras. Recogió los que ya estaban muertos. Le dio un ratoncito gordo para que lo llevara y él se lo metió en el bolsillo e intentó olvidarse de que estaba allí. Cuando acabaron, puso unos cebos nuevos en las trampas: restos de carne o cortezas de cerdo que ojalá le hubiera dado a él.

Estoy intentando cazar algo grande, soltó, y a él le vino a la memoria el ladrón del canal, el anzuelo que Charlie había estado tallando antes de morir.

¿Como un zorro?, le preguntó.

Ella se encogió de hombros.

¿Como un tejón?

Frunció el ceño. Como un Bonak.

Marcus sintió un cosquilleo en el estómago, como si hubieran sobrevolado una colina sin moverse. ¿Qué es un Bonak?

Observó cómo la niña tiraba del mecanismo y volvía a colocarlo en su sitio.

Es cualquier cosa, respondió Gretel apretando los dientes.

¿Qué quieres decir?

El verano pasado era ese estúpido perro que tenía tanta hambre que Sarah dijo que me iba a morder. Pero hace mucho tiempo fue una tormenta que casi destrozó el barco y otra vez fue un incendio que quemó buena parte del bosque y que creímos que nos iba a quemar también. Este invierno es otra cosa. Sarah dice que quizá sea el peor Bonak que ha existido nunca, pero todavía no lo sabemos.

¿Es eso de lo que tienes miedo?

Es el Bonak, se limitó a responder ella zanjando ahí el asunto. Le alargó una de las trampas para que la inspeccionara. Cuando él le preguntó cómo funcionaban, ella empezó a señalarle las partes, parlotando un poco para hacer uso de todas sus palabras. Y entonces esta pieza, y luego esta otra de aquí, y después... ¿Lo ves?

Habían vuelto a la vera del río sin que él se diera cuenta de que habían caminado en círculos. El suelo crujía bajo sus botas. Le dolían los pulmones del frío. Ella le enseñó uno de los objetos de metal que colgaban de los arbustos.

Una chorrada, dijo. Un móvil de viento. Que no se le ocurriera tocarlo.

Él se quedó observándola ensartar las criaturas capturadas en las varillas para que colgaran con la panza hacia el agua. El barro de la ribera era denso, casi rojo; vio que su bota se hundía.

Chitón, le dijo ella, poniéndole una mano en la boca. Permanecieron en silencio. El viento soplabla desde el río hendiendo los bancos de niebla y haciendo oscilar el móvil de tal modo que

parecía estar cantando. Gretel arponeó una rana muerta por el vientre. Él se preguntó si sería algún tipo de protección contra el agua, contra la corriente, contra el ladrón del canal, el Bonak.

Sin embargo, no significa nada, concluyó, y, aunque la niña iba forrada, percibió su rabia: sus cejas se crisparon, su boca se torció hacia arriba. Giró el móvil de viento más cercano hasta que empezó a dar vueltas por sí mismo. Él pensó en la madre de la niña nadando en el río sin necesidad de salir a coger aire ni parar a descansar. Pensó en el extraño alivio de contarle a alguien lo que había hecho en el barco, que sus manos no se cerraban del todo porque seguía sintiendo las estacas de la tienda aferradas a ellas. Pensó en la madre de Gretel atravesando el interior de la tierra, quedándose en el mismo sitio y marchándose a la vez, comiendo animales enteros.

Se había enamorado de Sarah incluso antes de conocerla.

LA BÚSQUEDA

El restaurante decía ser chino, pero en el menú había patatas fritas y macarrones con queso junto con los rollitos de primavera y el *chow mein*. Tardamos casi una hora en subir la colina hasta el centro del pueblo. Fiona evitaba el sol e iba por la sombra. Quería preguntarle cuándo fue la última vez que salió del jardín. No lo hice. Cuando le ofrecí mi brazo, se irguió y me miró con desprecio, ofendida.

Éramos las únicas clientas del restaurante. Había farolillos rojos colgados en las ventanas, un acuario con carpas del tamaño de mi antebrazo, una abertura por la que se veía al chef fumando y viendo la televisión. No era el momento de entablar una charla de cortesía. Alzamos nuestros respectivos menús. De vez en cuando la miraba, pero ella estaba ensimismada, con los dedos de venas azules curvados sujetando la carta de cuero roja, relamiéndose pensativa. Me vino a la cabeza aquella vez que fui contigo a un restaurante: el plato de carne cruda que devoraste, el vaso de vino inclinándose hacia tu cara como un telescopio, el condón desenrollado en tu cuchillo. En ese momento, creo que Fiona era feliz de un modo llano y sencillo que tú habrías despreciado. Cambió de sitio los palillos, miró el diseño del plato. Alzó la carta para que viera las cosas que me iba señalando. De repente, me alegré de haberla llevado allí, aunque aquello no diera ningún resultado, aunque no me contara nada. No me había costado ponerme en el lugar de Roger o Laura, siempre a la espera, alojando en su cobertizo a la mujer que había animado a huir a Margot. Pero entonces me di cuenta de que era mucho peor el papel de Fiona, de que ella también había estado esperando: esperando a alguien con quien poder sincerarse, a alguien a quien poder dar explicaciones; esperando a convertirse en una persona distinta de la que había hecho que la hija de ambos se marchara.

La camarera tenía unos catorce años. Pedí pan de gambas.

¿Qué es el Bacardi Breezer?, preguntó Fiona.

La camarera le trajo un botellín de color naranja intenso y las dos nos quedamos mirando a Fiona mientras lo probaba. Me miró pestañeando. Se lo bebió de un trago. Pidió otro.

Yo no sabía qué estaba haciendo allí, pero a ella se la veía en su elemento; pidió comida para un ejército. De entrantes, unos bollos *char siu* de cerdo a la barbacoa, entrañas de ternera en salsa de judías negras, *dim sum* y calamar con sal y pimienta. Después, una lubina entera frita aderezada con taquitos de cerdo con soja y salsa de castañas de agua; tripas de vaca con fideos celofán y col china en una cazuelita, brotes de soja con pescado en salazón y fideos *dan*. No pedimos arroz, pero a Fiona se le antojaron unas patatas fritas. La camarera repasó la comanda despacio. En la cocina, el chef apagó la televisión.

Fiona se zampó todo el pan de gambas y blandió el cuenco para pedir más. Cuando iba por su

tercer Bacardi, yo pedí una copa de vino. Los platos iban saliendo a medida que estaban listos, rebosantes y enormes fuentes cuya comida iba a parar al mantel de papel. Había algo beatífico en su manera de comportarse, comiendo directamente de los platos, probando una cosa y otra. Todo estaba picante y tenía un regustillo a quemado que me hizo sudar, llorar e incluso moquear. Fiona se quitó el abrigo de *tweed* que se había empeñado en que le cogiera de la casa a pesar del calor. Debajo llevaba un vestido rojo con mangas de encaje y falda larga. Cuando el chef terminó de cocinar, se asomó por la ventanita para observarnos. Nosotras seguimos a lo nuestro sin perder el ritmo. Los *dumplings* eran consistentes. El cerdo tenía una capa de grasa quemada crujiente. Los fideos *dan danocultaban* cavernas enteras de carne picada. Desistí de los palillos y pedí un tenedor.

Ella empezó a hacer pausas entre bocado y bocado, contemplándome con los ojos entornados y las mangas del vestido remangadas. Yo estaba tan absorta en la comida que casi se me pasó lo primero que dijo.

¿Qué? Me tragué tan deprisa lo que tenía en la boca que estuve a punto de ahogarme.

Sabía lo que Margot iba a hacer, así que le dije que se marchara.

¿Qué es lo que sabías?

Cogió el último *dumpling* con los dedos y, cuando se lo hubo comido, me lo confesó.

EL RÍO

Gretel había ido a verlo de nuevo y le había llevado un trozo de pan tan caliente que le quemó el paladar, además de una especie de queso duro con granos de sal incrustados. El juego que quería enseñarle se llamaba *Toc, toc, es el lobo*, y se jugaba así. Buscaron el mejor árbol del bosque. Él tenía que quedarse de pie delante y llamar dos veces con los nudillos, esperar un momento, decir *toc, toc, es el lobo*, y girarse. Ella se colocó diez pasos por detrás. El objetivo del juego, le explicó, era acercarse lo máximo posible para tocarlo sin que él la viera moverse.

¿Toc, toc?

Toc, toc, es el lobo. ¿Listo?

Eso creo.

Pues venga. El juego, dijo Gretel, era gusgus, que él interpretó como algo bueno, que le gustaba mucho. Llevaba unos auriculares protectores con cascos amarillos a modo de orejeras. Hundió los hombros en un movimiento que empezaba a identificar como su típico gesto exagerado de impaciencia. Le costaba menos no pensar en el muerto cuando ella estaba allí.

Venga.

Se giró hacia el árbol. Cerró los ojos, contuvo el aliento. Sintió que todo se ralentizaba, y el azote del frío en la cara. Oía el rumor del río y, por debajo de él, el lento crujido de las agujas de pino bajo los pies de Gretel y el ruido de los pájaros al adentrarse en el bosque. Esperó todo lo que pudo —que no fue mucho— y pronunció las palabras. Se dio la vuelta. Sentía el pulso en la boca.

Gretel estaba a la pata coja, petrificada a cinco pasos de distancia, sin pestañear y con un brazo en alto. Se la quedó mirando, pero ella no se movió. Volvió a girarse hacia el árbol.

Toc, toc, es el lobo.

Gretel se había vuelto a acercar. Tenía un brazo estirado hacia delante y la cabeza ladeada como si mirase algo a la izquierda. Él siguió su mirada —allí no había nada salvo la maleza gris invernal— y, al volver a concentrarse en el juego, se percató de que la niña había dado otro paso, uno pequeño, y había avanzado furtivamente. Se giró hacia el tronco, recitó la fórmula y volvió a girarse. Ahora ella sonreía con los dientes amarillos, se había quitado las orejeras y le tendía los dos brazos. Se dio la vuelta y, apenas un momento después, en mitad de la frase, notó la mano de Gretel, sorprendentemente fuerte, en el hombro y oyó su aguda exclamación de triunfo.

Qué juego más guay, le dijo cuando él se giró. Estaba bailoteando en el sitio, alzando las rodillas y sacudiendo las muñecas. Qué juego más guay, más guay, más guay.

Sí, dijo él, aunque no demasiado convencido; pensó que quizá prefería leer el libro o incluso

seguirla mientras vaciaba las trampas. El juego le suscitaba un miedo histérico y atrozante que le impedía disfrutarlo. No le gustaba estar de espaldas al agua ni esperar a aquella mano inevitable, aunque lo que más miedo le daba era que nunca llegara esa mano, que se quedara allí esperando durante horas y que, cuando al fin se diera la vuelta, descubriera que Gretel lo había engañado y se había ido o, peor aún, que hubiera otra persona allí de pie tan campante: el muerto, que, pese a todo, lo hubiera seguido.

Jugaron dos veces más. Aprendió a orientarse por el sonido, a decir las palabras más rápido y a girarse mientras las decía con la esperanza de sorprenderla, pero siempre la encontraba quieta como una estatua.

¿Cambiamos?, propuso después de la tercera vez, pero ella negó con la cabeza, de modo que se volvió otra vez hacia el árbol. Contó un par de segundos, pronunció la frase y la miró. Gretel estaba a la pata coja y estiraba de nuevo el cuello hacia la izquierda. Miró en la misma dirección que ella. Vio el frigorífico volcado y las abultadas bolsas de basura ondeando ligeramente al viento detrás de una zona de ortigas. Sabía —porque se había pateado el terreno— que las ortigas continuaban todavía unos pasos más allá y que luego la tierra se suavizaba y empezaba el río. Aquello era lo único que avistaba.

¿Qué miras?

Ella no contestó.

¿Hay algo allí? No tenemos por qué seguir jugando si has visto algo.

Gretel ni se inmutó. El ladrón del canal. Aunque no dijo nada. Él se giró otra vez hacia el árbol, contó un par de segundos más a toda velocidad, gritó la frase y se dio la vuelta en el preciso momento en que sintió su mano en el hombro. La impresión le hizo trastabillar y caer de bruces soltando un chillido mientras se disponía a huir arañando la tierra. Muy cerca, oyó que Gretel se reía de esa manera suya despiadada y estrepitosa. Cuando levantó la vista, el sol brillaba tanto que sólo acertó a distinguir la silueta de la persona que se cernía sobre él, un contorno recortado del que salía una mano en su dirección.

Tú debes de ser Marcus, le dijo ella.

CINCO

EL MUERTO QUE ANDA POR EL BOSQUE

LA CASITA

¿Qué es lo que nos viene a la cabeza cuando regresamos a ese río perdido en el tiempo, esa columna de agua que vertebral el territorio de nuestro pasado? ¿Qué es lo que nos atrajo hasta allí? Una niña asilvada y su madre, más asilvada aún, viviendo como demonios o animales donde nadie pudiera encontrarlas. Míranos ahora. Mustias, mezquinas, empeñadas en destruirnos la una a la otra o a nosotras mismas, yendo de acá para allá en una casita que no es lo suficientemente grande para contenernos a las dos. A veces me recuerdas a Fiona; a ese día en que comió con aquella hambre voraz y desesperada; a cómo la historia que había guardado en secreto se había retorcido en su interior hasta volverla loca, solitaria y asustadiza; a cómo Marcus os quiso a ambas con ese amor inmenso que tanto mal le hizo. Pero yo te quiero, me dices en el supermercado, y me gustaría responderte, pero no puedo, todavía no; no puedo concederte eso. Y quiero decirte que creo que nos inventamos aquello que, fuera lo que fuera, amenazó las aguas calmas y frías aquel invierno, que envolvió nuestros sueños y dejó las huellas de sus zarpas en nuestras cabezas. Quiero decirte que tal vez nunca habría estado allí si nosotras no nos lo hubiésemos imaginado.

EL RÍO

A Marcus la mujer le recordaba un poco a una médica que había tenido cuando era pequeño y que no sonreía y rara vez hablaba. Le había enseñado una radiografía de su interior: los receptáculos oscuros y blancos, las duras madejas entre las cavernas. Había desconfiado de ella por eso, por ser capaz de ver como lo hacía. Aquella mujer era más bajita que él y los lunares le salpicaban los brazos y la cara; tenía el pelo muy negro y las cejas se le juntaban en el centro como a Gretel. Utilizaba los ojos del mismo modo que la máquina que le había hecho la radiografía: sentía que lo traspasaban.

El barco en el que vivían estaba amarrado no muy lejos de donde Marcus tenía plantada la tienda y era verde y naranja por el moho y el óxido. No se parecía al de Charlie; no tenía ventanas, sólo una escotilla en la cubierta por donde la luz caía, veteada, sobre unas pieles de oveja y unas mantas de tartán amontonadas; unos cubos llenos de platos sucios, un hornillo de gas, pilas de libros y de vajilla. En la encimera había un cuenco del que ella cogió un huevo que peló y le ofreció. Marcus se lo metió en la boca sin saber hacia dónde mirar. Clavó la vista en las botas de la mujer, que eran pesadas y tenían pegotes de barro.

Iba a preparar algo de comer, dijo de un modo que no dejaba claro si lo estaba invitando a quedarse o no. Gretel lo cogió de la mano y lo condujo afuera escaleras arriba.

¿Ésa es tu madre?, le preguntó en voz baja para que la mujer del barco no lo oyera. Gretel estaba de puntillas tirando de un pescado que estaba empezando a pudrirse en uno de los móviles de viento.

Ésa es mi madre, soltó en voz alta. Se llama Sarah. Me dijo que quería conocerte, que sentía mucha curiosidad por conocer al chico del libro.

¿El chico del libro?

Ése eres tú. Así es como te llama, o el chico de la tienda o el callado.

¿El callado?

Le dije que no hablabas mucho y ella me contestó que parecías la encarnación del silencio. A veces habla así.

Hicieron la ronda de las trampas y los móviles de viento y, para cuando volvieron, Sarah estaba sentada fuera con las piernas colgando por el lateral. Tenía una sartén de hierro colado en una mano —se veía salir humo, había beicon churruscado dentro— y un cigarrillo en la otra. Gretel echó a correr y se le abrazó al cuello.

Cuidado, El, dijo. ¿Quieres uno?, le ofreció a Marcus.

¿Qué?

Hizo un gesto con la cabeza de modo que el cigarrillo que tenía en la boca osciló de arriba abajo. Un cigarrillo. ¿Quieres un cigarrillo?

No, gracias.

Como quieras.

Él no sabía qué hacer con los brazos y las piernas. Cuando se movía, tenía la impresión de tambalearse de forma ridícula. Ella llevaba puesta una fina camiseta blanca bajo la cual se distinguían los tirantes de un bañador y una falda de seda ajustada a los muslos, y removía la sartén mientras fumaba. Tenía la boca muy grande y el labio inferior grueso. Marcus no creía que fuera mayor que sus padres, pero claro, aparte de Fiona, no conocía a nadie mayor que ellos. No fue la primera vez que lamentó no tener más recursos; no saber instintivamente qué decir ni qué hacer. Ella fumaba despacio, retirándose el cigarro de la boca o simplemente soltando el humo por la comisura. Cuando terminó, cogió una loncha de beicon de la sartén caliente y se la comió. Marcus vio la grasa de sus dedos. Luego se los limpió en las rodillas, que eran pardas como el agua del río.

Toma.

Marcus cogió una tira de beicon de la sartén. Gretel cogió dos y salió corriendo antes de que nadie pudiera detenerla. Él se giró y la vio adentrarse a toda prisa en la arboleda. Cuando se hubo marchado, tomó conciencia de la forma de los espacios: el cuadrado que lo separaba de Sarah, el triángulo que formaban sus piernas al pender por el lateral húmedo del barco, el aire entre sus propias manos abiertas.

Háblame de ti, le dijo. Eres Marcus, ¿verdad? ¿Tienes un canto del cisne?

¿Un qué?

¿Qué dirías sobre ti si fueras a morir en este preciso instante?

Sintió que lo invadía una oleada de pánico. Estaba seguro de que ella era capaz de leer en su cara todo lo que había ocurrido: la razón por la que se había marchado; lo que había visto y oído en el río; lo que había pasado con Charlie; la razón por la que no podía volver a casa.

Me dedico a caminar, terminó diciendo con palabras entrecortadas. Sintió como si ella se hubiera abierto paso en su pecho y lo hubiera dejado todo patas arriba. Nunca había experimentado nada parecido y no estaba seguro de lo que significaba. Sarah se parecía mucho a Gretel: uno de los ojos ligeramente más grande que el otro, las pupilas del color del acero.

¿Que vas caminando adónde? ¿En busca de qué?

Solamente hago eso. Sólo camino.

¿Sólo caminas? Eso suena genial. ¿Caminas sin rumbo fijo? Eso suena gusgus.

Sí, repuso él. Estaba un poco descolocado por el modo en que repetía sus palabras, devolviéndoselas con aquel tono interrogativo al final. Tal vez.

Creo que nos marcharemos pronto, le anunció. Ella se había girado hacia el agua. Iremos río abajo, a ver qué encontramos. A Marcus le pareció que, en realidad, no se estaba dirigiendo a él. Le dio la impresión de que estaba escuchando algo que no debía.

A veces me entra la impaciencia, ¿sabes? De nuevo se volvió hacia él para mirarlo. Sintió que su gran mirada abarcadora le calaba la piel, la penetraba.

Sí, dijo. Aunque no lo sabía.

Llevamos aquí desde que Gretel nació. Es mucho tiempo en un mismo sitio. A veces lo único que quiero es... No acabó la frase, se limitó a levantar los brazos y a estirarlos como si estuviera

atravesando una barrera invisible.

Se sentaron a comer a la mesita. Gretel hablaba muy rápido y se derramaba encima la sopa que Sarah había cocinado. Él tenía tanta hambre que se metía las cucharadas hirviendo en la boca y se quemó el paladar.

¿Más?

Sí, por favor.

Sarah le rellenó el cuenco. Ella había comido poco, se había fumado otro cigarrillo. Para ser tan menuda, parecía —en parte como le pasaba a Gretel— ocupar mucho espacio. Estaba sentada en el banco con un pie descalzo levantado y pegado a ella, un codo en la mesa y reclinada hacia atrás. Él se comió el cuenco de sopa. Sintió que el estómago le daba calambres al recibir el inesperado alimento, más del que había ingerido desde la muerte de Charlie.

Leemos la enciclopedia, ¿verdad?, dijo Gretel.

Sí, confirmó Sarah.

Esta mañana hemos leído acerca del Minotauro. ¿Sabes lo que es, Marcus? Es una criatura con el cuerpo de un hombre y la cabeza de un toro que vive en un laberinto, algo que, por cierto, me hace pensar en el panóptico. ¿Sabes lo que es eso?

Como no te calmes, te vas a atragantar, Hansel, le advirtió Sarah. Y yo no voy a practicar la maniobra de Heimlich.

Vale. Es la cárcel perfecta porque sólo hay un vigilante, pero los prisioneros no saben si los están vigilando o no, así que se comportan como si siempre los estuvieran vigilando, aunque no sea así. Mamá dice que funciona gracias a una paranoia autoimpuesta. Yo no sé mucho sobre eso, pero me hizo pensar en el Bonak.

Marcus dejó la cuchara en el cuenco. Cuando alzó la vista, Sarah lo estaba observando otra vez. Ojalá no se pusiera tan nervioso cada vez que ella lo miraba. Se sentía la lengua demasiado grande en la boca, oía el clic que su respiración hacía al salirle el aire por la garganta.

¿Has oído hablar de él?, le preguntó Sarah. Ya sabes, del Bonak.

No sé, respondió.

Vienes de la parte alta del río, ¿no?, del norte. Llevamos semanas oyendo rumores sobre el tema procedentes de esa dirección.

¿Qué rumores?

Gretel le dio a Marcus unos toquécitos en el brazo, pero no dijo nada.

Seguramente no sea nada, dijo Sarah, y apiló los cuencos de la sopa. La gente del río siempre ha sido supersticiosa. El agua tiene el poder de enturbiar lo que estaba claro. ¿Crees que no he visto cosas ahí fuera? Cuando está nublado o en días de calima, me parece haber visto cosas que había dejado atrás y que nunca creí que volvería a ver. He visto a un hombre delgado caminar entre los árboles, a un animal con la cara de una mujer y cosas peores. Por estos pagos, una persona puede convencerse de cualquier cosa. La gente del río es diferente al resto. Por aquí no verás a la policía. No verás a los servicios sociales ni a un cura. Los ribereños no utilizan espejos; no les gusta estar en tierra firme mucho tiempo. En fin. Seguro que no es nada.

Era lo máximo que le había oído hablar y se sintió algo aturdido, incapaz de pensar en algo que decir.

Pero nosotras seguimos ojo avizor, añadió Gretel. ¿Verdad?

Sí.

A medianoche, de vuelta en la tienda, aquello lo alcanzó, lo empapó. Apartó de un manotazo el saco de dormir y se sentó en la oscuridad más absoluta. Ahogó el sonido de su llanto en la muñeca, ahora mojada, se tiró del film transparente, que se había enrollado por completo, se pasó la mano por los pelillos que le estaban creciendo en la barbilla. Aguzó el oído un momento para ver si oía al muerto que andaba por el bosque. Nada.

LA BÚSQUEDA

La noche siguiente a mi comida con Fiona recibí un correo electrónico. No tenía asunto y no habías escrito mi nombre ni firmado con el tuyo. Con todo, sabía que lo habías enviado tú. Era como si hubieras sacado los brazos por la pantalla y me hubieras rodeado el cuello.

«Estoy en el río. Lo he encontrado.»

Debías de estar con Marcus, eso era. Pensé en decírselo a Roger y a Laura, en llevarlos conmigo. Pero ¿y si te habías equivocado? ¿Y si estabas loca? ¿Y si resultaba que al final no lo habías encontrado?

Me prestaron una tienda y un saco de dormir. Quería dejar allí a *Nut*, pero él me seguía, se sentaba y me enseñaba los dientes llenos de picaduras.

Quieto ahí. Ahí. Se me abalanzó, intentó morderme.

Antes de marcharme, pasé por la cocina y les pregunté a Roger y a Laura qué iban a hacer a continuación. La puerta del cobertizo de Fiona estaba abierta por el calor y se oía música procedente del interior, electrónica y rápida. Roger colocó al bebé en la mesa y éste intentó rodar hacia el borde, llevándose un brazo a la cadera para coger impulso. Me parecía increíble que se quedaran allí. Se había producido un cambio. Lo veía en sus caras y en sus gestos. Sin proponérmelo, había revivido a Margot, la había resucitado. Llevaban mucho tiempo sin ver más que la puerta que había cerrado al marcharse, pero ahora sabían adónde había ido y podían imaginársela allí. Laura se encogió de hombros y salió al jardín.

Está enfadada conmigo, confesó Roger.

¿Por qué?

Cree que me he rendido.

Cerré la cremallera de la mochila que me habían prestado. Iba a dejarles el coche allí. Yo contaba con cosas que Margot —que se fue en plena noche, asustada— no había tenido: un mapa y comida suficiente para el viaje de ida y vuelta.

¿Y es así?

Él abrió las manos para abarcar la casita, a las niñas que se tiraban hechas una bola por el tobogán mientras Laura les gritaba que tuvieran cuidado, al bebé que se debatía por dar la vuelta a su pesado cuerpo, el fregadero lleno con los platos de la cena de la noche anterior. ¿Qué hay de

malo en rendirse?

Yo me lo quedé mirando y pensé que quizá tuviera razón. Tal vez no pasara nada si al final yo no te encontraba. Esbozó una media sonrisa y abrió el grifo sobre los platos sucios.

¿Puedo preguntarte una cosa?, le dije.

Depende de qué.

Aquel invierno mi madre y yo teníamos miedo de algo. Margot, también. Creíamos que una criatura se estaba llevando a niños y que iba a por nosotras. Lo llamábamos *el Bonak*.

¿El Bonak?

Es una palabra que nos inventamos cuando yo era muy pequeña. Nos inventamos muchas otras, pero ésa es la que más recuerdo. Llegó a significar cosas distintas a lo largo de los años, pero siempre se refería a cosas que nos daban miedo.

Seguro que, al vivir en un barco en el río, la lista era larga.

Sí.

Yo era un chiquillo asustadizo, dijo. No como éstos, que no le tienen miedo a nada.

¿De qué tenías miedo?

Volvió a hacer aquel gesto con las manos. De lo típico: del monstruo debajo de la cama, en el armario, de los coches, de las espinas del pescado, de que el columpio se diera la vuelta en lo alto en el parque... Ahora recuerdo que hubo un momento en que todo aquello sobre lo que mis padres me habían advertido se fusionó.

¿Te volviste temeroso? Creaste un monstruo.

En cierto modo, sí.

Eso es lo que quería preguntarte, le dije. Cuanto más recuerdo, más lo veo como simples retazos, como fragmentos de cosas que sé que en ese momento me parecían tremendamente importantes. Creíamos en cosas.

Se giró hacia mí. ¿Quieres que te diga si creasteis al Bonak que visteis aquel invierno? ¿Tu madre, Margot y tú?

Sí. ¿Crees que lo hicimos? ¿Que cobró vida de tanto hablar de él?

No sé si eso es relevante, dijo, y observé su cara mientras él pensaba en Margot. Yo también pensé en ella: en su pelo cortado al ras, en su cara cada vez más angustiada a medida que el año tocaba a su fin.

En la puerta, Violet había empezado a chillar; no a llorar, sino a berrear. Me pregunté si, cuando fuera adulta, conservaría recuerdos extraños y distorsionados de mí: una mujer que pasó una semana con ellos un verano y luego se fue. Cuando eché a andar, *Nut* me adelantó corriendo, ladrando y rastreando el suelo con el desgarrado hocico. Yo me sentía igual. Era bueno volver a estar solos de nuevo. Aunque regresáramos al río. Cuando llegué al canal, me di cuenta de que no me había despedido de Fiona. Tal vez fuera mejor así. Recordé el tenedor cargado de comida dirigiéndose a su boca, el mantel de papel que se desgarraba bajo sus brazos, el movimiento de sus mandíbulas al masticar. Recordé lo que me había contado.

El verano después de que el niño Fiona viera cómo castraban a los toros, empezó a probarse la ropa de sus hermanas. Volvía a la casa a hurtadillas cuando todo el mundo estaba en el colegio o en el trabajo. Se ponía sus vestidos y se examinaba en el espejo del ropero, embutía los pies en

sus zapatos demasiado pequeños. Pasaba horas sin fin en aquellas cavernas de encaje rojo, gamuza azul, seda y piel. ¿Se lo habrían notado sus estresados padres, que se quitaban las botas de un puntapié en la puerta y se comían las tostadas por el camino? ¿Sabrían que le había robado la cuchilla de afeitar a su madre y que se había afeitado el traicionero vello del cuerpo? ¿Que soñaba con la castración, con las frías paredes del cobertizo, con la puerta que traqueteaba en los raíles al cerrarse, con los testículos reventando como melocotones?

Vivió años siendo un varón. Demasiados. No valía la pena ni mencionarlos. No les dijo a sus padres lo que pretendía hacer. Se marchó y supo que ya no habría vuelta atrás. Una parte de él se quedaría allí, en su vieja y estrecha cama o en el prado de arriba, adonde corría para rescatar a un ternero extraviado. En la ciudad tendría otro nombre y otra cara.

Llevaba cinco años o así siendo mujer cuando les escribió a sus padres una carta sin firmar. «Vivo en la ciudad. La gente que me cruzo por la calle no cree que sea un hombre. Ayer me llamaron señora en una panadería. ¿Lo sabíais antes que yo y os faltaron palabras para explicármelo?» Sus padres nunca respondieron y ella no los culpó. No eran el tipo de personas que se habrían tomado la molestia de escribirle a un extraño. Ella no era el niño que se había sentado con recato a su mesa, cuyos pies apenas tocaban el suelo y cuyas manos planeaban unos centímetros por encima del tablero. No volvió a enviarles nada, aunque a veces escribía como si tuviera intención de hacerlo. «Trabajo en un supermercado. No me gusta, pero con eso me pago el alquiler. Aún no sé cómo hablarle a la gente, así que estoy sola casi todo el tiempo. No me acuerdo de vosotros, ni de la granja ni de lo demás. Ha pasado casi una década desde la última vez que os vi y nada de lo que recordáis de mí existe ya.»

Eso no era todo. Se produjo una transformación aparte del hecho de convertirse en mujer. Al principio fueron pequeños detalles: estirar una mano para coger una taza antes de que cayera, llevarse un paraguas aunque hiciese buen tiempo. Luego se hizo más patente. Evitaba ciertas calles o tiendas, cogía rutas distintas cuando salía a pasear, no se ponía una falda cuya cremallera sabía —aunque no cómo— que se rompería ese día. Llegó a darse cuenta de que no era un sexto sentido, sino más bien una certeza, como si algunas partes de su cerebro estuvieran igual de vacías que unas grutas marinas y, de vez en cuando, se llenaran de un conocimiento que antes no había estado allí.

Había visto la casita en el escaparate de una inmobiliaria y le había gustado, entró a preguntar y salió con la seguridad de que se la quedaría. Estaba cansada de ir de ciudad en ciudad cada mes, de coger trenes, de estar siempre vigilante. Una casa le proporcionaría seguridad. Pintaría las escaleras de amarillo y el baño de verde. No tenía muebles, pero se veía allí, bebiéndose una copa de vino en el escalón que daba al jardín o abriendo las ventanas atascadas haciendo palanca.

Una semana o así después de mudarse, apareció un hombre con un bizcocho de plátano que le dijo que era el vecino y que, si necesitaba algo, no dudara en pedirselo. Tenía ojos de búho con aquellas gafas, cara de luna y un jersey lleno de agujeros. Ella preparó unos bocadillos. Él la invitó a cenar y, en ese momento, sintió la quemazón de algo que aún era incapaz de identificar: la sensación familiar de una certeza que no procedía de sí misma pero que iba abriéndose camino en ella. Escrutó al hombre con detenimiento mientras éste se terminaba su bocadillo y fregaba el plato —sin pedirle permiso— en el fregadero. ¿Qué era? ¿Qué dejaba traslucir su cara? Él le habló de Laura, la mujer a la que amaba, y de su hija, que se llamaba Margot y que estaba loca

por ella.

¿Loca por mí? Pero si no la conozco.

La acompañó al jardín y señaló una ventana de la casa de al lado donde, por un momento, se vio una cara asomada.

Me temo que te ha estado espiando. Se suponía que era ella la que iba a traer el bizcocho, pero se ha echado atrás.

Fiona veía el precipicio que el hombre tenía ante sí, el abismo en el que iba a caer. Aún no sabía de qué tipo, sólo que estaba allí. Le dijo que estaría encantada de ir a cenar.

La vida familiar de los vecinos la calmaba. Solía ir a menudo a comer, le leía a Margot sentada a la mesa. Se fue olvidando cada vez más de lo que había sentido aquel primer día, de la razón por la que les había permitido trabar amistad con ella. Cocinaba horribles y extravagantes platos en su cocinita, dejaba que Margot plantase calabacines en su jardín. Celebraban los cumpleaños juntos con una confianza que le sorprendía. No eran su familia; no eran su sangre. Margot hacía dibujos con palotes en los que Fiona los sobrepasaba a todos en altura, tenía unas manos grandes como palas y la boca convertida en un amplio arco sonriente.

Hubo un año malo. Los había habido antes y aún no le había pillado el truco a cuándo vendrían, en qué momento surgirían como llagas a lo largo de las décadas. No acudía a las citas con Laura y Roger porque los días transcurrían sin que se diera cuenta, se despertaba y descubría que había pasado una semana y no tenía la más remota idea de lo que había hecho en su transcurso. Volvía en sí en el baño de una cafetería, en un autobús, en una habitación en la que nunca había estado. El tiempo se refractaba, se relajaba, era maleable como la arcilla.

Se dedicó a echar las cartas del tarot en la trastienda de algunos negocios o a sacarse un dinerillo prediciendo los ganadores de las carreras de caballos, aunque, como todo el mundo, era proclive a equivocarse tan a menudo como a acertar. Robó carteras, entró en un par de casas, la metieron varias noches entre rejas. Se le pasó el pago del alquiler y no volvió a su casa. Durmió debajo de puentes, en portales, en autobuses. Durmió en estaciones de tren, donde predecía los retrasos y las cancelaciones semanas antes de que ocurrieran y observaba la llegada de los vagones de siempre, a la misma gente subir y bajar.

La cosa empeoró. Los días no seguían un curso lineal, sino que daban saltos hacia delante o hacia atrás. Llegó a darse cuenta de que —durante todo ese tiempo— lo que predecía tenía sus consecuencias. La taza que había cogido antes de que cayera se hacía añicos en sus manos unas horas después; el paraguas se le rompía en mitad de una tempestad tan grande que creía que se la iba a llevar volando. Rastreó a todo aquel al que había advertido de algo a lo largo de los años: a la gente a la que había retenido en un semáforo o a la que le había dicho que no cogiera un avión, a la mujer cuyo cáncer había empezado a echarle raíces en el vientre. Al principio había poco con lo que establecer un patrón, pero después resultó innegable. Tras haber remitido, el cáncer de la mujer volvió a manifestarse con fuerzas renovadas. Su historia estaba salpicada de accidentes de coche que había evitado y que se habían producido al poco tiempo. Ser consciente de ello la volvió medio loca y, durante seis meses, pasó por diferentes pabellones psiquiátricos u hogares de transición. Nunca había sido lo que creía que era. Jamás había sido capaz de cambiar el curso de las cosas, sólo había sabido lo que iba a pasar. No podía imaginar nada peor.

Cuando reapareció en la puerta de Roger y Laura, había decidido hacer caso omiso de todo excepto del presente. Ellos no le preguntaron dónde había estado ni por qué los había tenido un año entero sin noticias, y ella lo agradeció.

Ocho años después de conocer a Margot, se despertó con el peor dolor de cabeza que había tenido en casi una década. ¿Por qué lo llaman *dolor de cabeza* si lo sientes en las encías, en la columna y hasta en las rodillas?, se preguntó. Llenó el lavabo de agua y metió la cara: nada. Llevaba años sin presentir nada, pero con la migraña llegó una oleada de conocimiento fresco e indeseado. La casa le murmuró todo lo que iba a ocurrir. Vio que las vigas cedían, que el desván se venía abajo y aplastaba las demás habitaciones, que el agua del río subía y se tragaba el jardín. No sabía cuándo sucedería, pero sí que pasaría. Un día la casa habría desaparecido.

Mientras volvía a la cama se acordó del día que era: el cumpleaños de Roger. Se vistió, se administró una dosis de los calmantes más fuertes que encontró en el armario y bebió vodka en la cocina para tranquilizarse. Ayudó a decorar. Preparó una tarta que sabía que no iba a subir. Se puso los tacones más altos que tenía. Bailó a pesar de las náuseas que la invadían como una nueva marea interna, a pesar del hormigueo de sus manos. Esperó a que llegara eso que, fuera lo que fuera, estaba nadando hacia ella, desechando posibilidades hasta que no quedó más que una certeza.

Cuando lo supo, lo supo sin más. Margot estaba cortando la tarta. Roger y Laura estaban borrachos, el uno en los brazos del otro, bailando unos pasos a los que nadie habría sabido ponerles nombre. Notó que los ojos se le estiraban en la cabeza como si fueran elásticos. Deseó con todas sus fuerzas no saber nada, no haber sabido nada aparte de lo que podía ver, oír y sentir. Se agarró la cabeza con las manos y ansió que aquello desapareciera, pero era innegable como el hierro, innegable como las estaciones, inflexible como la piedra. Daba igual que hubiera descubierto la imposibilidad de cambiar el curso de las cosas. A lo mejor se había equivocado, pensó mientras se inclinaba hacia delante en la silla para levantarse. A lo mejor esta vez era diferente. Tenía que intentarlo.

Cuando Laura y Roger se acostaron, Fiona encontró a Margot en la cocina fregando los últimos cacharros. La cara de Margot se reflejaba borrosa y duplicada en la ventana.

Lo siento, dijo, y Margot alzó la vista hasta ella. Ya parecía asustada, pensó Fiona. No quiero decírtelo, pero lo sé con toda certeza, del mismo modo en que otra persona sabe el lugar donde nació o el nombre de soltera de su madre.

Margot no dijo nada. Fiona se la quedó mirando. Quería retractarse. Quería sufrir una extirpación, un ataque repentino que le dejara el cerebro seco y árido como un desierto. Habría preferido no saber nada a saber aquello. Cogió a Margot por los hombros y le contó lo que sabía que iba a hacer. En el fregadero, detrás de ésta, había un barreño lleno de agua con una capa de jabón amarronado. Durante menos de una milésima de segundo, llegó a pensar en meterle la cabeza allí y no dejarla salir, en ahogar la posibilidad.

No te creo, le contestó Margot, pero aquéllas no eran sus palabras. Siempre había creído que Fiona podía predecir el futuro. Ahora que lo sé, no lo haré, le aseguró. Ahora que me lo has dicho, lo evitaré.

Deberías marcharte ahora mismo. Esperaré a que te hayas ido, dijo Fiona.

La ayudó a meter ropa en una mochila, cogió comida de los armarios y de la nevera, llenó una botella de agua del grifo. Margot se sentó en el primer escalón y Fiona se arrodilló delante de ella y le ató los cordones de los zapatos. Margot mencionó algo de dejar un mensaje, una nota, de subir a despedirse. Fiona se plantó a los pies de las escaleras bloqueándole el paso hasta que se hubo marchado.

Luego se sucedieron unos años tan difusos que sólo alcanzaba a recordar algunos detalles: el llavero rojo de la casa donde tenía una habitación alquilada, el tacón que se le rompió en un zapato que dejó tirado por ahí, billetes de tren que no recordaba haber comprado, ni tan siquiera utilizado. Durante un tiempo rastreó aquellos apartados remansos del río con la esperanza de encontrar a Margot. No para llevarla de vuelta, eso nunca, sino para saber que estaba a salvo, que había acertado mandándola lejos. Pero nunca la encontró, jamás llegó a detectar siquiera su presencia, un atisbo de algo. Como si, al hacer lo que había hecho, hubiera cerrado una puerta que no podría volver a abrir. Deambuló sin recordar por dónde. Se sintió atraída de nuevo hacia el callejón sin salida donde Roger y Laura vivían, el único sitio en el que realmente le había gustado estar, con las cortinas echadas.

EL RÍO

Marcus salió gateando de la tienda con las primeras luces del día y se puso en pie pestañeando, con la boca seca. La corriente se había ralentizado un poco; los árboles se alzaban en tierra firme, no en el agua. El helor te calaba los huesos. Tenía los dedos azules. Se puso a coger ramitas del suelo como pudo, pero, cuando volvió, se dio cuenta de que no tenía cerillas, ni papel ni la menor idea de cómo hacer un fuego. Se sentó en la tienda con todos los jerséis puestos y el saco de dormir por los hombros. Se acordó de los brazos de Sarah, levantados, liberándose de lo que fuera que la estuviera reteniendo. Se recostó, se tapó la cabeza con el saco de dormir y pensó en que, de madrugada, había tirado un cuenco y había gritado «¡garrarpía!» a pleno pulmón, una palabra que no creía que existiera, pero a la que sin saber cómo había dado vida con sólo pronunciarla. Nunca había conocido a nadie igual. Sentía que estaban unidos de un modo que no comprendía. Ojalá no la hubiera visto nunca; ojalá la viera el resto de los días que le quedaban por vivir. Al pensarlo, cayó en la cuenta de que así es como se había sentido al ver al ladrón del canal: por una parte, le agradaba la idea y, por otra, no podía soportarla.

Se levantó. Iría al barco y le pediría que le enseñara a encender un fuego. Ella diría: por supuesto, o: quédate aquí, tenemos estufa. Veía su boca modelar las palabras, las mangas de su camiseta en contraste con su piel bronceada, percibía su olor salado cuando se movía.

Estaba lloviznando. Los móviles de viento de Gretel giraban en los arbustos, lastrados por el peso de sus pequeños cadáveres. No veía el barco por culpa de la maleza. Fue de acá para allá cojeando, con las manos metidas en los bolsillos para mantenerlas calientes. Oía cantar a una o a la otra, no palabras, sino una única nota, interminable. Al alcanzar la orilla, vio el barco y se detuvo.

Sarah había conectado la manguera al bidón del agua y la tenía sujeta en alto. La tierra a sus pies se había convertido en barro. Debajo de los brazos tenía unos matojos de pelo negro y espeso. El chorro de agua le caía directamente en la cara, que tenía vuelta hacia arriba, con la boca abierta. La piel se le estaba amoratando de frío. Tras ella, el motor del barco seguía ronroneando.

No era la primera vez que veía a alguien desnudo. Había entrado sin querer en el baño cuando Laura se estaba duchando: los pliegues de su vientre rosado, la pálida parte inferior de sus brazos. Las piernas llenas de venas azules de Roger y su pequeño trasero. Había visto a Fiona a través de la puerta entornada: una franja de nalgas entre las cremalleras descorridas, el bulto del tamaño de una mandarina en la ropa interior blanca que llevaba.

Esto era diferente. Ya era tarde para apartar la mirada. Sus pechos —el izquierdo ligeramente más grande— se balanceaban al restregarse el pelo con ambas manos. La presión de los

músculos en la parte superior de sus brazos menudos, en los surcos de sus pantorrillas. La insinuación de huesos —se acordó de la radiografía— debajo del contorno de una cadera, la protuberancia de sus rodillas. Y eso también: el matojo de pelo entre las piernas, los rizos negros por los muslos. La vista se le fue ahí tan de inmediato que no estaba seguro —cuando la apartó y miró hacia arriba— de cuánto tiempo llevaba ella observándolo.

Ese día, cuando al cabo de unas horas se despertó, Gretel estaba acucillada junto a él con la nariz casi pegada a la suya y los puños a cada lado de su cara. Marcus contuvo el aliento. Ella lo miraba con los ojos abiertos al máximo.

He ganado, le dijo, y, al verlo pestañear, soltó una risotada siseante. Sarah dice que te necesita.

Cuando llegaron al barco, una mujer, la carnicera, estaba en el sendero fumando tabaco de liar y escupiendo hebras sueltas. Era alta y tenía unas manos diminutas y pelusa en lugar de pelo. Al lado de Sarah parecía un oso. Ambas se giraron para mirarlo cuando llegó, y la carnicera le dijo algo a Sarah que él no alcanzó a oír, pero que le arrancó un murmullo a esta última: es verdad. La carnicera se agachó para apagar el cigarrillo.

Marcus esperaba que Sarah le comentara algo sobre que la había visto cuando se duchaba, pero, haciendo un gesto hacia el pequeño remolcador de la carnicera, se limitó a decirle: échanos una mano. Él la siguió. Sarah lo tocó con toda naturalidad en la mano y en el hombro mientras le hablaba de algo cuyo hilo perdió y que tampoco entendía. Se había recogido el pelo en la nuca; era como una cuerda. Él memorizó cada sitio en el que lo había tocado. Aquí, aquí y aquí. Ella le chasqueaba la lengua, lo reprobaba. Tenía una cicatriz en el cuello, en diagonal a la arteria, como si la hubieran ejecutado a garrote. Eso solamente lo convenció aún más de que, por algún motivo, ella era invencible, de que pertenecía a otro mundo diferente al suyo.

Bajaron al remolcador. Los cuerpos estaban embadurnados en manteca blancuzca y tenían las patas tan gruesas como su pecho. No sabía muy bien lo que eran, si cerdos, terneras o corderos. En el barco de la carnicera hacía tanto frío como en una nevera, y los trozos de carne colgaban de ganchos dispuestos en la pared. Sarah agarró uno y lo balanceó hasta que él cogió la base, con las rodillas dobladas, tembloroso y exhalando vaho gris. Pesaba más de lo que nunca había cargado. Al subir los escalones metálicos agujereados, la pierna mala le falló y la carne le resbaló amorosamente por la cara mientras Sarah chasqueaba la lengua un poco más arriba. Le recordó a cuando había acarreado el cadáver y lo había subido por las escaleras en aquel otro barco y lo mucho que también le había costado entonces. Contuvo la respiración. Sintió que las manos le temblaban.

Arriba, le ordenó ella, hasta que él recuperó el equilibrio y se enderezó. Venga. Arre, arre.

Quería decirle que no había tenido intención de quedársela mirando, de ver la veta de pelo o el balanceo de sus pechos, que lo sentía. Gretel bailaba en el sendero, arrancaba ortigas como si no le hicieran daño, se quitó los zapatos de un puntapié, colocó las manos en el barro e hizo el pino. Había una lona impermeable azul extendida en el suelo. Dejaron allí la pieza. Marcus empezaba a identificar su anatomía. Las patas que sobresalían, el tajo seco donde había estado la cabeza. Había un saco lleno de sal. Sarah le mostró cómo restregarla por la carne.

No, así no, dijo. Le colocó la mano plana, puso la suya encima e hizo presión. Más fuerte, así. Sarah tenía la piel áspera, sus pulgares eran como cinturones de cuero. Estuvieron salando hasta que él sintió los granos de sal bajo las uñas; hasta que se sintió como si lo estuvieran

curando a él y le estuvieran curtiendo la piel para que el agua no pudiera traspasarla. Por un instante pensó en cómo sería respirar bajo el agua. No estaría tan mal. Nadie lo vería nunca. Nadaría. Sólo que —recordó— allí era donde estaba el muerto.

Ella volvió a cogerle la mano. Fuerte, presiona fuerte. Un intenso bochorno lo embargó al percatarse de lo consciente que era de cada parte de ella. Intentó pensar en otras cosas más lógicas: en las tablas de multiplicar, en las fronteras entre los países. Ella retiró la mano y él sintió que le cortaban algo, que le amputaban un miembro.

Este no está tan hermoso como el último, le dijo a la carnicera, que estaba liando unos cigarrillos para ambas mientras Gretel le tiraba de la manga.

Lo dudo. La carnicera no levantó la vista de las manos. Viene de la misma granja, la que está al lado de la refinería. Allí los alimentan directamente de sus propios platos. Como si fueran bebés.

Tiene el lomo más estrecho, dijo Sarah. Más viejo. Se huele a la legua. Hazme un buen precio.

Marcus sabía que Sarah iba a conseguir lo que quería. La carnicera entrecerró los ojos y plantó bien los pies en el suelo, pero Sarah no se inmutó. Marcus pensó que nunca le habían negado nada que ella hubiera pedido. Se preguntó qué le pediría a él y sintió un tirón en el vientre. Se preguntó si debería marcharse antes de que eso ocurriera. Ya no estaba seguro de que eso fuera posible. Estaba anclado, ¿verdad?

De acuerdo, dijo la carnicera alzando las manos al cielo.

Marcus las observó estrechar la mano para sellar el trato y luego se sentó en la ribera. Gretel subió unas tazas de té refunfuñando cuando Sarah se lo pidió. Él no habló mucho. ¿Qué iba a decir? Cuando Sarah preguntó cómo iba la cosa, la carnicera le habló de las zonas del río con marea en las que los barcos eran grandes como casas y donde la corriente, de lo fuerte que era, había hundido tantos yates como en el mar; de la podredumbre que se había apoderado de la mitad delantera de su barco, de modo que, durante un mes, había tenido que acampar en la sala de estar de su hermana mientras lo arreglaban y darle conversación al desgraciado de su cuñado.

De vez en cuando Marcus alzaba la vista y veía que Sarah lo estaba observando a través de las volutas de humo de su cigarrillo. Sintió que el film transparente se le había movido debajo de la ropa.

También tuve problemillas la semana pasada, siguió contando la carnicera, que se levantó y se desperezó. En el techo del barco, Gretel hizo un pino inestable, perdió el equilibrio y cayó hacia delante.

¿Qué te pasó?, le preguntó Sarah.

El lunes pasado. Yo no me enteré de nada, pero, cuando salí por la mañana, el candado estaba roto. El que vino había sacado a rastras una de esas terneras que escojo a veces en Brooke Farm, más grande que tú y que yo juntas, la había descuartizado en el sendero y se había llevado algunas piezas.

¿Que la descuartizaron?

Como te lo digo. También se llevaron algunas aves de corral. Un par de pollos. El viejo ése —¿cómo se llama?— sólo quiere codornices, así que siempre le recojo una docena más o menos. Se llevaron casi la mitad.

¿Crees que fue algún chaval?

A lo mejor. No haberme enterado de nada me pone los pelos de punta. Tengo el sueño ligero, a veces no pego ojo. Si hubieran sido críos, creo que los habría oído. Normalmente me entero cuando van por allí buscando un sitio donde hacer botellón.

Marcus venía de donde tú. Has oído algo, ¿verdad?, le preguntó Sarah.

Sí. Marcus tragó saliva, intentó no mirar a ninguna de las dos y terminó con la vista clavada en el cielo, con la cabeza echada hacia atrás.

¿Qué has oído?, le preguntó la carnicera.

No le salían las palabras. No sé. Algunos pescadores decían que había cosas que desaparecían por la noche y me pareció... me pareció...

Había estado a punto de contarles lo que había visto en el bosque aquel día —recortado por la luz—, pero, al mirar a Sarah a la cara, se dio cuenta de qué pensaría después de su conversación de la noche anterior: aquello le sonaría a locura, a alucinación.

¿Quién es entonces?, preguntó Sarah.

La carnicera resopló abriendo los brazos a ambos lados, reticente. Ni idea. Se quitó un terrón de barro del talón de la bota. Dudo que vengan por aquí. ¿Qué iban a robar? ¿Quieres un par de conejos?

Venga, échalos.

La observaron descolgarse por el lateral hasta su gabarra, que se hundió con su peso. Él permaneció sentado muy callado.

Huele a lluvia, dijo Sarah, y se levantó. ¿Te echo una mano? Tenía razón; la pierna se le había quedado dormida. La mano que le tendía era ancha y plana como un timón.

La lluvia no huele, dijo Gretel.

Sí que huele. Huele a hierro. Vamos a encender las lámparas.

Gretel le enseñó a jugar al Scrabble. La estufa estaba bien provista de leña y el barco estaba caliente como un horno e iluminado con velas que goteaban por las paredes húmedas. Marcus creía que a veces hacía trampas. Las palabras eran enrevesadas y nunca definitivas, serpenteaban como cardúmenes de peces. Preferiría estar haciendo rompecabezas, como había hecho en casa, con las piezas desperdigadas por la moqueta. A veces, cuando miraba las letras por el rabillo del ojo, creía haber dado con una palabra, pero lo máximo que se le ocurría era *la*, *todo* o *eso*.

Nanay, decía Gretel. No se permiten palabras de dos letras.

Eso no es una regla.

Sí.

El film transparente que le envolvía el pecho estaba tirante y empapado. Quería quitárselo, tirarlo al río. No se atrevió. Sarah aparecía y desaparecía a la luz de la lámpara para envainar el cuchillo que había utilizado para trocear el conejo o para colgar del techo las carcasas de los animales. Las polillas, atraídas por la luz, aterrizaban en la mesa, donde abrían y cerraban sus alas. Sarah dio un paso adelante, movió las letras de Marcus, se acercó tanto que éste pudo oler el aliento a tabaco en su nuca.

En la tienda, se metió la mano en el bolsillo. Sus dedos tocaron algo suave que reculaba. Lo sacó. Los ojos del ratón captaron el movimiento del agua y rodaron como canicas. Marcus levantó la mano y pensó en tirarlo al campo, pero se detuvo. Le vino una idea a la cabeza. Se

inclinó despacio, lo dejó en la entrada, acurrucado, casi dormido, por si acaso le proporcionaba algún tipo de protección. Algún tipo de protección contra todo aquello: el agua, y los árboles, y el hombre al que había matado sin querer, y la niña de las trampas, y la mujer, con sus hábiles manos y aquel cabello oscuro que soñaba que le envolvía la cara.

LA BÚSQUEDA

Me alejé de la casa y seguí el sendero que llevaba del puente al camino de sirga. *Nut* me adelantaba como una flecha, volvía corriendo para comprobar si lo seguía y continuaba. El agua del canal era densa y marrón. Puede que en otro tiempo aquella parte del pueblo no hubiera sido más que un puñado de almacenes y aparcamientos, pero habían comprado los terrenos y, tras echar abajo sus edificios, los habían urbanizado. Al llegar al primer puente me encontré con unos adolescentes flacuchos que se tiraban al agua desde lo alto y emergían escupiendo, rugiendo. Se sentaban y se secaban en la vera del río, donde había latas estrujadas de Stella. Hacía un sol de justicia.

Ahora que recordaba lo que había habido allí aquel invierno, me ponía enferma ver rebotar las piedras en el barro, a los adolescentes desaparecer succionados bajo la superficie con las manos alzadas, lo último que se veía de ellos. El carrito de una mujer había caído rodando en el canal, y ella estaba plantada al lado del agua con el bebé en brazos chillando para que alguien recuperara su compra, que empezaba a hundirse. Confundí un tronco flotante con otra cosa y a punto estuve de echar a correr hacia la carretera.

Anduve durante dos horas. El verano daba ya sus últimos coletazos, pero hacía tanto calor como en pleno julio. Siempre había miedo de que las estaciones no llegaran, de que se alcanzara el solsticio pero el año se negara a menguar. Había algunos jubilados tomando el sol y bebiendo vino tinto en las cubiertas de sus barcos amarrados. Un par de ellos estaban haciendo barbacoas. En la esclusa, una tienda vendía tartas caseras y helados; las familias se asomaban a la barandilla para ver cómo se abrían y se cerraban las compuertas, cómo los barcos se estremecían al pasar. Olía a Pimm's y a ginebra derramados. Volví a pensar, mientras caminaba, que todo seguía igual; que, si lo intentaba con ganas, podía pegar un grito y mi joven yo alzaría la vista desde la orilla y me oiría. Había pasado demasiado tiempo con Fiona.

Tenía calor y estaba cansada, pero no quería parar donde había tanta gente. Nos alejamos del pueblo y continuamos hasta que se hizo de noche.

Nut se tendió a mascar hierba y me observaba mientras yo trajinaba con la tienda. No es de las de montaje instantáneo, había dicho Laura con cierto grado de orgullo que no había terminado de entender. Pues bien, tenía razón.

Cuando levanté la vista, sudorosa, estabas allí, plantada en la penumbra. Llevabas el vestido remangado por encima de las rodillas, que estaban llenas de manchas de hierba, de arañosos. Tenías el mismo aspecto que cuando yo era pequeña. Tal vez a todo el mundo le pasara lo mismo

con sus madres, como si no hubiera nada que éstas no pudieran hacer. Dijiste: «El lago Baikal es el lago más profundo del mundo. Posee más del veinte por ciento del agua dulce no congelada del planeta. La ballena azul es el animal más grande que ha existido jamás. El corazón de una ballena azul pesa setecientos kilos. Un eclipse es el oscurecimiento total o parcial de un cuerpo celeste por parte de otro». Dijiste: «Duerme fuera esta noche, Gretel, necesito un ratito de shhh. Tengo que hablar con Marcus». Distes un paso adelante sin dejar marca alguna en los matojos. Tu pelo conservaba los restos de una de mis trenzas, parecía que llevaras semanas sin dormir y tenías la boca tan abierta que, por un momento, me pareció oler tu aliento herboso. «Está aquí», dijiste, y me tendiste una mano de uñas rotas y con pinta de estar doloridas. Vi tu boca pronunciar la palabra (*Bonak*), pero lo que salió fue sólo un horrible ruido parásito. Me llevé las manos a las orejas, cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos, te habías ido.

En cuanto me desperté por la mañana y desmonté la tienda, sentí náuseas por el sonido del agua que lamía lentamente la orilla y tiraba de los árboles. El suelo se balanceaba bajo mis pies. *Nut* se puso a perseguir patos. Yo me incliné y apoyé las manos en las rodillas. Me entraron unas ganas repentinas y desesperadas de fumarme un cigarrillo, porque ésa habría sido tu reacción. Estaba más cerca de ti que nunca. Aquél era tu territorio, tu mundo. Nunca habías encajado en ningún otro sitio. Intenté no pensar en tu fantasma, el que se me había aparecido la noche anterior, en sus uñas ensangrentadas y en su boca muda. Encontrarme tan cerca de ti no me proporcionaba consuelo alguno; la mera posibilidad de encontrarte me ponía enferma.

Saqué el mapa. Las ciudades destacaban en lo verde como si fueran montículos de topos, el río era una fea línea azul. Nos alejamos del agua, atravesamos un pastizal y salvamos los escalones de una valla en el otro extremo. A lo lejos se divisaba una central eléctrica: unas construcciones en forma de cubo, los cables de alta tensión entrecruzados arriba; al rumor del agua le siguió un zumbido subterráneo que vibraba bajo mis pies.

Nos perdimos. Los cuidados maizales y las vacas habían desaparecido, y sólo había solares de tierra salpicada de barriles metálicos, de revestimientos medio quemados de hierro corrugado. Un sillón patas arriba. Sudaba tierra, escupí. Me estaba quemando, tenía rojeces en los hombros, en el puente de la nariz y en los empeines. Sobre las acequias y los riachuelos secos había tablones de madera que cedían bajo mi peso; *Nut* no se fiaba y reculaba, se quejaba con un gemido gutural hasta que lo cogía en brazos y los cruzaba con él auestas mientras maldecía.

Salimos de nuevo al río sin saber muy bien cómo. No encontraba dónde estábamos en el mapa. Había una presa donde el agua formaba un remanso y luego caía en picado. Bajo la superficie se veía vegetación, medio podrida, medio en crecimiento. Había sitios donde la orilla era arenosa y descendía suavemente hacia el agua. *Nut* se metía jugueteando y levantaba nubes de espuma.

No. Perro malo.

Había olvidado todo lo que había que saber sobre un río: que, por algunos sitios, estaba tan en calma que parecía un plato; que la corriente podía acelerarse de repente, desde las profundidades, y arrastrarte en un remolino. Anduvimos vagando por ahí. Busqué la manera de alejarnos del río, pero el sendero discurría pegado a la ribera. Me detuve, volví a escupir. Tenía en la boca el sabor de aquel invierno. *Nut* se adelantaba corriendo, regresaba, volvía a adelantarse. Aunque todavía nos quedaban por delante dos días de caminata, me parecía estar ya demasiado cerca para sentirme a gusto y me pregunté qué estaba haciendo, por qué demonios iba

allí. Saqué el mapa. Seguí caminando. Dormí en la tienda de campaña con la cremallera de la puerta abierta por el calor. Me preocupaba que el río me contagiara sus sueños acuosos, pero dormí de un tirón hasta la tórrida mañana. Reanudé la marcha. Estaba cerca. Me acosté y me desperté temprano. Se respiraba un aire denso y las raíces de los árboles sobresalían del agua. El sendero se abría más adelante. Aceleré el paso. Llegué al claro y le di la espalda al río. El tramo de pinos a mi derecha se había aclarado; el espacio, amplio y abierto, estaba cubierto de malas hierbas, de matas de diente de león, de multitud de cardos y ortigas. Un enjambre de abejas daba vueltas en el aire. Había un barco amarrado a la orilla agreste, bordeado de matojos. Saqué el mapa, lo giré a un lado y a otro. No cabía duda: aquel era el lugar donde habíamos vivido hasta que cumplí los trece.

EL RÍO

Los días menguaban y se alargaban al mismo tiempo. Pasaron dos semanas. Volvió a pensar en sus padres. Os echo de menos, os quiero, deseo que me encontréis, lo siento, pensaba. Se acordó del día que pasó en el barco con el cadáver de Charlie. Recordó lo que llevaba oculto bajo la ropa y le pareció un secreto demasiado grande para que una sola persona lo guardara. Hacía tanto frío que la escarcha se estaba endureciendo en las paredes de la tienda, en la orilla del río, y formaba hileras plateadas en los árboles. Por las mañanas se sentía tan solo que le costaba ver.

Sin embargo, durante las rápidas tardes y las lentas noches, era diferente. Sarah le mostró cómo encontrar ajo silvestre, bien enterrado. En verano, le contó, había setas en el suelo y manzanas en algunos árboles. Le enseñó a amasar pan y a filtrar cerveza casera para que tuviera el color del ámbar.

Empezó a entender el sentido de las palabras que ellas utilizaban, aunque le faltaba valor para pronunciarlas. Sarah llamaba a Gretel El o a veces Hansel o Lamentel. Gretel llamaba a Sarah Titi o Doctora. Un *ratito de shhh* significaba que Sarah necesitaba un momento a solas. Una *garrarpía* era un pequeño incordio, como cuando se te caía un plato o te hacías un araño, aunque a menudo, la mayoría de las veces dicho a voces, denotaba algo que no había salido según los planes. Algo agradable o placentero, con frecuencia suave o cálido, era *gusgus*, en recuerdo de una manta gustosa que Gretel tuvo de niña y que perdió. Había más palabras de las que podía recordar que aludían al sonido del agua o al río en distintas estaciones o a las temperaturas. Entendía que, si el río *palabroteaba*, significaba que la corriente iba más rápida, como cuando decían que el agua iba palabroteando o que palabroteaba por las riberas; que *sil* era el rumor que el río hacía por la noche y que *gremoso* era el sabor que tenía por la mañana. A veces utilizaban una palabra que él desconocía y veía que Sarah se lo quedaba mirando, y entonces se preguntaba si, en el fondo, a ella le gustaba que no siempre entendiera, que aún guardaran secretos de los que él estaba excluido. Cuanto más escuchaba, mejor comprendía que las palabras eran instintivas, que estaban formadas a partir de los sonidos que las cosas emitían o de las palabras que Gretel se había inventado de bebé y que se habían quedado así. Al observarlas se dio cuenta de que llevaban tanto tiempo solas que daba igual que nadie las entendiera. Se habían aislado del mundo lingüística y físicamente. Eran una especie única. Quería ser como ellas, quería ser ellas.

Cuando no estaba con Sarah, él seguía a Gretel en su ronda de las trampas y cargaba los móviles de viento con nuevos cadáveres de ratones y sapos. La niña le leyó todos los libros que había en el barco. Su favorito era la maltrecha enciclopedia, con su letra densa y diminuta, y sus ilustraciones a todo color. Por las mañanas Gretel tenía clases con Sarah, que consistían —según

había comprobado— en leer ese libro. Se sabía muchas de las entradas de memoria. Anastasia era una princesa rusa y, tras su muerte, la gente se hizo pasar por ella durante años. El Estigia es uno de los ríos del inframundo. A él no le permitía tocarlo, pero se lo mostraba abierto y pasaba las páginas para que lo ojeara. Sentía predilección por las criaturas acuáticas. Marcus se preguntaba si se debía a que eran más fáciles de imaginar que los leones o los elefantes. Podían estar en el río y seguir cautelosamente adelante con sus vidas sin que nadie lo supiera: las ballenas cornudas, los tiburones, las tortugas, las truchas y los salmones. A la niña le gustaban las fotos del océano, las dimensiones de sus profundidades, las ilustraciones de cómo se formaban los ríos y de cómo horadaban su camino a través de la roca. Le gustaba soltarle retahílas de datos. ¿Sabías que la rata topo lampiña es el roedor más longevo? ¿Que viven en colonias y que tienen reinas como las abejas?

No tenía ni idea, decía él. Le gustaba cuando ella le hablaba de las estrellas, de las condensaciones de gas luminoso que se unían con su propia trabazón interna y secreta de gravedad. Éstas aparecían en parejas o en grupo, rara vez solas. El espacio, la concentración de ajetreados planetas y estrellas en su incesante órbita mutua, la lógica de los campos gravitacionales, las estrellas que morían mucho antes de que llegáramos a verlas... todo aquello le fascinaba.

Una vez se distrajo y Gretel se molestó porque no estaba prestando atención.

Mira esto, le dijo la niña. El animal de la foto tiene una gruesa costra de piel por el lomo y los costados, y el vientre suave y de color crema.

Puede llegar a vivir cien años. Lo miró con ojos desorbitados. Sabes los años que tiene por los anillos de sus huesos. Es capaz de ver en la oscuridad. Tiene los sentidos del oído y del olfato muy desarrollados.

Vale.

Gretel acercó la cara a la página.

¿Cómo se llama?, le preguntó él, pero ella no soltó prenda.

Es un acertijo, le contestó, o eso creyó Marcus que había dicho.

¿A qué te refieres?

Pero ella ya se había levantado, había saltado del barco y había echado a correr.

Sarah y Gretel llamaban *brotos* a cualquier cosa que llegara por el río (peces, maderos, bolsas de plástico). La gente de los barcos eran brotes humanos; las carcasas de los animales, las ovejas o los pájaros ahogados eran brotes muertos. Marcus esperaba que el río le trajera a sus padres, pero lo único que traía era montones de chatarra, bicicletas y sacos de carbón; gabarras encordadas con banderas sucias y ventanas rotas. Algunos barcos echaban el ancla al lado durante una hora o así. Todo el mundo que pasaba conocía a Sarah por su nombre, le lanzaban a él miradas llenas de curiosidad, intentaban coger y abrazar a Gretel. Bebían té o sacaban cajas de cerveza que Sarah abría golpeándolas contra el lateral del barco. Parecían faltos de sueño y tenían la piel muy tirante por los brazos y la cara, las marcas de las uñas en la palma de las manos. Cuando Sarah les preguntaba hacia dónde se dirigían, ellos le contestaban que lejos de allí. Al sur, dijo un hombre, tan al sur como podamos. Le hablaban de los ruidos en la oscuridad, de las huellas en las riberas embarradas, de algo pesado que se desplazaba por los techos de sus barcos. Cuando les proponía que se quedaran una noche, ellos se negaban y le aconsejaban que se fueran también. Soltaban amarras y reanudaban la marcha sin mirar atrás.

Sobrevino una ola de frío. Las varillas de la tienda se quebraron; la orilla del río se convirtió

en hielo, de los árboles caían pájaros al suelo endurecido. Nos visitó un último barco: un hombre y una mujer con tres niños, a quienes Gretel reunió como un rebaño y a los que llevó abajo. Tenían unas manos nerviosas que no paraban de retorcerse y estaban grises; sus caras habían perdido el color. Hablaban tan bajo que casi no se los oía. Sarah sacó cerveza casera y llenó unas tazas. La mujer o ya estaba borracha o enferma. Se le trababa la lengua y no le salían las palabras. Mencionaron a un cuarto hijo, un niño, que ya no tenían. Marcus escuchaba sentado en silencio; tenía la impresión de que sus manos eran demasiado grandes para sus muñecas. La pena de esta familia era descarnada, como una luz potente. Sarah les preguntó por qué se habían marchado, qué pasaría si su hijo volvía y no estaban allí. Marcus sólo captaba palabras sueltas y era incapaz de encontrarles sentido a la mitad de ellas. Se marcharon con las cosas que Sarah les dio: un pollo, un par de botellas de cerveza casera y algunas mantas.

No lo entiendo, dijo Marcus.

Sarah estaba recogiendo las tazas. No había nadie a quien esperar, dijo, sólo un cadáver. Se aclaró la garganta llevándose un puño a la boca. Putos cigarros. Dejó las tazas en el cubo de fregar.

Cuando Gretel era pequeña, continuó, se negaba a hablar de la muerte, así que empezamos a llamarla *irse* y a veces me preguntaba si las cosas iban a volver y cuándo lo harían. Incluso ahora creo que a veces sigue esperando que un perro que tuvimos hace años o una pareja de amigos que murieron aparezcan. Me contó que no creía que regresaran siendo los mismos. No sabía explicarme qué significaba aquello, sólo que, una vez que la gente se marchaba, regresaba distinta.

Marcus no sabía qué decir. Aún no estaba acostumbrado a la forma en que a veces Sarah hablaba, sin pausa o necesidad de complicidad.

Sé que tu tienda está que da pena. Duerme aquí esta noche si quieres.

Se sintió aliviado. Sabía que, por la noche, la tienda se inundaría con todo lo que había oído: el pequeño cadáver de aquel niño junto con el de Charlie, el fondo de su saco de dormir abierto al río y los muertos regresando con las voces o los pensamientos de otras personas. Sarah preparó té y se sentaron en los escalones para bebérselo. Se oían los ruiditos que Gretel hacía al dormir. Sentía el brazo de Sarah contra el suyo. Pensó en el cuarto niño.

¿Por qué no llamaron a alguien?, preguntó.

¿Y a quién iban a llamar?

¿A la policía?

No. Eso no lo harían.

Marcus no lo entendía. Permaneció sentado en silencio.

¿Qué le habrían contado a la policía?, le preguntó ella al rato. ¿Lo que habían visto, lo que todo el mundo había visto en el agua? ¿Que sabían lo que se había llevado a su hijo aunque eran incapaces de explicar lo que era?

A lo mejor.

Y luego, cuando la policía les dijera: eso es imposible; esas cosas no existen. Contadnos lo que le pasó realmente a vuestro hijo, ¿qué se supone que dirían?

No lo sé.

Dirían: lo vimos. Sabemos lo que era. Tenéis que atraparlo. Y la policía respondería: nos estáis mintiendo. ¿Qué tratáis de ocultar? ¿Entiendes?

A lo mejor, repitió.

Sarah se sacudió las manos como si las tuviera mojadas. Aquí no llamamos a la policía. No llamamos ni a los bomberos ni a las ambulancias. Siempre ha sido así. Ellos no saben nada de nosotros y nosotros sabemos todo lo que necesitamos saber de ellos.

Pero ¿y si algo va mal?

Nos ocupamos de ello, respondió, y se levantó con rotundidad dándole a entender que el asunto estaba zanjado.

Aquella fue la primera noche que durmió en el barco, pero no sería la última. Se echó la capucha del saco de dormir por la cabeza y la llenó con su propia respiración. La estufa duró encendida hasta por la mañana. Gretel hablaba en sueños como si, incluso entonces, no pudiera contener las palabras. Sarah dormía tan en silencio que se preguntó si en realidad dormía. La sentía no muy lejos, tendida bocarriba. Su presencia era imponente, desconcertante.

Por la noche el río se precipitaba desde el norte y traía los vientres plateados de los peces que se retorcían en el cieno, la cubierta de un barco partida por la corriente, remolinos de hojas otoñales procedentes de lugares donde las estaciones se habían alargado y el invierno acababa de llegar, guijarros del mar y rociadas de sal. Había más Bonaks en el agua de los que se podían contar: cadáveres cuyos fantasmas podían engancharse en el ancla y decidir quedarse, troncos de árboles tan grandes como para llevarse el barco de una tacada, el ladrón del canal que emergía de los túneles de resaca y vacilaba.

SEIS

ESCOMBROS

EL RÍO

Le había picado una abeja tardía aturdida por el frío, y Sarah le estaba extrayendo el aguijón con la boca. Él le miraba la raya del pelo, blanca como la tiza en su oscura melena. Sus pies descalzos pisoteaban el suelo y le tenía el brazo agarrado con una mano para que no se moviera. ¿Qué estoy haciendo aquí?, pensó, y entonces ella se enderezó con el aguijón sujeto entre los dientes como una aguja.

¿Quieres quedártelo?

Se lo puso en la mano. Trae buena suerte. Sobre todo, a estas alturas de la temporada. Mueren cuando te pican. He pensado que esta noche podemos darnos un homenaje. ¿Qué te parece? Un festín. Un banquete sin restricciones.

Vale, dijo él.

Ella le pegó la cara a la mejilla. Esa mañana parecía joven, exuberante y nerviosa. Antes, en la maleza, él las había estado mirando mientras hacían el pino, levantando los tobillos por encima de la cabeza. A Gretel le temblaban las piernas, se le venían abajo, pero a Sarah le quedaban rectas y firmes. Entonces había sentido una punzada en la muñeca y, al mirar, había visto a la abeja encorvada, con el dorso listado descansando en su piel.

*

Sarah abrió las puertas del barco y se puso a limpiar a gatas, arrojando cubos de agua sucia al río. Él se agachó a su lado para ayudarla. Vio que estaba sudando. Quiso preguntarle si estaba preocupada por los rumores, pero no lo hizo. Sabía que había cosas de las que era mejor no hablar: el niño muerto, lo de que alguien había entrado a robar en el barco de la carnicera, el hecho de que todo el mundo huyera menos ellos... Algunos de los barcos que pasaban les habían dejado carne, pan recién hecho y un trozo de mantequilla muy amarilla. Se darían ese festín, ese banquete.

Te vendría bien un baño, le sugirió ella olisqueando y luego riéndose. ¿Cuándo fue la última vez que te bañaste? Coge mi toalla. Hay jabón de fregar en ese cubo. Cuando Gretel era pequeña y odiaba lavarse, a ese olor que tienes lo llamaba *olor del bueno*. Ya sabes, del reconcentrado.

Él levantó el brazo y metió la cara en la axila. Era cierto: nunca había oído peor. Hacía casi un mes que no se lavaba —la última vez lo había hecho en la estrecha ducha de la casa de sus padres—, que no se ponía ropa limpia, que no veía su propio cuerpo. Tenía el pelo como un crustáceo.

Ten cuidado, le dijo Sarah. La corriente es muy fuerte en esta época del año. A ver si te lleva.

Él vaciló. Quería confesarle que le daba pánico; que era incapaz de meterse en el agua. El ladrón del canal estaba allí, en algún lugar cerca del fondo, esperándolo.

No te preocupes, le dijo ella. Tenía una insólita manera de leerle el pensamiento. Lo atrajo hacia sí un instante, abrazándolo por los hombros. No te preocupes. Si vas por ahí, hay un sitio al abrigo de los árboles. Estaré pendiente por si me llamas.

Por un momento se enfadó. Le hablaba como si fuera un niño de la edad de Gretel, como si fuera a pedir socorro. Pero se le pasó enseguida. Si la llamaba, acudiría. Le leía el pensamiento.

Hizo un alto en la tienda, cogió el rollo de film y algo de ropa interior que podría frotar hasta dejar casi limpia y poner a secar.

En el recodo anterior a la presa, el río se ensanchaba y formaba a uno de los lados una delgada franja de agua que era inaccesible en barco desde esa dirección, pues la entrada estaba taponada por árboles pelados, pero a la que se podía acceder por tierra fácilmente. Vaciló en lo alto de la ribera. Había sido muy prudente al mantenerse alejado del río, al procurar no darle la espalda en ningún momento ni olvidarse de que estaba allí. Casi todos los días se aseguraba de recordar lo que había visto aquella vez debajo de los árboles, lo que temía todo el mundo. Podía regresar sin decir nada y lavarse como fuera con un cubo para ocultar parte del tufo. Volvió a olerse la axila, giró la cabeza y se olió también el pelo, que había empezado a crecerle, sobre todo alrededor de las orejas. No podía negarlo: era olor del bueno. Se le caía la cara de vergüenza sólo de pensar que ella lo oliera así, que ella supiera lo sucio que estaba. En ese momento Sarah estaba haciendo la cena y quería que fuera a comer con ellas; él llevaba durmiendo en su barco casi una semana. Sería capaz de hacer cualquier cosa que ella le pidiera. Si le pedía que se zambullera en el agua y que nunca saliera, lo haría. Se dijo a sí mismo que era una manera de agradecerle todo lo que había hecho por él, pero ya sabía que había algo más.

Se deslizó pendiente abajo y aterrizó de culo en el agua. Estaba helada. Le dio igual. Apartó la capa de algas. Se quitó la primera camiseta a duras penas y luego consiguió sacarse el resto por la cabeza de una vez. Se desprendió de los pantalones tambaleándose, los remojó en el lodazal y empezó a removerlos para intentar quitarles la peste. Luego hizo lo mismo con las bragas. Llevaba tanto tiempo con el film que éste se le había adherido al cuerpo y le costó despegárselo. Al final lo logró. Se arrodilló con torpeza y se echó agua por los hombros y la espalda. Después se echó un chorro de lavavajillas, hizo espuma, se la restregó por el cuerpo y se aclaró.

Se extrañó al verlos de nuevo: sus pechos eran más grandes que antes, puntiagudos, carnosos. El resto estaba más delgado, el vientre doblado absorbido por una caja torácica demasiado grande. Tenía las manos llenas de ronchas por las ortigas que había junto al barco y las piernas salpicadas de cardenales. Lucía unas costras de mugre casi reptilianas que se frotó con ahínco. El vello de la entrepierna estaba ahora más espeso y enmarañado. Se sorprendió pasándose la mano por éste en busca de algo que allí no estaba, de lo que no había crecido por el mero hecho de haberlo imaginado. Su cuerpo le recordaba a algo. Se cogió uno de los pechos con delicadeza y sintió un escalofrío de pies a cabeza. Entonces supo que le recordaba a Sarah debajo del chorro de agua con los brazos levantados. Se sentó y se escurrió un poco más abajo para sentir la corriente en los pies. Contempló su piel emerger de la mugre. Enganchó los dedos en las raíces que crecían en el fango y se inclinó hacia delante para echarse agua en la cara, pero resbaló y, antes de que le diera tiempo a reaccionar, estaba sumergido. Abrió los ojos en la penumbra. Sólo

distinguió la forma pálida y fantasmal de sus pies delante de él. Se acordó —y volvió a sentir aquel escalofrío— de cómo había dejado caer al muerto. De cómo lo había dejado caer en el agua. Intentó impulsarse hacia atrás, con la boca abierta buscando aire. De cómo el muerto (*Charlie Charlie Charlie*) se había hundido y de cómo él había pensado que todos los ríos estaban conectados y que, a partir de entonces, todo estaría conectado con ese cadáver que se hundía bajo la superficie.

Salió dando boqueadas.

LA BÚSQUEDA

Había una cadena alrededor de los tiradores de la puerta del barco y, cuando pegué la cara a la ventana, el cristal estaba tan sucio que apenas si se podía ver a través de él. En los matorrales había una carretilla volcada —la maleza pegajosa crecía entre los radios de sus ruedas— y varios botes de *noodles* vacíos. Parecía que la hierba se hubiera quemado un par de veces y hubiera vuelto a crecer de mala manera. También había un Volvo azul, cuya puerta abrí sin dificultad. Los asientos se estaban pudriendo y había huellas de manos en el volante. En la guantera había un mapa de Escocia y un par de paquetes de tabaco seco. El maletero era un batiburrillo de bolsas de patatas fritas, botellas de agua turbia y envases vacíos de sándwiches de queso y huevo. Noté que me temblaban las manos mientras recogía las cosas. ¿Se trataba de tu coche? Me erguí, eché un vistazo a mi alrededor y grité tu nombre. ¿Aquel coche era tuyo o de otra persona que lo había dejado allí para que se pudriera? Deseé con todas mis fuerzas que fuera tuyo. El primer indicio físico de ti. Te imaginé vivita y coleando, asomándote por la ventanilla. Conduciendo a toda velocidad hasta más allá de Mánchester y los Lagos, reclinando el asiento para dormir. ¿Qué estabas buscando? Sin hacer un alto para comer, tirando la basura en el suelo entre tus piernas. Cantando con la radio. Pensando en mí como yo pensaba en ti. Puede que Marcus fuera de copiloto. Puede que hablarais de mí, que le dijeras que volverías pronto, que querías verme pronto.

Exploré el campo situado más allá. *Nut* pegaba el hocico por todos lados, resoplaba y me miraba como si estuviera impaciente por irse. Era aquí adonde me dirigía, el lugar adonde probablemente debería haber venido al principio. Los lugares en los que nacemos siempre regresan a nosotros. Sin embargo, no me sentía bien allí. Por encima del espeso pinar, los pájaros daban vueltas y se reagrupaban. Me acordé de cuando había pensado en el miedo estando en la casita, justo al principio de todo esto. Ahora también lo sentí: por lo que encontraría, por lo que puede que nunca encontrara, por lo que ya me sería imposible encontrar a estas alturas. El río parecía casi inmóvil y cerca de las orillas había menguado tanto que se veían las piedras. Al asomarme, me entró un cosquilleo en el estómago y, cuando me retiré de un salto, me dio la impresión de que el cielo se volcaba. Me desplomé de rodillas y apoyé la mejilla en la hierba. Cuando me giré para buscar a *Nut*, ya no estaba. Lo llamé, pero, si algo vino corriendo hacia mí por el campo, lo cierto es que no lo vi.

De repente me entraron ganas de acabar con eso. De acabar con todo. No quería estar allí mirando un coche que tal vez fuera tuyo o tal vez no. Quería terminar de una vez. Encontré una botella de gasolina en el barco, la vacié en los húmedos asientos del Volvo y me sequé las manos en la hierba. No prendió tan rápido como había imaginado: el combustible se fue consumiendo

poco a poco hasta que ardió de pronto. Había árboles más cerca de lo que suponía y me vi quemando el bosque entero. Habría dado exactamente lo mismo. Allí no había nada. Tendría que habérmelo imaginado. El coche ardía con tanta virulencia que me aparté y me quedé en el techo del barco contemplando el espectáculo.

El candado de la puerta era más difícil de romper de lo que creía. Busqué por los alrededores algo con lo que pudiera forzarlo. No me hacía ninguna gracia entrar en el barco, pero aún menos gracia me hacía quedarme fuera. En uno de sus extremos, bajo una lona verde, encontré una pala. Tenía el mango mojado, pero serviría. La metí por entre el candado y la cerradura y tiré haciendo palanca.

Los escalones que bajaban al interior se habían podrido y cedieron bajo mis pies. Durante un vertiginoso momento creí que era el barco donde habíamos vivido todo aquel tiempo, pero tenía cosas distintas: escotillas sucias, estantes en las paredes curvas, una pila de mantas. Un calor persistente. La estufa hacía mucho que la habían arrancado; la chimenea se abría al cielo. No había nada más. Algo se escabulló en la otra punta de la estancia. Fui hasta allí haciendo ruido, dando zapatazos por si se trataba de serpientes. Todo olía a rancio, a cosas olvidadas desde hacía una eternidad. Las mantas se deshicieron cuando las levanté. Me había olvidado de lo que suponía que cada paso se repitiera por el movimiento del barco; lo que suponía tener el agua bajo los pies. Me acomodé bajo la columna de luz de la chimenea. Comí un trozo de pan que me había llevado de la casa.

En algún momento debí de quedarme dormida, porque me desperté sudando y fui a hacer pis. El armazón del coche seguía echando humo y había hoyos en la dura tierra que lo rodeaba. Los pisoteé con las botas. No eran madrigueras de conejos ni de topos, pues eran simétricos, de lados rectos, hechos con una pala, que hallé no muy lejos clavada en el suelo. Parecía que tuvieran algún significado, que fueran signos precursores de un lenguaje que yo no comprendía. No había oído nada y me mosqueó pensar que alguien pudiera estar merodeando por ahí sin que yo me enterase. Volví al barco, extendí el saco de dormir en el techo y me senté en él. Parecía que sólo había pájaros, que remontaban el vuelo desde los pinos, un par de ardillas, el rumor del agua. Hacía un calorcito que no recordaba haber sentido jamás y me vi dando cabezadas, con la blanca marca del calor en los párpados y los pies enganchados en la barra para no rodar.

Cuando desperté, había alguien dando porrazos en el barco, debajo de mí. Alcé la pala con una mano y probé a surcar el aire. Bajé a la popa y abrí la puerta de una patada. Oía el silbido de su respiración, la carga de su peso en el suelo empapado. Al adentrarme en la cabina, ésta estaba tan oscura que sólo acerté a distinguir el perfil de su cuerpo, erguido, de brazos largos, y su blanca coronilla. El Bonak había vuelto, aquello que tanto miedo nos había dado todo ese tiempo. Blandí la pala por encima del hombro.

Tú saliste de la penumbra y te quedaste mirándome mientras hacías visera con la mano para protegerte del rayo de luz. Solté la pala y ésta rebotó y estuvo a punto de golpearme la cara. Extendí los brazos en tu dirección y tú me miraste con recelo.

¿Por qué me has quemado el coche?, dijiste.

Intenté tocarte la cara y el pelo, los brazos. Tú refunfuñaste y me apartaste de un manotazo. Te negaste a creerme cuando te dije quién era.

No dejabas de repetir que Gretel era más baja y no tenía el pelo de ese color. ¿Por qué me has quemado el coche?

Se te veía atolondrada, nerviosa. Guardé las distancias y tú me imitaste. Parecía imposible

que estuvieras allí, que te hubiera encontrado. Seguía esperando a que te fueras, a que te escaparas hacia los árboles. Si lo hacías, me dije, te perseguiría. Me sentía frenética, un poco histérica: estabas allí, en carne y hueso, con tus dientes, completa. Quise atarte a mí para evitar que volvieras a marcharte. Me rodeaste con cuidado como si temieras que fuera a abalanzarme sobre ti. Quería abalanzarme sobre ti. Quería estrecharte entre mis brazos y no soltarte. Nunca había sido adulta contigo antes. Sentía que daba marcha atrás, que retrocedía en el tiempo. Quería que cocinaras para mí, que me cantaras hasta quedarme dormida, que me lavaras el pelo y luego me lo trenzaras. Eras mi madre. Volvía a tener trece años, dieciséis. Me traías la bollería rancia del Greggs, gritabas por la noche, nos peleábamos. No estaba enfadada: te quería.

¿Tienes comida?, me preguntaste.

No.

No me mirabas directamente. Me coloqué debajo de la luz del agujero del techo con la esperanza de que me reconocieras. Deseaba tantísimo ver en tu cara la expresión del reconocimiento, que dijeras que llevabas años buscándome y que todo iría bien ahora que me habías encontrado... Quería que me dijeras que todo lo que había pasado tenía una explicación: tu marcha, el tipo de madre que habías sido. Noté un calor repentino y abrumador que me decía que iba a echarme a llorar como una magdalena delante de ti. No recordaba la última vez que había llorado. Me pellizqué la nariz con fuerza para que se me pasara.

El era más joven, dijiste, obstinada, poniendo los brazos en jarras de un modo que recordaba perfectamente, zanjando la conversación.

Te examiné, intentando abarcarte entera de una vez. Tú también habías envejecido. Vi que las carnes te colgaban debajo de la ropa, que tenías el vientre flácido. Tu cara había adoptado una nueva consistencia: tenías las mejillas un poco hinchadas, además de papada. Habías encogido, eras incluso más baja de lo que recordaba. Sin embargo, seguías teniendo músculo en los brazos y en los gemelos, de lo que me percaté cuando te subiste los pantalones para rascarte. Los dedos te amarilleaban y esperé a que te encendieras un cigarrillo como solías hacer. Pero te limitaste a hurgar de vez en cuando en el bolsillo de la cadera y a chasquear la lengua de un modo tan tuyo que me vi apartando la vista de ti para buscar a mi joven madre, que solía chasquear la lengua, murmurar o silbar en señal de enfado, alegría o impaciencia. Tenías la camiseta abultada en un pecho y plana en el otro. Me quedé observando. Intenté mirar a otro lado. No pude. Seguí observándote. Tú me devolviste la mirada entornando los ojos como si ya no vieras tan bien como antes.

¿Tienes comida?

No.

¿Qué estás haciendo en mi barco?

No había nadie, dije.

Eso pareció interesarte; te cogiste la cara con las manos. Creía que estaba yo, replicaste.

Cuando empezó a oscurecer, te pusiste a tiritar de frío. Volví a sentir aquellas ansias de abrazarte; tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no liarte el saco de dormir, tirarte al suelo y estrechar mi cara contra ti. Eras mi madre. Eras mi madre.

Quería ir a por leña para encender una fogata, pero temía que volvieras a marcharte en cuanto te diera la espalda.

¿Vamos afuera?, propuse, y tú me seguiste, aunque no de cerca. Te oí lanzar maldiciones a los pinos, partir ramitas con tus anchas manos. Cuando empecé a hacer la hoguera, me apartaste de un empujón protestando por lo mal que lo estaba haciendo y reconstruiste la pirámide que había empezado a hacer con torpeza.

La luz vertical de las llamas obró algo en tu cara y en tu cuerpo, haciendo girar el tiempo, y fue como si estuviera sentada frente a ti tal como eras entonces. Al mirarte, sentí que algo en mi interior comenzaba a abrirse, a ceder. Una especie de resolución o determinación: de madurez. Había creído que me embargaría la rabia, pero imperaba el alivio: te había encontrado. Después de todo aquel tiempo, estabas allí. Abrí la boca para tratar de explicarte, de contarte, y tú me fulminaste con la mirada desde el otro lado de la fogata.

¿Qué estás haciendo en mi barco?, dijiste. ¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Por qué me has quemado el coche? Iba a usarlo.

No sé quién lo ha quemado. Ni siquiera sabía que conducías.

Cuando decía ese tipo de cosas te quedabas callada, atizabas las llamas con la punta de la bota o canturreabas un par de versos de una canción que yo no recordaba ni reconocía. Tu pelo había encanecido por completo y lo llevabas más largo de lo que yo te lo había visto nunca. Te remangaste tanto los bajos del pantalón como las mangas del abrigo y acercaste las piernas desnudas al fuego. Tenías cicatrices que antes no estaban. Una muy fea en la pantorrilla que no pude evitar señalar.

¿Cómo te hiciste eso?

Te encogiste de hombros y la apretaste con el dedo. Un accidente.

Te echaste a reír a carcajadas hasta que te entró tos. ¿Conoces a Gretel? Te cogiste los brazos frente al pecho como si acunaras a un bebé y miraste a tu alrededor. Debe de estar dormida.

No, dije. ¿Vives aquí con Gretel?

Asentiste y volviste a avivar la lumbre con la bota. Abandoné a mi primer bebé. Me miraste con cautela por entre las llamas. Así que ahora sólo está Gretel. ¿Te acuerdas del primer barco?, dijiste. ¿Te acuerdas del bebé?

No.

Habías entrelazado las manos contra tu pecho y la boca te temblaba. Casi sentía vergüenza ajena de verte en ese estado. Tu yo más joven no tenía tiempo para debilidades ni vacilaciones. Volví a extenderte los brazos, y tú diste un respingo y chillaste mientras tus pies trastabillaban.

La he llamado por teléfono. Le he pedido que venga. Pero todavía no lo ha hecho.

Soy yo, Sarah. Recibí el mensaje y el correo electrónico. Te he estado buscando.

Te llenaste los carrillos de aire. Soy una despistada, dijiste. No hago más que perder las cosas. El otro día perdí las llaves del coche y ahora estoy aquí atrapada. A lo mejor las encontramos entre las dos. Y hay más cosas, más cosas que he perdido. Podríamos encontrarlas.

Tal vez, contesté.

Podríamos encontrar al bebé.

Estoy aquí, mamá. Ya no soy un bebé.

Te inclinaste por encima del fuego y me cogiste por un lateral de la cabeza tan rápido que te desdibujaste; tenías las uñas largas y noté que me sangraba la mejilla. Al sentir tus manos en la cara me quedé sin aire. Por el amor de Dios, Gretel, dijiste. Por el amor de Dios.

EL RÍO

El festín. Comieron salazón de cerdo con los dedos. Había patatas cocidas en nata y pan con queso. El fuego subía por la chimenea. Sarah le rellenó el vaso tantas veces que perdió la cuenta, los números giraban en su cabeza como una veleta. Sabía dulce, pero le caía mal en el estómago. Comió más cerdo rompiendo el chicharrón entre los dientes. Comió hasta que estuvo saciado y, cuando ella volvió a llenarle el plato, siguió comiendo. Conversaba a ratos. Gretel dormía, con la cara entre los brazos y respirando con la boca abierta.

Sarah estaba sentada con la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas. Él se fijó en su boca y en su blanco cuello entre el vestido y los hombros. Se acercó a gatas sin pensar y le plantó la cabeza en el regazo. Sintió que el vino le duplicaba el pulso en las muñecas, entre los dedos. Ella tenía las manos sobre su cabeza, remetidas en su pelo, en sus sienes, que le dolían.

Me sumergí en el agua, dijo él. Cuando me estaba lavando, me sumergí.

Marcus sentía que las palabras salían burbujeando de su boca, descontroladas. Ella siguió moviendo la mano por su cabeza, atusándole el pelo.

No pasa nada, contestó Sarah antes de que él le contara lo que había hecho: que había matado a un hombre; que había matado a un hombre y lo había tirado al río. Ella lo apartó de su regazo, se levantó y se bebió un vaso entero de un trago. Antes había hervido un cubo de agua y lo había llenado de espuma. Retiró los platos de la mesa uno a uno y los fue metiendo en él. Marcus supo que el agua achicharraba por las líneas rojas de sus manos y por el vapor que le empapaba la cara y le humedecía el pelo. Ella se giró y se secó las manos en la parte delantera del vestido.

¿Alguna vez te imaginas qué aspecto tendrá?, le preguntó.

Estaba tan borracho que por un momento no entendió la pregunta. Clavó la vista en ella. Sí, respondió, aunque no estaba muy seguro de que fuera cierto. No estaba muy seguro de haber reflexionado sobre si el Bonak era así o asá.

Yo también, dijo ella. Parecía joven, como Gretel, y aún tenía las manos remetidas entre los pliegues del vestido. Últimamente he pensado mucho en ello. Y sé que Gretel también.

Sarah no le pidió una descripción de cómo creía él que era. Le dijo que ella se lo imaginaba con un cuerpo alargado, unas piernas fuertes y musculosas, un vientre pálido y una boca irregular con dientes que le sobresalían por el suave borde. Nadaba como un pez, por supuesto, pero también era rapidísimo en tierra firme. Era capaz de digerir cualquier cosa que se comiera. Y de comer cualquier cosa. Era listo. Podía aprender el idioma humano si quería, aunque ella sospechaba que no quería hacerlo. ¿Por qué iba a querer?

Él fue a ayudarle a secar los platos. Gretel hacía ruiditos a su espalda, todavía dormida. Notó el calor del hombro de Sarah pegado al suyo.

Creo que deberías irte por la mañana, le dijo ella. No sé de dónde has venido, pero deberías volver.

No puedo volver, objetó Marcus.

Pero puedes irte a otra parte. No es bueno que estés aquí. No está bien. Busca una ciudad, una estación de tren, un sitio donde ni siquiera sepan que hay lugares como éste. Hay muchos así. Todo el mundo olvida. Tú también lo harás. Si uno se empeña, puede olvidar lo que sea.

Cogió la botella y se la llevó a la boca de tal modo que Marcus vio sus dientes afilados a través del cristal. Pero, antes de que te vayas, necesito que me ayudes con algo. ¿Lo harás?

Sí, claro que sí.

Sarah le explicó que tenía un bulto en la axila, casi en el hueco. Se lo había palpado hacía una semana, pero era casi imposible saber cómo era sin ayuda. Te notas lo que te has imaginado en vez de lo que hay realmente, dijo. Siguieron oyendo dormir a Gretel, su potente respiración nasal, los espasmos de sus pies, similares a los de un perro que sueña que está cazando un conejo.

¿Qué quieres que haga?

Le enseñó cómo tenía que colocar las manos, con los dedos entrelazados, y cómo masajear la piel.

Estás buscando algo que se supone que no debería estar ahí.

Él sintió como si le hubieran golpeado el hueso de la pierna izquierda; una especie de calambre. El pecho de Sarah presentaba unas venas azuladas que se parecían a las líneas de un mapa topográfico y, alrededor del pezón, varios pelos negros. Le indicó el punto concreto, bajo la axila. Él se lo presionó con las manos.

Más fuerte.

Le masajéo la suave carne. Ella tenía el pecho apoyado en el hombro de él, que notaba su aliento en la cara. Aquello era demasiado. No podía soportarlo.

No, dijo. No lo palpo. Aunque, justo al retirarse, creyó que a lo mejor lo había hecho. Algo parecido a un poco de ternilla.

No pasa nada, dijo ella y se bajó la camiseta. Si quieres que yo te examine, dímelo. Antes de que te vayas.

¿Cómo? Él apartó la cabeza.

Cuando tú me digas, te lo miro. Ahora vete a dormir.

LA BÚSQUEDA

Me quedé contigo en el río, durmiendo en el barco, haciendo fogatas para contrarrestar el frío nocturno, comiendo directamente de las latas de mi mochila. Me acostumbré a estar contigo; dejé de preocuparme por si al despertarme te habías ido. Tú también parecías haberte acostumbrado a mí. Una mañana me llamaste Gretel sin pensar, como si nunca lo hubieras dudado. Me mimabas, me acariciabas la mejilla, intentabas desenredarme el pelo. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo me has encontrado? Te escupías en la mano y me limpiabas la cara. Cuando iba por más troncos para la hoguera, siempre me seguías, me cogías de la mano o me tirabas del pelo, un poco fuerte.

Es gusgus verte, Gretel, decías. Al oír aquella antigua palabra, me entraba un cosquilleo en el estómago. La decías con semejante gesto en los labios, con un brío que, en mi opinión, no le correspondía. Es muy gusgus. Yo cerraba los ojos.

Otras veces estabas tan desorientada que te dejaba en paz. Dibujabas en el suelo o te agachabas y te quedabas mirando el fuego. Te ponías en cuclillas, te bajabas las bragas y orinabas donde habías estado sentada. Quería contarte todo lo que me había pasado, pero eras un tamiz y todo lo que retenías estaba acribillado de agujeros o no eran más que escombros.

Al amanecer del tercer día que llevaba allí, te encaramaste al techo del barco y señalaste los árboles.

Durante el día duermes, gritaste.

Yo subí detrás de ti. Te tumbaste de espaldas y yo me tendí a tu lado. Aunque era de día, me fuiste señalando las constelaciones del cielo. Me agarraste la mano y me clavaste las uñas en la palma.

¿Quién? ¿Quién duerme durante el día?

No me respondiste. Quedaban las últimas sombras de una luna ya moribunda. El calor estaba aún hecho un ovillo bajo el peso de la mañana. El río palabroteaba, cargado de brotes. Di una cabezada y, cuando me desperté, te habías ido. La canícula recorría la maleza, flotaba un hedor a tierra caliente. Aquella era una tierra híbrida, con su maraña de vías férreas más allá de los árboles y su esclusa en ruinas. Todo tenía una fina capa de polvo, como procedente de un volcán o de una tormenta. Te busqué por el barco, pero no estabas, y tampoco había rastro de ti en la maleza ni junto al agua. Rastree el bosque cabreada llamándote a gritos. Aquel lugar se tragaba a la gente, la engullía. Hasta había perdido el perro.

Algo se movió entre los árboles, un cuerpo titilante. Habías bajado casi hasta la vera del río, habías metido los brazos en el agua hasta los hombros y tenías el vestido empapado alrededor de las caderas. Pronuncié tu nombre y te giraste para mirarme. Me brindaste una sonrisa arrugada en torno a tu amplia dentadura.

Te lo has perdido, dijiste, estaba aquí hace un momento.

Sin embargo, cuando miré al agua, me pareció verlo durante un segundo, justo bajo la superficie, antes de que se fuera.

*

En ese momento comprendí que, cuando me enviaste el correo electrónico, no habías encontrado a Marcus como yo esperaba, sino al Bonak. Cuando supe lo que estaba buscando, fue evidente que había estado allí. Había señales por todas partes: alrededor del barco, en los árboles, por el barro. Había estado en todos los sitios que habíamos pisado. Me enseñaste las pruebas palpables: las orillas alisadas o con huellas de garras; su despensa sumergida en el agua bajo las raíces elevadas de un árbol donde no nos costó imaginar a una oveja. La hierba estaba aplastada por su peso. Incluso el techo del barco estaba marcado por las distintivas cinco líneas de sus garras.

Duerme con la boca abierta y a veces también con un ojo abierto, me dijiste.

Parecías serena, en calma, incluso satisfecha. Pensé en el modo en que te habías agachado en el agua con los brazos extendidos. Había algo casi de compañerismo en ello, como si te hubieras hecho vieja y él también, como si hubierais llegado a un acuerdo.

Pero si lo mataste tú, te repetí varias veces. No me hiciste caso. Creía que lo habías matado, dije. Te levantaste el vestido por encima de las rodillas y agitaste los brazos. Me sonreíste: una sonrisa bonita y pacífica. Recordaba que me habías dicho que lo habías matado aquella noche al final del largo invierno.

Vi cristalizar el recuerdo delante de mí. Habías amarrado la lámpara a la proa del barco y me habías mandado allí a vigilar por si venían escombros o troncos de árboles grandes que pudieran volcarlo. Me habías echado una manta por los hombros y me habías dado un beso gélido en la frente. ¿Dónde está Marcus?, te había dicho yo, y, en la penumbra, cuando cerraste los ojos durante mucho más que un parpadeo, tu cara me pareció etérea.

Nos seguirá pronto.

¿El Bonak está muerto?, te pregunté.

Sí, dijiste sin vacilar. Lo maté anoche.

Nunca se me había pasado por la cabeza que me hubieras mentido.

Todos los años que yo había pasado buscándote, tú habías estado buscando al Bonak. Hablabas de él en términos casi religiosos: era una cruzada. Supuse que creías que era una especie de penitencia. Medio kilo de carne. Hablabas con orgullo de ello, de tu misión, aunque a mí me parecía una pesadilla recurrente que cualquiera de las dos podía haber tenido.

Después de que me abandonaras en los establos, habías vuelto al río, pero ya hacía tiempo que el Bonak se había marchado. Me contaste que habías buscado las señales, aguzado el oído: un asesino de gatos en algún lugar cerca del tramo de las esclusas de Birmingham; un campo entero vaciado de ovejas en una sola noche; las ropas de unos niños que volvían caminando a casa encontrada en el río. Recorriste los astilleros, las comunidades de los canales, lugares a los que la policía nunca acudiría porque ni siquiera sabía que existían. A la gente de los barcos le gustaban las buenas historias. Subiste por el país como por una escalera y Escocia te abrió la

puerta.

Tras varios años de pasos en falso y callejones sin salida, por fin habías vuelto a verlo en un riachuelo de las Highlands. Te pareció que se movía más lento de lo que recordabas, casi cansado cuando se deslizaba ribera abajo y se perdía de vista. Tú también eras más vieja, más insegura. Cuando clavaste el cuchillo en el agua, ya se había ido.

Lo seguiste de sur a norte y de norte a sur. El Bonak, como si supiera quién le andaba a la zaga, había nadado hasta alcanzar aquel lugar junto al pinar y se había detenido. Lo viste reptar por la orilla, tenderse al sol y hundirse en el acuoso barro para refrescarse. Lo observaste cazar algún que otro pececillo perezoso y aguardar tumbado a que algún roedor viniera a beber. Era listo. Lo observaste agazapado justo bajo la superficie con la boca llena de palitos y cazar los pájaros que acudían a recogerlos para sus nidos. Había una especie de coexistencia. A veces te sentabas en el techo del viejo barco que habías encontrado allí y le cantabas a la criatura que se hallaba abajo, en el agua, escuchándote. A veces cazabas conejos con las trampas, te comías la mitad y le echabas el resto a él. Me contaste todo esto a retazos, mientras buscábamos leña u oíamos el agua correr. Al hacerlo, eras la de siempre, nada había cambiado, sabías todo lo que había pasado. Yo contemplaba aquellos momentos de lucidez con pavor, consciente de que no durarían mucho. Me contaste, entre lágrimas, que te habías olvidado de por qué lo seguías, cuál era el motivo de todo aquello. Habías olvidado por completo que durante todo ese tiempo tu intención había sido matarlo.

EL RÍO

Pescaban cachos y lucios. Sarah estaba pensativa en el otro extremo del barco, con las piernas colgando y la base de la caña apretada contra el vientre mientras echaba el sedal y lo lanzaba más lejos de lo que Gretel o él podían.

Cuando Marcus se despertó aquella mañana, Sarah ya le había hecho el petate y se lo había dejado a los pies del colchón. Él la había rondado nervioso, esperando a que le dijera que tenía que irse. Sus manos recordaban el tacto de la noche, el nódulo que creía haberle notado en la axila. No estaba seguro. Ella se afanó en restregar los platos cubiertos de comida reseca; cortó en gajos una manzana pocha y obligó a Gretel a comérsela. Apenas si cruzó palabra con él, solamente le preguntó si había pescado alguna vez. En una ocasión, le dijo él. Luego le enseñó a engastar el gusano en el anzuelo. Él comprendió que la decisión de marcharse era suya y que no sería ella quien se lo dijera. También comprendió que no podía irse. Y, lo que era más: que nunca podría dejarla.

La caña se le tensó y dio un fuerte tirón. Sus manos empapadas resbalaron por el artefacto, se enredaron y estuvieron a punto de soltarla. El sedal descendió temblando. Detectó movimiento justo debajo de él. La boca del pez emergió del agua. El animal tenía la cabeza grande, y su cuerpo gris, con el anzuelo ensartado en el grueso labio, salió dando coletazos. Gretel se había plantado a su lado y observaba la escena a gatas.

Súbelo, súbelo, lo animó.

Él buscó con la mirada a Sarah, ansioso por que lo mirase. Durante un momento, el agua pareció tragarse de nuevo el pez, pero su cola bífida reapareció. Marcus aseguró los pies a la estrecha barra y descargó el peso de la pierna mala. El pez se revolvió en el aire, largo como su brazo y con los ojos del color de los botones frontales del abrigo de Gretel, que ella se había quitado y había extendido para envolverlo. Él lo acercó al barco.

El Bonak emergió justo de abajo, con las mandíbulas abiertas. Su rocoso lomo era del color del musgo; su vientre, suave y pálido. Se impulsaba con sus cortas piernas musculosas y curvadas. Su cuerpo se movía de un modo que sugería que no estaba hecho de lo mismo que ellos, pues no tenía huesos, estaba compuesto sólo de carne. Aún tuvo tiempo de pensar que era tal y como Sarah lo había descrito. Por un instante, el pez quedó enmarcado entre la curva de sus dientes y luego desapareció. Sintió el horrible tirón de la caña, sus pies resbalaron y cargó todo el peso sobre la pierna mala. Entonces el sedal se rompió y la caña se le cayó al agua.

SIETE

EL BONA

EL RÍO

Tenemos que cazarlo, dijo Sarah. Al Bonak. Vamos a cazarlo.

Marcus albergaba la esperanza de que cambiara de idea, de que soltaran amarras y se alejaran río abajo. Ella olvidaría que le había dicho que se marchara y se iría a vivir con ellas al barco para siempre.

Tenemos que cazarlo, repitió, como si adivinara sus dudas.

Gretel sacó una de sus viejas trampas de roedores, la colocó encima de la mesa y la abrió para explicarles cómo funcionaba. Sarah murmuró en señal de aprobación ante la genialidad del artefacto, la potencia del cebo, el mecanismo accionado por muelles. Llevaba toda la noche inquieta, no paraba sentada ni un segundo, se levantaba y cambiaba las cosas de sitio chasqueando los dedos o arrastrando los pies por el suelo. Hubo un instante en que se le plantó delante, se lo quedó mirando con el grueso labio inferior apretado entre sus blancos dientes, cruzó los brazos y se dio golpecitos en las caderas con las manos.

¿Qué?, dijo él.

Nada.

Pero ella continuó escrutándolo con los ojos casi cerrados. Marcus no sabía lo que quería. Sintió que el rubor le encendía las mejillas y apartó la vista, se entretuvo con otras cosas, pero siguió sintiendo su mirada en la nuca.

Gretel les enseñó a tensar los muelles del cebo, a colocar la pesa con delicadeza para que saltara a la menor presión. Necesitaban una jaula con un cebo en un extremo y una puerta que bajara. Como no había espacio suficiente en el barco, sacaron todo lo que necesitaban a la orilla y allí la montaron. Los laterales eran trozos de valla unidos con cables, las pesas eran viejas latas de gasóleo llenas de piedras. Sarah desenganchó la puerta del barco y la colocó en un extremo. La trampa tenía el tamaño justo para albergar a una persona tumbada con las rodillas flexionadas, pero para una de pie resultaría incómoda.

Podríamos adentrarnos en el bosque y dirigirnos al pueblo más cercano, sugirió Marcus en voz alta. Ambas lo miraron. Irnos y ya está, añadió.

Río abajo, después de nosotros, hay más barcos, familias enteras a bordo, respondió ella y, a continuación, se quedó callada. Marcus comprendió que lo que quería decir era que, si no lo atrapaban, moriría más gente. Se acordó del cuarto hijo. Tenía la piel arrugada tras haber pasado tantas noches en el agua, y los ojos, blancos. Pensó que volver con sus padres, después de todo lo que había ocurrido, sería lo mismo: como si hubiera muerto y regresara transformado, siendo una persona completamente distinta.

La trampa era burda, chapucera. Las latas chocaban con la parte delantera y hacían ruido.

Pesaba demasiado, costaba moverla.

No tiene que aguantar mucho, dijo Sarah. No es una guerra; es una pequeña batalla. Para finales de semana, todo habrá vuelto a la normalidad.

Él no entendía a qué se refería. Nada volvería a ser igual jamás. Sarah sacó los restos de la carcasa del cerdo y los empujó hasta el fondo de la trampa. Cubrió el cable con hojas secas y un par de ramas.

Es un señuelo, dijo él al recordar algo.

Sarah lo miró. ¿Cómo sabes tú eso?

Él no contestó. Ella negó con la cabeza.

A su lado, Gretel no cantaba ni bailaba, sino que permanecía sentada muy quieta en la borda del barco, con las piernas colgando, observando. Al mirarla, se preguntó si todo aquel tiempo ella había sabido lo que era. Las páginas de la enciclopedia que le había mostrado, sus trampas, su interés por los acertijos. Intentó recordar qué aspecto tenía la criatura cuando salió del agua, curvada, y le quitó el pez del sedal. El recuerdo se estaba difuminando y ya no estaba seguro de qué partes no recordaba bien y qué lagunas había rellenado mal.

¿Adónde iremos cuando todo esto haya acabado?, preguntó Sarah moviendo la mano de Gretel y sonriéndole a él. ¿A qué país?

No lo sé.

A un lugar cálido. Tendrías mejor aspecto bronceado.

Sí, dijo él, y lo dijo muy en serio. Sí.

Sarah había decidido que anclarían el barco en mitad del río para estar lo más alejados posible de la trampa y ser capaces de vigilarla al mismo tiempo. Comprobaron los amarres y luego se soltaron y dejaron que la corriente meciera el barco, que las cuerdas cayeran al agua y luego tiraran y se tensaran hasta la orilla. Marcus echó el ancla, que desapareció de su vista al instante al precipitarse hacia el fondo. El río iba muy crecido y rápido. Se aferró a la caña del timón. Gretel estaba acuclillada en la cubierta, bien agarrada. La corriente golpeaba el flanco del barco. En la orilla, la trampa parecía vigilante, completamente atenta. Algo pasó volando por encima de ellos, un murciélago tal vez, que plegó sus alas en forma de flecha.

Cuando Marcus se despertó por la noche, hacía bochorno. Una humedad salobre invadía los rincones de la embarcación, y de las paredes se desprendía un olor a brotes de ajo. Aún sentía las últimas hebras del sueño enredadas en su cara. Había visto la sala de estar de la casa de sus padres, las luces colgadas de los raíles de las cortinas, los restos de la tarta en la mesa de madera, el fregadero lleno de agua jabonosa. Oía movimiento arriba y en el río, que sonaba como si estuviera golpeando las tapias del jardín y subiera por encima del puente. Volvía a ser como antes. Fiona estaba allí, aunque no distinguía su cara, sólo un borrón de brazos largos, el color del vestido que había llevado esa noche. Volvía a decirle lo que les haría a sus padres. Sus palabras eran sólidas en el aire denso; las veía elevarse de su boca e ir hasta él. Las repetía una y otra vez, y cada vez con mayor tono de urgencia, de modo que sintió que faltaba algo, que no había captado su significado, que su definición no estaba clara. Estiró ambas manos hacia ella y dijo —con la voz de Sarah—: «¿Margot?».

Sarah estaba sentada envuelta en las mantas, escrutándolo a través del vapor que despedía la

taza de la que bebía. Él estaba adormilado; la habitación recuperaba lentamente la forma a su alrededor.

¿Dónde está Gretel?

La he mandado a dormir fuera. No pasa nada, ya lo ha hecho antes. Necesitaba un ratito de shhh.

Marcus se levantó, entumecido por haber estado tumbado en el suelo duro. Lo siento. Subo yo también. Me sentaré con Gretel un rato, dijo.

Ella hizo oídos sordos. ¿Te apetece un té?

No estaba seguro de haber asentido, pero ella le tendió una taza igualmente. A ambos lados de la manta sobresalían sus hombros desnudos y su ropa estaba amontonada en el suelo. Alzó la taza, no atinó a llevársela a la boca, se achicharró la mano. Oyó que ella se reía por lo bajini desde la cama. Bebió a matacaballo, se quemó la lengua.

Creo..., dijo Marcus.

Ven aquí.

Marcus vio que sus pies se movían, como desplazados por una corriente en el interior del barco. Fuera todavía era de noche. Ella estaba desnuda bajo las mantas. A él le temblaban las manos. Sarah empezó a desabrocharle los botones de la camisa, uno a uno. Él sintió un momento de ansiedad repentina que era igual, pensó, a cuando te saltas un escalón y estás a punto de caer. Después ella le quitó los calcetines de un tirón y Marcus se preguntó si era mejor así, que pasara como pasan los desastres naturales, sin que nadie pueda controlarlos. Iba a ocurrir de todas formas, pensó. Ésta es la razón por la que vine aquí. Ésta es la razón por la que estoy aquí. Y luego, una oleada de pánico que le empezó en el vientre y le subió hasta la garganta. No, pensó, no. La cara de Fiona que había visto en el sueño —una tenue mancha emborronada de color— apareció ante su vista y su boca volvió a pronunciar aquellas horribles palabras.

Espera, dijo Marcus. Le puso las manos en los hombros.

No te preocupes.

Cuando Sarah empezó a desabrocharle los pantalones, de pronto él cayó en la cuenta de lo que había olvidado con tanta facilidad, de lo que estaba oculto.

Espera.

Ella lo silenció con un gesto de la mano mientras le bajaba los pantalones hasta las rodillas. Hacía frío en el barco, pero ella estaba sudando. Apretó su cara contra las rodillas de Marcus, respiró hondo. Pareció vacilar, se llevó una mano a la boca y levantó la cara hacia él por un momento. Necesito..., comenzó a decir él, pero ella se le adelantó y le quitó todas las camisetas por la cabeza hasta llegar a la piel. Le pellizcó el vientre con los dedos índice y pulgar. Se vio a sí mismo como ella debía de estar viéndolo: las capas de film transparente bien tirantes alrededor del pecho, los mechones de vello húmedo como algas marinas en las axilas. Ahora sus dedos le despegaban la película transparente y lo giraban varias veces para que se le aflojara; su boca como una mano húmeda y envolvente, en el pezón de él. Aquella sensación otra vez, como si el escalón siempre hubiera estado allí y él, pese a ser consciente de ello, se lo saltara a propósito, dando un traspie. Ella le había bajado las bragas antes de que le diera tiempo a decir nada. La maraña de vello púbico castaño, la hendidura que sentía conectada a la punta de los dedos y de la lengua, a las ramificaciones del cerebro. Sarah se había apartado y se estaba tocando, frotándose la entrepierna con una mano, y con los dedos de la otra, el pecho. Cuando se giró, casi arremetió

contra él: Marcus se dio con la cabeza en la pared y a continuación juntos se escurrieron hasta el suelo, una mano se le quedó atrapada y retorcida bajo el peso de ella, olía su propio aliento en el aire que los separaba. Ella se le acercó a la entrepierna y él notó el repentino frescor de su lengua. Se percató entonces de que Sarah lo había sabido desde el principio. La habitación se inclinó, se ladeó, se contrajo hasta que sintió que la pared le rozaba la frente y los rincones húmedos lo penetraban.

LA CASITA

Deberíamos habernos quedado en el río, no haber venido nunca aquí. No estás hecha para vivir en una casa. Eres como un animal enjaulado que da vueltas de acá para allá. Me siento como si estuviera haciéndote daño sin proponérmelo, como un niño que coge un huevo y lo estruja sin querer. Ojalá supiera cómo apañármelas contigo. Ha pasado casi un mes desde que te traje en el autobús y no sé cómo vamos a seguir viviendo así. Intento prepararte un baño y tú te apartas encogida de miedo, gateas hasta un rincón y te echas a llorar.

No pasa nada, digo.

Sí que pasa, dices tú, y luego: joder.

Muy bien.

Mierda, dices. Cipote cochino, marrano, asqueroso, puerco.

Me río y tú pareces igual de sorprendida que un bebé que ve algo por primera vez.

¡La madre del cordero!, exclamo.

Tú te me quedas mirando mientras aferras la parte delantera de mi albornoz contra tu pecho flacucho. Respiro hondo.

Caca de furcia, potada infecta, mierda zarrapastrosa pinchada en un palo.

Sueltas una carcajada que es casi un grito.

Pringados comeñordos de los cojones, digo, cada vez más alto. Espero.

Pelanduscas, dices tú.

Monjas chifladas, hijos de puta.

Pelanduscas.

Capullos y nabos.

Meapilas pedorros, dices tú.

Nos reímos tanto que no podemos continuar. Tú estás doblada hacia delante con los puños apretados en el vientre. Yo tiro sin querer un bote de champú del borde de la bañera y eso hace que nos enzarcemos otra vez. Cuando me enderezo y te miro, tú has parado y me estás observando muy seria.

¿De qué te ríes? ¿Qué te hace tanta gracia?, preguntas, y siento que una oleada de náusea me inunda. Después de tanto buscarte, lo que encontré fue a otra persona con tu cara. Refunfuñas.

¡Es broma!, dices, y te ríes hasta que se te saltan las lágrimas. Te rodeo con los brazos. Te abrazo y te achucho hasta casi estrujarte.

Al día siguiente me dices que quieres hablar de la niña que abandonaste.

No pasa nada, mamá, te digo. Estoy aquí.

Tú te pones hecha una fiera. Tú no. Tú no.

En tu cuaderno dibujas un barco, caras en las ventanillas cuadradas, el sendero que discurre a su lado como una carretera. Me lo tiendes para que lo vea. En el sendero hay una figura garabateada con los brazos en alto sujetando la forma cilíndrica de un bebé envuelto. Quiero discutir contigo. Quiero decirte que no me apetece oír historias sobre mí; quiero saber cosas acerca de Marcus, acerca del Bonak. Sostienes el dibujo tan tirante que los cantos de la hoja se doblan. Has perdido peso, se te nota sobre todo en la cara. Trato de recordar si te estoy alimentando bien. Soy incapaz de acordarme de cuándo fue la última vez que comí o bebí otra cosa que no fuera agua del grifo ahuecando las manos. Tu cara se está volviendo tempestuosa, cierras los puños.

Vale, digo, de acuerdo. Cuéntame lo que quieras.

¿Vale?

Vale.

SARAH

Tienes treinta y tres años. Te mueven nuevas fuerzas gravitacionales, nuevas órbitas: una cría, un hombre. Las palabras escritas en el diccionario de tu mente son *paciencia*, *abnegación*. Te fumas diez cigarrillos al día. Sueñas con lagos tan grandes que puedan contener planetas.

Cuando Charlie y el bebé estaban durmiendo, saliste a hurtadillas al sendero. No había luces y la oscuridad se cernía cubriéndolo todo. Te quedaste fuera hasta que te entró frío. A través de las finas paredes del barco oías al bebé moverse, agitarse; estaba a punto de despertarse. Había otros sonidos más lejanos. Algo que escarbaba, que removía la tierra. Te adentraste en los setos. El sonido recorrió el sendero y se instaló en el techo del barco. Cuando la niña empezó a llorar —no con muchas ganas pero sí con insistencia—, te detuviste a escuchar, y lo mismo hizo aquella cosa, inmóvil en aquella oscuridad impenetrable. Aguardaste para ver si deslizaba su denso cuerpo por la chimenea, si caía en la habitación de abajo. El bebé se encontraba en una cuna a los pies de la cama donde dormías. Aquella criatura lo olfatearía, mordisquearía un pliegue de la manta, se lo llevaría con sus astutas zarpas. Deseaste que ocurriera antes de que pudieras reaccionar. Pero nombrar algo era concederle poder, así que era preferible guardar silencio. Te tragaste tus palabras y, a partir de entonces, te repetiste a diario la misma promesa: ahora la querré.

La niña tenía diez meses, pero —a pesar de los estímulos de Charlie— no aprendía a gatear. Le gustaba sentarse a la mesa, comer plátanos o mirar los cuentos o los rompecabezas que Charlie le compraba en las tiendas de segunda mano. Se desplazaba arrastrando el trasero o rodando, con las piernas lacias, y nunca llegaba muy lejos antes de volver a descansar, al parecer satisfecha.

¿Qué es esto?, le preguntaba Charlie enseñándole un dibujo, y ella alzaba la vista como si le hubieran dado un picotazo, con la cara arrugada en una mueca. Venga, tú puedes. Di *pa-pi*. Di *bar-co*. ¿Y *ma-mi*? Ambos se giraban para mirarte. Di *rí-o*. Di *na-dar*.

Por las mañanas te despertaba su llanto y siempre tardabas un buen rato en acudir, un rato en el que te quedabas escuchando sus sollozos de pánico mientras ella abría y cerraba las manitas con los brazos en alto. Charlie la cogía en brazos y hundía la cara en su tierna barriguita. Desviaba la mirada hasta ti: una mirada cargada de reproche. Ambos te miraban igual. Él no lo comprendía. La quería sin más. Cuando la niña te agarraba el pulgar con aquella fuerza tan extraña, te preguntabas si algún día llegarías a soportarlo.

A Charlie y a ti os costó casi cinco meses ponerle nombre. Él la llamaba según se le antojaba cada semana; utilizaba los nombres de los pájaros que veía en el río —garza, pollita, patito— o

palabras cuyo sonido le gustaba. Se pasó llamándola Chitón una semana mientras ella lo escrutaba con curiosidad. Un día la llamó Gretel y así se quedó. Tú se lo dijiste en voz baja para ver si le sentaba bien, y ella te miró con aquellas meticulosas arrugas de extrañeza en la frente.

*

La criatura que habías deseado alumbrar con el pensamiento se encontraba en el barco. No estabas segura de su forma ni de su tamaño; sólo sabías que había un olor que antes no estaba allí. A veces, cuando te sentabas con el bebé, alzabas la vista y veías que ella se agarrotaba, que un rulo de rigidez le recorría los hombritos y que sus ojos se fijaban en un espacio más allá de tu hombro, mientras la cuchara se detenía a medio camino de su boca. Otras veces, en el camino de sirga, la pillabas examinando el barco con el labio inferior adelantado al tiempo que se toqueteaba los bajos de los pantalones mojados, como si lo oliera, como si lo viera.

En una ocasión la sorprendiste sentada fuera del dormitorio rodando canicas, una tras otra, hacia el pasillo oscuro.

¿Quién le ha dado esas canicas? Yo no.

Por el amor de Dios. Con un movimiento brusco, Charlie se llevó a la niña al pecho y apretó la cara contra sus redondos mofletes. Se las di yo. ¿Qué diablos te pasa?

Querías decirle que lo que te pasaba era que habías pedido un deseo y se había hecho realidad. Lo sabías sin el menor atisbo de duda.

Charlie no lo veía, no lo entendía. Por la noche, cansado, sentado frente a ti a la mesa, te dijo que se trataba de tu Bonak.

Tú lo miraste fijamente. ¿De qué estás hablando? También estabas enfadada con él; te embargaba una ira furiosa y ciega. ¿Cómo había permitido Charlie que aquello ocurriera?

Tu miedo. Eso que crees saber. No es real. En realidad no está ahí. Son cuentos de vieja, una superstición, una sombra. Un Bonak.

Tú no le creíste, pero asentiste, le cogiste la mano. Era la primera vez que lo tocabas en semanas. Tienes razón. Sí. Tienes razón. Te reíste ante la ridiculez de la palabra. No es más que un Bonak. Dejaste que te llevara al dormitorio, que te volviera a arrastrar a su órbita, que dierais vueltas el uno alrededor del otro.

Una noche el ruido del tren no te dejaba dormir. Cuando cogiste a la cría en brazos y te la plantaste en la cadera, ella no rechistó. La bajaste del barco y te la llevaste al sendero, que estaba cubierto de escarcha. Llevabas piedras en tu interior, rocas. Si te caías al agua, te hundías. Había media luna, una tajada en el cielo, suficiente para ver las fábricas con sus enormes vientres, la colina que subía al pueblo, su cara cuando te miraba. No te preocupes, dijiste. Parecía que su peso aumentaba a cada paso que dabas.

Al final del sendero, justo al otro lado del puente que subía a la carretera, unos adolescentes borrachos habían robado un cubo de basura y lo habían dejado volcado. Tú sacaste los desperdicios con las manos, le dijiste a la niña que estirase los brazos y le pusiste los jerséis que te habías llevado. Ella te miraba por entre las rendijas de los dedos, tal y como Charlie hacía a veces cuando jugaba con ella.

No te preocupes. La colocaste en el cubo; le pelaste una naranja y se la diste, le contaste un

par de acertijos de Charlie hasta que pareció dormirse.

Te alejaste por el sendero. Estaba más oscuro que antes y las fábricas quedaban ocultas, las aguas residuales, los bloques de casas con idéntica fachada. Caminaste hasta que la luz empezó a asomar por los tejados cuadrados, a extenderse por el agua grasienta, a atravesar las rejillas de los puentes del tren. Anduviste sin tregua. Anduviste hasta dejar atrás el pueblo y continuaste hasta que te salieron ampollas en los pies. Durante los dos días siguientes fue calando poco a poco en ti la conciencia de lo que habías hecho. No podías imaginar que fueras el tipo de persona que hace algo semejante. Veías sus manitas, su cara vuelta hacia ti, seria y pensativa; sus piernas regordetas pegadas al pecho. La habías abandonado. Habías abandonado a tu propia hija.

Corría el año 1983 y dos hombres habían pasado doscientos once días en el espacio: un récord. Entendías cómo se sentían. Habías acabado en otra habitación de alquiler. Trabajabas un par de días a la semana en una tienda llenando las bolsas de la compra de otra gente. Te decías a ti misma y a cualquiera que preguntase que no lo echabas de menos, que no echabas de menos a aquel barquero mañoso que te había enseñado a fumar y a cocinar. No lo echabas de menos. No lo echaste de menos hasta que empezaste a hacerlo.

Para tu sorpresa, después de todo lo que había ocurrido, ya no te gustaba vivir en tierra firme. Te ponía nerviosa: la solidez del cemento y de los postes de las vallas, las calles, los aparcamientos. Recelabas de las escaleras, de los sótanos, de los pasillos. Te despertabas en plena madrugada empapada de sudor y la habitación se mecía en una corriente que no existía, los pies se te quedaban helados con el frío curso de un río. Te dio por merodear por los astilleros, suspirando por las relucientes embarcaciones turísticas provistas de estufas, de hornos de cuatro puertas y camas que se desplegaban de la pared. No podías permitirte nada de aquello. No conocías a nadie que pudiera. Pero, si apurabas mucho, podías comprar la tartana de la parte trasera del patio que pronto se llevarían al desguace.

La condujiste todo lo lejos posible antes de que el motor se quemara. Te gustaba el sitio al que habías llegado. El río bajaba con una fuerte corriente salpicada de escombros que tú contemplabas pasar. Había un tramo embarrado donde te imaginabas —aunque nunca lo hiciste— plantando hortalizas. Más allá había árboles. No se veía a nadie cerca.

En algún momento debió de haber otro hombre. Un barquero de camino a alguna otra parte que pasó allí la noche. Nunca ha importado quién fue. Nunca diste pie a que importase. Hubo un hombre y, al poco tiempo, allí estaba yo. Poca cosa todavía, apenas un pensamiento.

Cuando te diste cuenta de que estabas embarazada, ya era tarde para hacer nada. A última hora de la noche, los pensamientos acerca de lo que harías cuando llegara el bebé, de cómo mejorarías lo que tan mal habías hecho antes, te desvelaban. Creías que era tu penitencia. Creías que el infierno consistía en vivir los mismos días una y otra vez, atascada en un bucle temporal, incapaz de zafarte.

Nací en primavera. Una primavera que en mi mente es idéntica a todas las que pasé en ese sitio. Las noches eran frías, pero más cortas; el suelo estaba sembrado de presagios, de lo que estaba por venir. Cocinabas remangada. Gritabas mi nombre y éste reverberaba a través de años pasados para volver magullado, teñido de sangre de recién nacido. Un nombre de segunda mano, un nombre que siempre te haría pensar en otra persona. Me llamaste Gretel. Gretel.

Me amarrabas a tu pecho, te recogías el pelo con un pañuelo y te ponías a restregar óxido y mugre hasta que las manos se te pusieron tan ásperas como la corteza de los pinos que crecían no

muy lejos de la ribera. No te molestaste en arreglar el motor, pero sí las puertas rotas y la escotilla del techo. Estábamos solas tú y yo. No me parecía en nada al bebé perdido. Te lo recordaba a diario. Yo señalaba todo lo que veía. Árbol, decía. Árbol. Barco. Agua. Corrí en cuanto aprendí a andar. Me encantaba hablar y escribir. Leía cada libro al que echabas mano. Cuando encontraste un viejo tablero de Scrabble, me pasaba las horas sentada ordenando las fichas para conseguir palabras cada vez más largas. Me diste un rollo de alambre con el que jugar y, cuando quisiste darte cuenta, había creado un extraño artilugio, un móvil de viento que cantaba en la brisa.

De tarde en tarde te acordabas de aquella otra hija perdida. Contabas sus cumpleaños. Tratabas de retenerla en tu cabeza. Te preguntabas cómo recordaría ella aquel entonces, el poco tiempo que tenía que recordar. Sin embargo, conforme pasaban las horas te costaba más hacerlo. Iba difuminándose poco a poco y, una mañana, te despertaste y fuiste incapaz de recordar siquiera su cara. Los días pasaron, los años se sucedieron en espiral. La memoria tiene por costumbre borrar, dejar solamente lo imprescindible. Subías a la cubierta del barco a liarte un cigarrillo que luego te ponías en la boca pero no te fumabas. Volvía a ser invierno. El río estaba crecido, turbulento.

EL RÍO

Sarah, Marcus y Gretel hacían guardia por turnos. Era imposible no ver al Bonak en cada rama de árbol que flotaba en la corriente, en el agua que se desbordaba de la presa o que discurría por los laterales del barco. Había ido abriéndose camino serpenteando por entre los bajíos, se había metido por los espesos matorrales que crecían a cada lado de las esclusas, había trepado por donde había más piedra que agua. Se había ido acercando, pensó Marcus, como algo que los tres habían medio olvidado, como algo que deberían haber sabido. Se acordó de las manos de Sarah, arrugadas, rojas del agua caliente, del modo en que su propia piel se había vuelto blanca bajo la presión de sus dedos. Se acordó de sus padres, que seguían buscándolo, aunque él no lo supiera, que reemplazaban los carteles de su cara tras las fuertes lluvias, que no dormían. Se acordó de las cosas que Fiona le había dicho que haría. Cuando Sarah lo relevó, durmió en la pila de mantas. El Bonak avanzaba de un sueño a otro sin apenas moverse. Sarah iba montada en su lomo, apretando sus rodillas desnudas. Cuando ya no se podía nadar porque el agua estaba muy baja, se la colocaba en los hombros y continuaba de piedra en piedra. El Bonak tenía la boca entreabierta y en el interior había una verdad oculta que él aún no había descubierto, algo que se suponía que sabía. Marcus le metió las manos en la boca y las fauces se le cerraron como un cepo a la altura de las muñecas.

Durante su guardia, no paró de dar cabezadas, se despertó sobresaltado, recorrió el barco de punta a punta para no dormirse, se abofeteó hasta que le dolieron las mejillas, se mordió la lengua. La niebla que rodeaba los árboles se había extendido. Bajó a la cocina por pan y ellas dejaron de hablar y lo miraron como si fuera un extraño. Se lo comió rápido, sentado en el frío techo. El dolor de la entrepierna había desaparecido, como si nunca lo hubiera tenido. La sangre parecía circular lentamente por su cuerpo, como si apenas le llegara a las extremidades. Vio que empezaba a clarear. Se puso a imaginar qué haría cuando encontraran al Bonak, adónde iría. Habría otro viaje, otra larga caminata. Le daba igual.

De la jaula le llegó el ruido de la portezuela al caer. Esperó a ver si Sarah salía del interior del barco, pero no lo hizo. Seguro que no lo había oído. Tal vez estuviera dormida. Tal vez las dos lo estuvieran. Él no quería que subiera. Quería que estuviera a salvo. Fue dando trompicones hasta el borde de la embarcación e intentó vislumbrar el interior de la jaula. No pudo. Se descolgó por la borda hasta el riel de madera que recorría la gabarra por los laterales. Se metería en el agua; nadaría hasta la otra margen para ver lo que había. Lo haría para que ella no tuviera que hacerlo. Lo haría porque había dejado a sus padres y ya no estaba seguro de qué era lo que tenía que hacer. Estaba tan cerca del agua que sentía su helor, como un pulso secundario en los tobillos. Se

dejó caer. El agua le cubrió la cabeza y le llenó la boca. En un instante ya no supo en qué dirección soplaban el viento ni de qué dirección había venido él. Cuando salió a la superficie, la corriente lo había arrastrado un buen trecho y la jaula ya no estaba justo enfrente, sino a su espalda.

Pataleó con todas sus fuerzas a contracorriente; la pierna mala salía del agua formando un ángulo extraño, no servía de mucha ayuda. A veces sentía que algo fibroso lo rozaba, pero siempre eran simples hojas, espuma amarilla, una bolsa de plástico que se le enganchaba en un pie y luego se perdía en la corriente. El agua estaba helada. Una rama chocó con él y estuvo a punto de arrastrarlo consigo. Otra se parecía tanto al Bonak que del susto se zambulló agitando brazos y piernas. El agua sabía a barro y a aceite, a levadura. Fiona estaba con él, con sus mechones de pelo largo y fino. Era capaz de controlar los fenómenos atmosféricos, de cocinar tartas que nadie quería comerse, de predecir lo que iba a ocurrir. Se tumbó en el lecho del río y bebió hasta que el agua desapareció. Matarás a tu padre, le dijo cuando recuperó el aliento. Te acostarás con tu madre.

Marcus salió a la superficie, pataleó. La orilla estaba más cerca y sintió que empezaba a hacer pie. Se había marchado, eso es lo que había hecho. Se había marchado para no hacer las cosas que Fiona le había dicho que haría. De repente sintió las manos tan llenas que no podía cerrarlas. Estaban llenas cuando levantaron el cadáver del hombre y lo echaron al agua; estaban llenas de la cara de Sarah, de sus pies, que él había sostenido.

Hacía más frío fuera que dentro del agua. La ropa le pesaba. La niebla velaba la base de los pinos y creaba la ilusión de que sus troncos estaban flotando. Las piedras cercanas a la orilla estaban resbaladizas; un junco grueso le hizo un corte en la mejilla y vio que el agua que estaba vadeando se teñía momentáneamente de rojo. Gretel le habría dicho la palabra precisa para cuando te enteras de la verdad de algo y ya es tarde; lo único que él sabía era que debería haberse quitado las botas antes de meterse en el agua. Se sacó una y contempló cómo escurría el agua. Se notaba todos los nervios de la mandíbula, tensos como una cuerda amarrada entre dos árboles. Había matado a Charlie. Se había acostado con Sarah.

Fue avanzando por la vera del río en dirección a la jaula. Estaba colocada cerca del agua y la rodeó por detrás. Los dientes le castañeteaban. No se oía nada y se preguntó si se habría equivocado. Se acercó a gatas. Ya estaba a tiro de piedra; el interior quedaba oculto por los hierbajos que le habían echado por encima. En la copa de los árboles había algo que no paraba de chillar. Apartó la maraña de ramas. Esperaba verlo. Aquello sobrepasaba los límites de la imaginación; la criatura seguramente atravesaría la jaula y lo atacaría.

Pero en el interior no había nada. La puerta de la jaula se había cerrado sola. La rodeó y, apoyándose en ella, la empujó con el cuerpo en un intento por abrirla y volver a colocarla de manera que el mecanismo se accionara. El río se deslizaba justo a su espalda. El barro estaba blando; los pies se le hundían. Empujó el marco de la puerta con los brazos haciendo palanca y sintió que empezaba a levantarse.

Se oyó un ruido procedente del barco. Cuando volvió la vista, le pareció que la gabarra estaba casi a punto de soltarse, en perpendicular a la corriente, y que las amarras se tensaban junto a sus pies. Sarah había salido y lo observaba desde la cubierta. Él no le distinguía la cara en la tenue luz. El cuerpo de Sarah parecía la hoja de un cuchillo en la oscuridad.

El borde de la puerta se le resbaló de las manos y volvió a cerrarse de un golpetazo. La dejó, intentó girarse para ver mejor a Sarah, tal vez para decirle algo. ¿Qué iba a decirle? Justo delante

de él corría el río, caudaloso y veloz. La ribera era escarpada, estaba cuajada de hoyos. El pie se le hundió en el barro, trastabilló y cayó al agua. Fue a dar con sus huesos de lleno en pleno raudal.

La corriente lo atrapó de inmediato y lo arrastró alejándolo de la ribera y de la trampa. El agua sabía igual que ella, que sus dedos hasta los nudillos en su boca. Cerró los ojos, pero, cuando los abrió, no notó la diferencia. Pataleó, intentó impulsarse hacia arriba. Esperó a que llegara. Lo había visto caer. Iría en su rescate. El aire pasaría de los pulmones de ella a los suyos, pegaría la boca abierta y fría en la suya, también fría. Lo salvaría porque era su madre. Con una pierna, nadó hacia la orilla sin parar, casi había llegado. No obstante, allá donde había creído que se encontraba la superficie, sólo había más agua. El aire que le quedaba salió burbujeando. Abrió los ojos todo lo que pudo en busca de la explosión blanca del cuerpo de Sarah al impactar en el agua. Sintió que unos detritos, que la corriente había arrastrado durante un sinfín de kilómetros, le golpeaban las costillas, lo empujaban. Otros se le estrellaban con fuerza en la cara, y una punzada de dolor cegador le atravesó los ojos antes de que el frío lo apaciguara. Se estaba a gusto en la oscuridad. La palpó con las manos. Ella no venía. La estaba esperando. El río lo hundió, lo retuvo en el fondo.

La corriente lo acogió ávidamente en sus brazos y se lo llevó lejos de aquel lugar junto al pinar. El río se llamaba Isis y ya antes había arrastrado cadáveres hasta el Támesis y, mucho más allá, hasta el mar. Estaba crecido por el agua del deshielo y las fuertes lluvias, de modo que lo arrastraba rápido, volteándolo y poniéndolo, ya bocabajo, ya de cara a las esquirlas de la superficie quebrada por la luz. Atravesó ciudades, se quedó atascado en presas enmarañadas de árboles y siguió avanzando. Alguien lo encontraría: pescadores sentados a la intemperie a la espera de que picara algo o trabajadores de paso que se paraban en un puente tranquilo a fumarse un cigarrillo. Lo encontrarían, lo sacarían y llamarían a la policía, que, en última instancia, encontraría a Roger y a Laura. Ellos, que habían estado esperando precisamente esa llamada, irían a la morgue a la que una vez había ido yo cuando te buscaba. Y eso lo cambiaría todo o no cambiaría nada.

Sin embargo, nadie lo encontró. El río se lo llevó todo lo lejos que quiso y luego lo enterró.

LA BÚSQUEDA

En el río me senté contigo junto al fuego.

Tengo hambre, me dijiste.

Había un recuerdo que no hacía más que darme vueltas en la cabeza: el recuerdo de la comida con Fiona ocupaba el primer plano en mi cerebro, como un extraño que se asoma a la ventana de la cocina, y no paraba de llamar.

¿Me has oído? Tengo hambre.

Pronto nos iremos, te contesté. ¿Quieres? Tengo una casita en una colina. Creo que te gustará.

Me miraste como si estuviera loca. No podemos abandonarlo, dijiste. No podemos dejarlo aquí solo.

Te dejé al lado de la lumbre y me adentré en la arboleda. Olía la comida china, oía el sonido del tenedor de Fiona rebañando los platos, al chef discutiendo con alguien por teléfono en la cocina. Cuando Fiona estaba terminando de contarme la historia, hizo una pausa y se reclinó en la silla con los puños apoyados en las costillas. Me miró. Mejor dejarlo, dijo. Mejor dejarlo aquí. Pero yo me limité a mirarla y esperé hasta que se encogió de hombros, se echó hacia delante y terminó de contarme lo que había ocurrido la noche del cumpleaños de Roger: el olor de las velas en la tarta que había preparado y que no había subido; los rollitos de primavera que habían llegado con el pedido y que no estaban crujientes; todo el mundo andaba un poco borracho, había botellas de vino vacías en el cubo de reciclar, trozos de queso cortados de cualquier modo de la cuña que había en la nevera. Vi a Margot en el fregadero dando la espalda a la habitación. Se había puesto unos guantes amarillos de fregar y llevaba el pelo largo recogido, retirado de la cara, redonda y bonita. Tenía tus ojos. Por supuesto que sí. Tenía mis ojos. Detrás de ella, Fiona había empezado a hablar. Había dicho: matarás a tu padre. Te acostarás con tu madre.

Me agaché en el bosque y hundí las manos en las agujas de los pinos. Sentía la lengua hinchada en la garganta y, cuando intenté gritarte, no me salió nada. Me daba la sensación de que las palabras me abandonaban con la misma facilidad que a ti. Vi a Margot en la cocina de la casa. Apartó la mirada de Fiona y me miró a mí. Ella era un fantasma. Yo sentía sus manos encantadas en mi cara y en mis brazos. Había creído que Laura y Roger eran sus padres y se había marchado para protegerlos. Sentía su aliento en mi boca, su puño moviéndose en mi mano abierta. Pero ellos no eran sus verdaderos padres. Bajé la cabeza hasta el suelo. Te oía parlotear junto a la hoguera, a veces te callabas como para escuchar, a veces te reías de un modo que no reconocía. El vahído se fue disipando como un banco de niebla. La tierra olía a humedad, a setas en descomposición. Estaba segura de sentir bajo mis manos el mantillo colmado de insectos y raíces

en crecimiento. Me senté. Desde los arbustos no se te oía. Tenía que llevarte a casa, donde había comida, bebida y una cama. Tenía que decidir qué hacer contigo, qué hacer conmigo misma. Me puse en pie y me giré. Había una silueta recortada entre los esbeltos pinos. Levanté una mano para resguardarme los ojos del sol y, ante aquel gesto, aquella cosa echó a correr y se acercó rápido por el terreno llano, ejercitando sus potentes patas, con el cuello estirado y meneando la cola a ras de suelo. Di un paso atrás y perdí pie. Se aproximaba a toda velocidad y supe que su intención era matarme para que te quedaras en el río, y entonces tú apareciste de la nada, enarbolando la pala, soltando una especie de grito de guerra y abalanzándote hacia aquella cosa, de modo que el Bonak —porque era el Bonak— cambió de dirección y se escabulló entre los árboles. Tú lo seguiste. Desapareció.

Corrí tras de ti. De repente parecía hacer más frío —tanto como aquel invierno— y el suelo estaba muy duro. Creí ver a Marcus moverse entre los árboles. Te había perdido. Corrí hasta que llegué a la valla metálica, al otro lado de la cual había unas vías de tren hincadas en la tierra, y luego di media vuelta hacia los matorrales. No estabas. No entendía cómo habías podido correr tan rápido. Me fui otra vez hacia los árboles. Grité sin parar. Creí oír un eco de respuesta. El pinar quedó atrás, al igual que la tierra. Oí el río antes de verlo. Habías bajado a la orilla, estabas inclinada hacia delante, de espaldas a mí, encorvada. La tierra a tu alrededor estaba empapada y el agua tenía el color del óxido. Sentí que mis pies empezaban a moverse por iniciativa propia. Tenías al lado la pala que yo había utilizado para forzar la puerta del barco. El metal estaba lleno de sangre. El río estaba a salvo por primera vez en décadas. Me imaginé que aquello no opuso resistencia, que sintió que —después de tanto tiempo— te conocía. Y lo habías hecho por mí. Bajé el terraplén. Estabas retirando el pellejo áspero y escamoso de la carne, tirando para arrancarlo. Tenía las patas cortas y fuertes, con garras; el hocico era largo y estaba lleno de dientes, la cola se disipaba en el agua turbia, su cuerpo era grueso y rugoso hasta el vientre, que era pálido como la crema batida. Estabas metida en el Bonak hasta los codos. Te observé y, por un momento, pareció que estuvieras convirtiéndote en él, que lo hubieras sido todo este tiempo.

Tardé un buen rato en cavar un hoyo. Tenía los brazos debiluchos de trabajar en una oficina, el corazón me palpitaba en el pecho. Lo habías desollado y estabas en la orilla lavando la piel, raspándola como solías hacer con las piezas que bajábamos del barco de la carnicera. Cuando lo abrí, había órganos, sangre, músculos, tan duros que el cuchillo apenas podía traspasarlos. Terminé de cavar el hoyo. Estaba empezando a oscurecer de esa forma en que oscurecía en verano: de manera gradual, a hurtadillas. Un somormujo cantó y —allí abajo, junto al agua— tú le respondiste. Encendí una hoguera que llegaba al cielo. El bosque parecía darme todo lo que necesitaba, como si hubiera estado esperando aquel preciso momento. El fuego crepitaba en lo alto. Tú llegaste, te sentaste y extendiste las manos para calentártelas. Tenías el pellejo del Bonak echado por los hombros: la boca descansaba en tu cabeza, sus extremidades te abrazaban. Parecías un ser híbrido con rodillas huesudas y costrosas, y mechones de pelo blanco a modo de extraño pelaje bajo las fauces desencajadas de la criatura. Corté unos pedazos de carne, los ensarté en un pincho, contemplé cómo se chamuscaban. Nos turnamos para coger cada uno de los órganos y los sopesamos con el mismo grado de maravilla con que leíamos la enciclopedia. El cerebro era pequeño, azulado; los pulmones eran enormes; el hígado, más grande que el corazón, pero éste estaba tan duro que fui incapaz de hacerle corte alguno. Lo metí entre las

cenizas en el centro de la hoguera.

Comimos con las manos. Me recordó a los festines que nos dábamos en el barco cuando la carnicera venía o alguien que iba de paso nos dejaba comida, calabazas o pimientos morrones, pan y queso de cabra. Me recordó a cuando comí en el restaurante con Fiona, que se dio un atracón, que comió hasta reventar como para que la historia saliera de ella a borbotones. Había un sentimiento de regocijo en la comida, pero también había disculpa, perdón. La carne tenía un sabor fuerte, se parecía un poco al pescado de aquellas aguas que solíamos comer. La sangre me corría por las muñecas. La oscuridad descendió sobre nosotras. Avivé el fuego. Desenterré el corazón con un palo.

OCHO

COMIENZOS

LA CASITA

Tu hosca forma en el sillón, tu cabeza reclinada hacia atrás, tus brazos estirados en los reposabrazos. La lluvia cayendo en tromba al otro lado de las ventanas e inundando el campo. Sólo comes naranjas, que te pelo por docenas. Cada vaso de agua que te llevo lo vacías en el suelo. O Marcus habla por tu boca o lo hago yo. Te veo bajar por un estrecho camino de sirga con una niña en los brazos que no soy yo pero que lleva mi nombre. Por la escotilla del barco veo unos cuerpos restregándose como monedas, una y otra vez. El suelo de la salita se encrespa igual que el río y, bajo la superficie, hay unos cadáveres, el mío o el de Marcus, que se retuercen cuando se los lleva la corriente.

Siento contra ti una ira cegadora. A veces estallo y tú te quedas ahí sentada tan tranquila o entras al trapo y acabas dando un portazo a la puerta de la cocina o tirando las cosas de la mesa. Se me ocurren mil formas de castigarte: privarte de comida, mantenerte despierta, abrir la puerta y dejar que vagues por ahí. Cuando lloras, me echas los brazos al cuello y te me cuelgas. No eres tú misma. No eres la persona que hizo todas esas cosas. No recuerdas el lenguaje que te convirtió en esa persona. Aprietas tu cara arrugada contra la mía y me agarras de la ropa para acercarme. Cuando das una palmada, la escotilla aparece entre tus manos arrojando una luz sibilante a mi oscura sala de estar.

Algunas mañanas me invade la fría certeza de que contigo sólo funcionarían los castigos antiguos: la lapidación, el cegamiento o echarte a los lobos. Me dices que no lo sabías y ambas nos quedamos en silencio preguntándonos si la otra de verdad se lo traga o no. Vuelvo una y otra vez a la idea de que nuestros pensamientos y actos vienen determinados por el lenguaje que habita nuestras mentes. Que quizá sólo ocurrió lo que tenía que ocurrir. Palabrotear, un ratito de shhh, garraparpía, brote, reguera, Bonak. Bonak, Bonak, Bonak. Palabras como miguitas de pan. Como si todo este tiempo *Bonak* no hubiera significado aquello que temíamos, lo que había en el agua, sino cuidado, eso es lo que va río abajo.

Ha pasado más de un mes desde que te traje aquí. Estamos en punto muerto y hemos dejado de hablarnos. Nos movemos la una alrededor de la otra en círculos estrictos de propiedad: la sala de estar es tuya, yo me quedo el dormitorio y la cocina; para ti, el baño. Hablar implicaría sacar el tema a colación, y no pensamos hacerlo; lo que hiciste, lo que ocurrió cuando tuviste a Margot. Preparo unos palitos de pescado y te los dejo al lado del sillón cuando te estás bañando. Un día me encuentro una chocolatina empezada en mi almohada. Otro día rompes todos los cuencos de la alacena y salgo a la calle a pesar de la lluvia, cojo el autobús y me voy al pueblo a ver las tiendas. Espero en los umbrales a que la tormenta descargue o me meto en ese supermercado al que fuimos juntas en una ocasión. Estoy segura de que, al regresar, te habrás

ido, y no sé muy bien cómo me siento al respecto. Pero, por supuesto, no lo has hecho. ¿Adónde ibas a ir? Te hago la cena. Te has olvidado de la pelea y me tocas el pelo y las manos; me dices que te gusta la lluvia, que sí a mí no.

Al día siguiente veo que las palabras te abandonan. La pronunciación es escurridiza y no se queda quieta; los objetos van primero, así que te limitas a señalar o a gritar hasta que te traigo lo que quieres. Los nombres hace tiempo que se han ido. Algunos días hablas sobre las hijas que tuviste, pero, cuando te pregunto cómo se llamaban, no puedes o no quieres responder. Jugamos a tonterías para pasar el tiempo, y te concentras tanto que me entra dolor de cabeza sólo de mirarte. Izquierda y derecha, arriba y abajo. ¿Cómo se llama esto? ¿Qué hora es? ¿En qué año estamos? Espero a que las historias te abandonen. Lo mejor sería dejarlas marchar, todo lo que me has contado. Pero se aferran a ti, surgen de tu boca una y otra vez, por mucho que te la tapes para tratar de contenerlas. La casa está llena de todo lo que pasó. La fría cara de Marcus está pegada a las ventanas veteadas por la lluvia, me sale en el espejo cuando me cepillo los dientes, aguarda al lado de tu sillón. El Bonak también está aquí, haciendo ruido en las habitaciones de arriba, relajándose en la bañera. En ocasiones tiene tus ojos o largos pies en vez de cola. Otras veces tiene pelo en lugar de escamas, o camina erguido o es una mera sombra que apenas se aprecia. El río encrespado se cuela por una esquina del salón y estropea las tablas del suelo. Los árboles irrumpen por el húmedo enlucido y echan raíces a nuestro alrededor. Por la noche se oye el tren. Hay barcos de techo plano cabeceando y un hombre tallando un anzuelo tan grande como para atrapar aquello que nos da miedo, sea lo que sea.

No, te ordeno en cuanto empiezas a hablar. Ya no hace falta.

Pero ese discurso es involuntario y ni siquiera cesa cuando te echo somníferos en el té o intento distraerte con viejas películas en blanco y negro en el portátil, ni cuando te cuento la historia de la lexicografía o te esparzo en el suelo algún rompecabezas. Se te abre la boca y repites lo mismo una y otra vez.

Al día siguiente, cuando bajo, has desenchufado el frigorífico, has sacado todas las cosas del congelador y de sus paquetes, y las has desparramado por el suelo. Al principio me lo tomo con calma. Jugamos a recoger los palitos de pescado, las salchichas vegetarianas, los rollos de primavera y las bolas de espinacas. Te digo que haremos un festín como en los viejos tiempos y tú sonríes, me sigues como un perrito cuando voy a encender el horno y me ayudas a desplegar las hojas de papel de aluminio. Me sobrecoge la repentina simplicidad del gesto y te digo que haremos un bizcocho para el postre. Voy a la alacena a por los ingredientes y, cuando me doy la vuelta, has metido los dos brazos hasta el codo en el horno caliente. Pego un chillido y te caes de espaldas encima de mí. Tienes la piel de los brazos enrojecida y abrasada, y también la de alrededor de los nudillos. Te llevo al fregadero y abro el grifo del agua fría. Tú ni chistas.

¿Qué estabas haciendo? ¿En qué estabas pensando? Me doy cuenta de que estoy gritando y de que te tengo cogida por los brazos quemados y tú me miras boquiabierta. Te suelto y te escabulles hacia la sala de estar. Apago el horno, me voy arriba y me tumbo en la cama, escucho el repiqueteo de la lluvia, cierro los ojos. Cuando bajo, ya te has olvidado de lo que ha pasado y te encuentro inclinada sobre mi escritorio mirando mis fichas, como enfrascada en alguna tarea que pretendes terminar. Cojo una crema del cuarto de baño y te unto las quemaduras. Tú me observas tan concentrada que carraspeo y te cuento alguna menudencia para intentar distraerte.

¿Yo he hecho eso?, preguntas.

Sí. Pero da lo mismo.

Después del incidente con el horno hay otras ocasiones en las que vuelves a autolesionarte. Al principio son, o parecen ser, accidentales, una consecuencia más de tu enfermedad. Te rascas las quemaduras hasta que te sangran, intentas darte un baño y te olvidas de abrir el agua fría, te saltas los últimos escalones y das un rodillazo en las baldosas del suelo. Sigues yendo al horno para intentar encender el *grill* o meter las manos.

¿Qué haces?

Ver si ya está caliente.

Vale, pues para, por favor.

Has desarrollado una fría fascinación por los cuchillos del cajón de los cubiertos, los picos de las mesas, los enchufes y el tostador. Guardo en el sótano todo lo que creo que puede hacerte daño y tú te dedicas a buscarlo como una vez hiciste con el alcohol. No te sabes los nombres de los objetos, pero sabes lo que quieres, y parloteas y me agarras, angustiada y hecha un basilisco. Dejas de comer.

No me doy cuenta de la gravedad del asunto hasta que un día voy al baño y, cuando bajo, te pillo con la cabeza metida en el fregadero, lleno de agua fría y de cuya superficie escapan burbujas de aire, y las manos bien sujetas a los lados para mantenerte sumergida. Te saco de un tirón.

¿Qué haces? ¿Qué haces?

Tú no respondes, me fulminas con la mirada. Te lío un paño de cocina en la cabeza y te froto más fuerte de lo necesario hasta que vuelves a aparecer, con los ojos enrojecidos y la cabeza empapada, observándome.

Quiero olvidar, me dices con la voz más clara que has tenido en días.

Guardo las pastillas del botiquín, la lejía de debajo del fregadero, las cerillas, las cuchillas, las tijeras, los vasos. Corto la luz y el agua. El sótano no tiene cerradura, de modo que hago que me acompañes cuando lo llevo todo al contenedor que hay al final del sendero. Te niegas a ponerte la capucha; la lluvia te corre por el pelo y la cara. Soy incapaz de descifrar en tu rostro si entiendes lo que estoy haciendo.

De todas formas, lo vas a olvidar, te digo, aunque no estoy segura del todo. Mi nombre y el tuyo, los nombres de los objetos de la casa, los números, los días de la semana, la luz y la oscuridad, la noche y el día: todo parece haberlo olvidado en algún momento u otro. Pero la historia de Margot y del hombre que era su padre, la historia del Bonak y de dónde venía, eso no lo has olvidado ni un solo instante.

Volvemos a subir la colina. El barro te salpica las pantorrillas. Te cojo de la mano y tú no rechistas.

Días de algo parecido al terror. Te pillo en lo alto de las escaleras a punto de tirarte. Te detengo antes de que te rajes las muñecas con lo primero que encuentres. Te comportas con una frialdad pasmosa, una serenidad que me asusta más que nada. Cada vez que te sorprendo, pareces ligeramente molesta. Me llamas por mi nombre y dejas que te lleve sin oponer resistencia. Es como si supieras más; como si supieras dónde estás y cómo llegaste allí. Me bombardeas con

retazos del pasado: son como un eco incesante. Para, te digo, pero no hay nada que te frene. No duermo porque esperas a que me quede dormida para subir las escaleras e intentar abrir una ventana. He pensado en pedir ayuda, pero me parece una traición. Tú nunca le habrías pedido ayuda a nadie. Te ato a mí con una cuerdecilla y tiramos de un lado y luego del otro. Te obligo a comer. Tú pones el grito en el cielo y luego te quedas callada. Las palabras manan de ti. Hablas con frases que no parecen tuyas, cargadas de significado. Me dices que eres el origen de lo que ha pasado. Me dices que tu sangre es la raíz y que quieres olvidar. Yo no sé qué responderte.

La lluvia arrecia. La carretera al pie de la colina se inunda y, cuando levanto el teléfono, éste no da tono. Por la ventana veo que el arroyo se ha convertido en un torrente que bate la tierra fangosa, quizá profundo como aquel viejo río donde te encontré. Algo que has comido te ha sentado mal y vomitas. Te retiro el fino pelo de la cara empapada. Se oye el repicar del agua en el tejado y en el monte. Dormimos a ratos en el suelo. Sueño que te has ido y que estoy en otra casa donde hay otra gente, pero sus caras son grises y brillantes como la piel de las focas y no puedo distinguirlos. En el sueño nunca te había encontrado, no te conocía, era huérfana de madre de una manera tranquila y resignada. En el sueño no sabía nada salvo las cosas del día a día: lavar los platos, planchar la ropa, conducir un coche y enviar una carta. Dormía a pierna suelta, salía a desayunar los fines de semana o cogía el coche e iba a dar un paseo. Había un perro que parecía una nutria y era capaz de contener la respiración bajo el agua.

Me he quedado dormida y te he dejado sola. La puerta del baño está abierta de par en par. Te llamo a gritos. No logro encontrarte. Grito tu nombre. Sé lo que ha ocurrido. Corro por las habitaciones. Aunque todavía no te he encontrado, llamo a una ambulancia. Les doy la dirección y cuelgo el teléfono. Grito y busco y sigo sin encontrarte. Corro afuera. La lluvia ha amainado; el sol brilla en los charcos y en la sucia fachada de la casa, en tu cara. Has cogido la sábana de tu cama y te has colgado de la ventana.

Te bajo. La muerte te ha dejado lisa como una piedra. Te paso las manos por la cara, por la coronilla, por los tobillos, por los hombros, por las muñecas. Allí sentada, aferrada a tu cuerpo, quiero decir algo, poner fin a la historia, acabar lo que empezamos. Pero, aunque me quedo contigo un buen rato, no me salen las palabras. Al final me levanto y abro las puertas y las ventanas para que la casa se seque.

LA CASITA

Los lugares en los que nacemos siempre regresan a nosotros. Se disfrazan de palabras, pérdidas de memoria, pesadillas. Encarnan esas ocasiones en que nos despertamos con una presión casi animal en el pecho o en que encendemos la luz y vemos a alguien a quien creíamos desaparecido desde hacía mucho tiempo ahí de pie, observándonos. Vuelve a ser invierno. La calefacción hace que las cañerías reverberen con sonidos metálicos por las mañanas y hay escarcha en la cara interna de las ventanas. Cuando camino hasta el manantial, lo encuentro congelado. Las emisoras de radio hablan sin cesar de accidentes de tráfico, de trenes retrasados. Este año echo de menos los inviernos en el río, el silencio, a nadie salvo a ti. Sigo esperando a que regreses. Si alguien debiera aparecérseme, serías tú. Pero la casa está en calma y, si estás ahí, no te pronuncias. La idea de que habrá muchos más inviernos, inviernos infinitos, es inconcebible. Estás muerta y te has llevado contigo más de una década de resentimientos, una ciénaga de incomunicación, un sinfín de cumpleaños perdidos, la década entera de mis veinte años, un pecho de cuya amputación no fui testigo, a Margot y todo lo que le ocurrió. Pienso a menudo en todos los muertos que viven en el agua.

Comprendo que debo pasar página. Volver a la oficina, trabajar en mi escritorio. Salir a tomar algo con los demás lexicógrafos en un *publlamado* Fox and Hound. Ojalá el perro estuviera aquí. Estoy pensando en adoptar uno. Aún no he hecho nada al respecto. Hay más días buenos que malos. De momento no pido nada más. En los días malos me acuerdo de que en el río todo se hunde: la mitad de las esclusas bajo la espuma, los intestinos de los árboles y de las raíces. Y sé que, más allá, río arriba, el curso se estrecha como un sacacorchos, que hay una espuma amarillenta que bordea las orillas, y que una garza se erige en medio del estruendo de una presa como a la espera de algo.

AGRADECIMIENTOS

Cuando llevaba un año o así escribiendo este libro, mi pareja me hizo un letrerito enmarcado para mi mesa. Era algo que yo había escrito pero que nunca me había terminado de creer. Decía: «Creo que este libro va a ser la hostia. Daisy Johnson». Ahora me sirve de recordatorio de que es imposible escribir un libro sola. Yo no podría haber escrito éste sin las siguientes personas:

Amelie Chanarin, que espero que un día lo lea a sabiendas de que buena parte de él se corrigió mientras ella se echaba la siesta.

Alex Bowler, que apostó por él desde el principio.

Steve, Fiona y toda la gente de Graywolf.

Todo el equipo de Jonathan Cape por su duro trabajo, en especial Ana, Clare, Michal, Joe y Suzanne.

Chris Wellbelove y todo el personal de Aitken Alexander.

Jack Ramm, que se ha implicado y se ha desesperado tanto como yo.

Las personas sentadas frente a mí: Jessie, Jess, Laura y Hannah.

Porque nunca podría haber escrito nada sin ellos: Sarvat, Kiran y Tom.

Mi agradecimiento a Matt, por el citado letrerito. Que no nos falten los viajes en caravana.

A Big Jake. A Pollyanna y a Jake. A mi abuela.

A mis padres, a quienes les dedico todo lo que escribo.

A los libreros y las librerías. Sobre todo, a la librería Blackwell's de Oxford.

A todo aquel que ha leído *Fen* y se lo ha recomendado a sus amigos y familiares. A todo aquel que leerá este libro y, cruzo los dedos, lo recomendará.